

BORDES, MAYO-JULIO DE 2025
AÑO 10 NÚMERO 37, ISSN 2524-9290

bordes

Revista de Política, Derecho y Sociedad



| EL ETERNAUTA | MUJICA | NI UNA MENOS |
| CRISTINA | HISTORIA | FANON |

© 2025, Universidad Nacional de José C. Paz. Leandro N. Alem 4731

José C. Paz, Pcia. de Buenos Aires

© 2025, EDUNPAZ, Editorial Universitaria



Rector: **Darío Exequiel Kusinsky**

Vicerrectora: **Silvia Storino**

Secretaria General: **María Soledad Cadierno**

Directora General de Gestión de la Información

y Sistema de Bibliotecas: **Bárbara Poey Sowerby**

Jefa de Departamento Editorial: Blanca Soledad Fernández

División Diseño Gráfico Editorial: **Jorge Otermin**

Arte y maquetación integral: **Florencia Jatib y Mariana Aurora Zárate**

Coordinación editorial: **Paula Belén D'Amico**

Corrección de estilo: **María Laura Romero, Nora Ricaud,**

Mariangeles Carbonetti y Laura González

Imagen de tapa: **María Julia Thea**

staff

Revista Bordes

Mayo-Julio de 2025, Año 10, Número 37, ISSN 2524-9290

<http://revistabordes.com.ar>

Directores: **Mauro Benente y Diego Conno**

Consejo Editorial: **Romina Smiraglia, Dolores Amat,**

Bárbara Ohanian y Mariana Percovich

Publicación electrónica - distribución gratuita

Portal EDUNPAZ <https://edunpaz.unpaz.edu.ar/>



Licencia Creative Commons - Atribución - No Comercial (by-nc)

Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga con fines comerciales. Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales. Esta licencia no es una licencia libre. Algunos derechos reservados: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Las opiniones expresadas en los artículos firmados son de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de esta publicación ni de la Universidad Nacional de José C. Paz.

¿QUIÉNES SOMOS?

Bordes es una revista digital de la **Universidad Nacional de José C. Paz**, que pretende generar un espacio de reflexión crítica sobre temas de derecho, política y sociedad. Estos temas no se encuentran separados o aislados los unos de los otros, cuanto mucho los divide un borde, que les da forma, pero que a su vez puede ser forzado a establecer otras.

Llamamos a esta revista bordes, porque buscamos un pensamiento experimental en ese terreno intermedio que se ubica entre espacios nunca consolidados y en disputa. Buscamos formas intersticiales del lenguaje, que habiliten a explorar los bordes entre las disciplinas y los oficios, entre las miradas coyunturales y las reflexiones académicas.

Los bordes son figuras espaciales, que permiten pensar las líneas o umbrales que separan, pero que también unen aquello que se encuentra en los márgenes o desplazado del centro, y que al mismo tiempo reclama un lugar propio de constitución. Bordes entre pensamiento y acción o entre teoría y praxis, entre individual y colectivo, entre lo propio y lo común; bordes que conectan con otros bordes, bordes que constituyen identidades y dislocan otras. Los bordes son siempre figuras móviles y contingentes, cambiantes e inestables, reversibles.

Así, los bordes son los contornos que trazan una imagen, un perfil, un objeto. Y asumir la idea del borde como forma de la reflexión crítica es un modo de empujar al pensamiento so-

bre sí mismo, para expandir los límites de lo decible y lo pensable, para diseñar los contornos de una nueva figura.

Sabemos que el borde expone también un abismo, un límite que no puede pasarse sin caer ciegamente en lo desconocido: todo pensamiento, toda práctica y todo acto se encuentra con esa frontera, que invita a la osadía, pero también a la prudencia y a la responsabilidad.

No queremos decir con esto que escribimos en o desde los bordes. En todo caso, nuestra apuesta ético-política consiste en abrir un lugar de enunciación otro, que circule en torno a las diversas configuraciones de lo social, que se mueva entre las tramas por donde transitan los hilos del poder. Nos proponemos así, imaginar nuevas formaciones político-sociales, formas más justas, libres e igualitarias de componer la vida en común.

Finalmente, postulamos cierta afinidad electiva entre pensamiento y democracia. Una afinidad entre un pensar colectivo y común, que excede los modos habituales, los estilos, los usos, los lenguajes más transitados y una práctica política que se anima a imaginar otras formas de vida posible.

ÍNDICE

El testimonio de *El Eternauta*

Sebastián Botticelli (UBA/UNTreF)

6 de mayo de 2025

9

Pasado y futuro del poder y la autoridad. Comentario sobre el libro *Respublica Christiana. Una arqueología de la autoridad*, de Luciano Nosetto

Beatriz Porcel (UNR)

9 de mayo de 2025

19

“¿Y qué queré? Si es el Pepe...”

Lucía Giudice Graña (Udelar)

14 de mayo de 2025

25

José “Pepe” Mujica Cordano (1934-2025). Una existencia intensa

Sergio Israel (UAB)

16 de mayo de 2025

31

Lo viejo funciona. Una serie que lo cambia todo

Horacio Moreno (UNPAZ/UBA)

20 de mayo de 2025

45

La transición energética como disfraz de los extractivismos

Guillermo Folguera (UBA/CONICET)

30 de mayo de 2025

55

A 10 años del primer Ni Una Menos. Entre conquistas, retrocesos y desafíos <i>María Laura Bagnato (UNAJ/UNPAZ/UBA/UNMa)</i> 3 de junio de 2025	61
Las ciencias sociales. Entre la vida cotidiana y la política pública <i>Iván Gabriel Dalmau (CONICET/UBA/UNSAM)</i> 5 de junio de 2025	67
La Boétie. La falacia de la libertad absoluta <i>Diego Tolini (UBA/USAL)</i> 10 de junio de 2025	73
Esperando el milagro <i>Alejandro Cantisani (UBA/UNPAZ)</i> 13 de junio de 2025	83
Defensa desapasionada de Cristina <i>Mauro Greco (CONICET/UBA)</i> 17 de junio de 2025	89
El ocaso del Estado-nación y el amanecer del Estado-civilización <i>Walter D. Mignolo (Universidad de Duke)</i> 19 de junio de 2025	95
Traición y conmoción. Sobre <i>La llamada de Leila Guerriero</i> <i>Camila Arbuét Osuna (UNER/UBA/UNGS)</i> 25 de junio de 2025	109
Esa yegua. Esa tobillera <i>Mauro Benente (UBA/UNPAZ)</i> 26 de junio de 2025	123
Sobre <i>Fuera de Serie</i>. Los sentidos y destinos de la patria <i>Eduardo Rinesi (UNGS)</i> 4 de julio de 2025	127

<i>Fuera de serie (un fragmento). La tercera carta que no te di</i> <i>Gabriel D. Lerman (UNPAZ)</i> 4 de julio de 2025	133
Dossier. Día de la independencia. ¿Para qué sirve la historia? 9 de julio de 2025	141
La historia nunca se repite <i>Felipe Pigna (UNGS)</i> 9 de julio de 2025	143
La historia como intervención crítica frente a un presente hostil <i>Federico Cormick (UBA/CONICET/UNM/UNPAZ)</i> 9 de julio de 2025	147
La pasión por narrar y contar historias <i>Fabrizio Laino (EIDAES-UNSAM/CONICET/UNPAZ/UBA)</i> 9 de julio de 2025	149
El conocimiento histórico como herramienta de transformación social y popular <i>Paula Klachko (UBA/UNLP/UNPAZ/UNDAV)</i> 9 de julio de 2025	151
La historia como principio de ilusión <i>Natalia Casola (UBA/CONICET/UNTREF)</i> 9 de julio de 2025	155
Toda historia es política <i>Maximiliano Moloczniak (UNO)</i> 9 de julio de 2025	157
Presente, pasado, porvenir <i>Marcos Schiavi (PARIS 8/UBA/UNLP/UNTREF/UNDAV/UNA)</i> 9 de julio de 2025	159

El barro de lo que fue <i>Mara Espasande (UNLu/UNLa)</i> 9 de julio de 2025	161
La historia siempre vuelve del futuro <i>Hernán Brienza (UNA/UBA/UNLP)</i> 9 de julio de 2025	163
Alfredo, las historias, la Historia y cambiar el mundo <i>Karin Grammatico (UNAJ/UBA/UdeSA)</i> 9 de julio de 2025	165
La historia como forma de resistencia <i>Elías Palti (UNQ/UBA/CONICET)</i> 9 de julio de 2025	167
Para no evitarle a la casta Clío contactos demasiado ardientes <i>Patricia Funes (UBA/CONICET)</i> 9 de julio de 2025	171
La historia es un arma cargada de futuro <i>Federico Lorenz (UNLu/UBA/CONICET)</i> 9 de julio de 2025	175
Barras, militantes y mafias <i>Pilar Fiuza Casais (UBA/CONICET)</i> 15 de julio de 2025	177
Frantz Fanon, nuestro contemporáneo <i>Alejandro De Oto (UNJS/CONICET)</i> 20 de julio de 2025	187
Entrevista a Juan Francisco Martínez Peria: “Me interesa discutir la teoría decolonial como una novedad” <i>Mariana Percovich (UBA/UNPAZ)</i> 22 de julio de 2025	195



El testimonio de *El Eternauta*

SEBASTIÁN BOTTICELLI (UBA/UNTREF)
6 DE MAYO DE 2025

Era de madrugada, apenas las tres. No había ninguna luz en las casas de la vecindad: la ventana de mi cuarto de trabajo era la única iluminada. Hacía frío, pero a veces me gusta trabajar con la ventana abierta: mirar las estrellas descansa y apacigua el ánimo, como si uno escuchara una melodía muy vieja y muy querida. Además, desde la pandemia, había adoptado la costumbre de ventilar los ambientes todo lo que fuera posible. El único rumor que turbaba el silencio era el que producían mis dedos presionando las teclas de la computadora portátil.

De pronto, la silla que estaba al otro lado del escritorio crujió, como si alguien se hubiera sentado en ella. Pero yo estaba completamente solo y no había nadie cerca. Levanté la vista de

la pantalla y me estremecí al distinguir una figura que comenzaba a materializarse. Los contornos de los hombros, el cuello y la cabeza, primero débiles y borrosos, se fueron acentuando. Un instante después, sentado frente a mí, había un hombre de cabello rubio y corto, mentón ancho y pómulos marcados. Vestía de un modo muy particular. Si bien parecía relativamente joven, me resultó imposible precisar su edad. Abrió los ojos y, no sé por qué, me sentí extrañamente reconfortado. Nunca me había cruzado con una mirada semejante: era la mirada de un hombre que había visto tanto que había llegado a comprenderlo todo.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Podría darle centenares de nombres. Y no le mentiría. Todos han sido míos. De hecho, por aquí, hace ya unos cuantos años, me llamaban Juan Salvo. Pero quizás el que le resulte más comprensible sea “El Eternauta”, pues explica en una sola palabra mi triste y desolada condición de navegante del tiempo, de viajero de la eternidad, de peregrino de los siglos.

El Eternauta me dijo que estaba buscando un lugar donde reponerse y descansar. Descansar, para poder seguir buscando. Me preguntó si podía quedarse en algún rincón de mi casa. Notó mi vacilación ante su pedido y se apuró a agregar:

—Sé lo que está pensando. Antes de rechazarme, antes de decirme que no, déjeme narrarle mi historia. Cuando se la cuente, todo se explicará, incluso esta extraña forma de mi aparecer. Y estoy seguro de que querrá ayudarme... escuche.

Escuché. El resto de aquella noche no hice otra cosa que escuchar. Tal como él lo dijo, cuando concluyó, ya todo estaba claro. Tan claro como para llenarme de pavor. Tan claro como para sentir por él una enorme piedad. Pero no adelantaré nada: quiero dar a conocer la historia de El Eternauta tal como él me la contó.

Esta reescritura actualizada de la escena que da comienzo a *El Eternauta* invita a suponer que esa historia bien podría reproducirse y proliferar en otras épocas e incluso en otras latitudes. Se trata de una obra literaria de carácter universal, una narración en la que se integran el viaje épico, la búsqueda de la identidad, la puesta a prueba del temple del

héroe, los vínculos intergeneracionales, la nostalgia por el paraíso perdido y la lucha ineludible contra fuerzas opresoras a las que es imposible derrotar.

Pero además, esa historia está recorrida por la potencia de lo testimonial, una potencia que se manifiesta en el relato del protagonista y en su estética de comic criollo, así como también en sus diversas formas de circulación y en las biografías de sus creadores. Esa singularidad convierte a *El Eternauta* en una obra capaz de atravesar las capas de nuestro pasado reciente para traer hasta nosotros una lista de interpelaciones ciertamente incómodas.

Por supuesto, este registro ampliado no tiene nada de evidente ni menos aún de obligatorio. *El Eternauta* podría tomarse solo como una muy buena obra de ciencia-ficción. Quien se incline por esta posibilidad no estará del todo desacertado, y podrá perfectamente disfrutar en esa clave leyendo las páginas de la novela gráfica o viendo los capítulos de su reciente adaptación televisiva. Pero eso supondría pasar por alto otros vectores que le dan contexto y consistencia, otros caminos que se cruzan con la narración de Juan Salvo, la preceden y la continúan, llevándola mucho más allá de la mera ficción: los horizontes de la guerra fría; las disputas contra el monopolio de los consumos culturales por parte del *mainstream* estadounidense; la formación intelectual de los que fueron chicos durante los años 50 y jóvenes durante los años 70; el derrotero de la guerrilla, la subversión y la represión en Argentina; el poder de las alegorías; y la historia personal de su autor, Héctor Germán Oesterheld, que se despliega de un lado y del otro de la frontera que separa la realidad de la ficción, y que al igual que su novela gráfica, termina pero no tiene final.

Esa historia tiene por escenario principal un chalet de la zona norte del conurbano bonaerense, muy cercano a la estación de Beccar. En su adaptación dibujada, se sabe, es el chalet de Juan Salvo, donde el protagonista juega al truco con sus amigos cuando comienza la nevada mortal. En su versión real, es la casa en la que vivieron Oesterheld junto a su esposa, Elsa Sánchez, y sus cuatro hijas: Estela, Diana, Beatriz y Marina. Así lo anuncia a los transeúntes atentos una baldosa conmemorativa colocada en 2016 por el Ente Público Espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos. Durante las décadas de 1950 y 1960, en ese chalet se crearon varios de los personajes más significativos de la historieta argentina, como Bull Rocket, el Sargento

Kirk, Ernie Pike o Sherlock Time. Ese chalet también fue, durante los primeros años de la década de 1970, un lugar de encuentro para personas jóvenes que se sentían impulsadas por inquietudes políticas.

José Pablo Feinman dijo alguna vez que Oesterheld había sido –salvando las insondables distancias ideológicas– el Walt Disney de su generación: un creador deslumbrante que iluminó la imaginación de muchos y la disparó hacia lo infinito. Nacido en 1919, hijo de un alemán y una italiana, Oesterheld se graduó en la Universidad de Buenos Aires como geólogo. Pero su verdadera vocación fue la narración literaria. Comenzó publicando cuentos infantiles y trabajando como corrector. Hasta que en 1956 fundó, junto a su hermano Jorge, la mítica editorial Frontera.

Por esos años, era común ver a chicos de clase media salir corriendo del colegio, guardapolvo desabotonado flameando cual capa de superhéroe, para llegar al kiosco de diarios antes de que se agotaran las revistas que esa editorial publicaba. Tapas impresas a dos colores, interior blanco y negro, formato apaisado, papel que se amarilleaba rápidamente: la belleza de lo efímero desafiando el paso del tiempo. La partición de las historias en fascículos semanales generaba una expectativa y una ansiedad que por momentos se aproximaba a la desesperación. Pregunte por *Misterix* u *Hora Cero* a alguna persona que hoy tenga más de 70 años, pregunte por los recuerdos asociados a esas revistas y por las sensaciones que la sola mención de esos nombres les genera. Le aseguro que las respuestas resultarán sorprendentes.

El primer episodio de *El Eternauta* se publicó en el número uno de *Hora Cero*, el 4 de septiembre de 1957. Por lo general, los relatos postapocalípticos comienzan con el conflicto ya instalado y se abocan a contar cómo sobreviven los humanos después de la catástrofe. Oesterheld, en cambio, prefiere ubicarnos un instante antes de la hecatombe, una fría y apacible noche de invierno en la que Juan Salvo juega al truco con sus amigos en el ático de su chalet, mientras que en la planta baja, su esposa lee un libro y su pequeña hija duerme.

De pronto, los personajes notan que, extrañamente, está nevando. Una nevada que todo lo cubre, una nevada irreal, como de dibujos animados. Tardan muy poco en descubrir que la nieve mata a todos los seres vivos a los que toca. Al instante siguiente, la dimensión

de la devastación ya está clara: todos los que fueron alcanzados por la nevada –familiares, amigos, compañeros de trabajo– están muertos. “Tal como habrá sido en Hiroshima y Nagasaki”, reflexiona Juan Salvo. El teléfono no funciona. La radio no capta ninguna transmisión. Solo queda sobrevivir.

Así comienza la épica del hombre común arrojado a una situación extraordinaria, en la que cobran valor los saberes prácticos, en la que se impone la lógica de la comunidad y en la que la supervivencia individual depende absolutamente de los vínculos de solidaridad. El hecho de que esta última idea resulte antiintuitiva e inverosímil para nuestra sensibilidad de siglo XXI es un reflejo que *El Eternauta* nos devuelve como un espejo cruel que adelanta 70 años.

“Ahora que lo pienso –escribe Oesterheld en el prólogo de la recopilación completa editada por Récord en 1975–, se me ocurre que quizás por esa falta de héroe central, *El Eternauta* es una de mis historietas que recuerdo con más placer. El héroe verdadero de *El Eternauta* es un héroe colectivo, un grupo humano. Refleja así, aunque sin intención previa, mi sentir íntimo: el único héroe válido es el héroe ‘en grupo’, nunca el héroe individual, el héroe solo”.¹

La sucesión de acontecimientos lleva a los personajes a comprender que la nevada mortal no es un fenómeno aislado, sino el ataque de avanzada de una invasión alienígena. El Ejército recluta a los sobrevivientes para organizar la resistencia. Tienen lugar las primeras batallas con seres de otros mundos. Y así el lector va descubriendo la secuencia del fabuloso elenco alienígena al que Juan Salvo y los suyos deben enfrentar: los Cascarudos y los Gurbos, bestias poderosas, agresivas y resistentes; y luego los Manos, ejecutores de la invasión, seres sabios que admiran la belleza y la rebeldía de la cultura humana, pero que están obligados a obedecer las órdenes de sus colonizadores, quienes colocaron en sus cuerpos una “glándula del terror”, la cual segrega un veneno mortal cuando los Manos sienten miedo.

En cada enfrentamiento con estos seres, los humanos van comprendiendo que siempre hay un control detrás de los que parecen ejercer el control, que en definitiva se trata de

1 Oesterheld, H. G. & Solano López, F. (1975). *El Eternauta*. Buenos Aires: Ediciones Récord, p. 3.

una cadena de esclavitudes cuyo extremo es sostenido y operado por seres que jamás habrán de aparecer: los Ellos, villanos principales y quizás también la alegoría más poderosa de la obra, planean dominar todo el universo con su tecnología, pero nunca se muestran pues no tienen forma.

Si bien ya a fines de los años 50 la impronta política de esta novela gráfica estaba ahí para quien quisiera verla, las relecturas que tuvieron lugar dos décadas después, tras las compilaciones y reediciones de mediados de los años 70, la convirtieron en una metáfora poderosísima. A los ojos de la generación que había crecido entre el desencanto alimentado por la proscripción del peronismo y la ilusión forjada al calor de los procesos revolucionarios latinoamericanos, *El Eternauta* devino emblema.

Las hijas de Oesterheld pertenecieron a esa generación. Ellas, que durante su infancia habían sido alumnas destacadas de colegios bilingües de la zona norte del conurbano, abrazaron causas sociales y se convirtieron en militantes de base, formaron parte de la Juventud Peronista y luego de Montoneros.

Su padre las siguió en su compromiso militante, componiendo un llamativo caso de influencia generacional inversa. En esa familia, la lucha política de las hijas conmovió al progenitor y lo empujó a convertirse en algo que quizás ya era, pero que todavía no había asumido del todo. Aunque también puede ser que las persuasiones y los convencimientos hayan tenido una circulación más bien espiralada, tal como sugiere esta declaración del propio Héctor recogida por Fernanda Nicolini y Alicia Beltrami en su libro *Los Oesterheld*:

Yo escribí sobre esa familia de clase media que a la noche se juntaba a jugar a las cartas y que de repente encuentra una causa mayor por la cual salir a luchar. Y a mí y a mis hijas nos pasó eso mismo... Entonces a veces me pregunto quién fue primero, si ellas con su militancia o yo con algunas ideas que ya estaban ahí.²

Cuando Oesterheld se vuelca por completo a la lucha armada, tenía cerca de 50 años. Las organizaciones dentro de las que se movía incluían muy pocos militantes de esa

edad. “Germán, el viejo”, así lo llamaban sus compañeros. Muchos lo recuerdan como una figura casi paternal, una persona humanista y muy afectuosa que gustaba de disfrutar intensamente las cosas más simples de la vida.

Oesterheld siempre había creído que las historietas eran un medio de transmisión de ideas. La profundización de su compromiso político lo llevó a utilizar ese medio para dirigirse a las generaciones que habían crecido leyendo sus relatos, pero ahora con un propósito mucho más directo.

Durante la última dictadura cívico-militar, y desde la clandestinidad, escribe una segunda parte de *El Eternauta*. La historia tiene desde su mismo inicio un enfoque político explícito y radical, donde Juan Salvo aparece como un caudillo que asume la misión de liderar al pueblo en su lucha contra los invasores, sin importar los sacrificios personales que eso pudiera implicar.

En *El Eternauta 2* aparece un personaje femenino de mucho peso. Es una suerte de amazona del Pueblo de las Cuevas. Se llama María, emulando el nombre de guerra que utilizaba Beatriz Oesterheld. Cuando Héctor escribe esas páginas, ya sabía que su hija Beatriz había sido asesinada por un grupo de tareas. Fue el único cuerpo que la familia pudo recuperar. Las otras tres hijas de Héctor y Elsa también fueron detenidas, secuestradas y desaparecidas entre 1976 y 1977. Al momento de su secuestro, Diana estaba embarazada de seis meses y ya era madre de Fernando de un año, a quien los agentes de las Fuerzas Armadas dejaron en la Casa Cuna de Tucumán. Todavía busca a su hermano o hermana, que estaba pronto a nacer. Estela estaba casada con Raúl Oscar Mortola, con quien tenía un hijo de 3 años y medio cuando fue asesinada y su cuerpo desaparecido. Su hijo, Martín, fue posteriormente entregado a Elsa, quien lo crió. Marina estaba embarazada de 8 meses cuando fue secuestrada a fines de 1977. Su hijo debió nacer entre diciembre de 1977 y enero de 1978.

Héctor Germán Oesterheld fue secuestrado por la Armada en la ciudad de La Plata el 27 de abril de 1977, a sus 57 años, en un operativo del que no ha quedado ningún registro detallado. Gracias a los testimonios de sobrevivientes que lo recuerdan con claridad por tratarse del detenido de mayor edad, se supo que pasó por distintos centros clandestinos

de detención como Campo de Mayo, El Vesubio y El Sheraton. Se desconoce con exactitud la fecha de su muerte y sus restos nunca fueron encontrados.

Elsa Sánchez, esposa de Oesterheld y madre de Estela, Diana, Beatriz y Marina, fue una de las sobrevivientes de la familia junto a sus dos nietos Martín Mortola y Fernando Araldi. Integrante activa de Abuelas de Plaza de Mayo, dedicó el resto de su vida a luchar por la verdad. Falleció en 2015 a sus 90 años, sin haber encontrado a sus nietos apropiados por la Dictadura.

En 1979, Mempo Giardinelli, quien había conocido a Oesterheld dentro de las organizaciones militantes, escribe desde su exilio mejicano un texto conmemorativo que tituló “Viejo Héctor”. Allí cuenta cómo las suspicacias iniciales que, por tratarse de alguien famoso, había despertado Oesterheld (por más que no se llamaran por sus nombres reales, todos sabían que “Germán, el viejo” era el creador de *El Eternauta*) fueron hechas a un lado gracias a la bonhomía de ese tipo con apellido alemán pero con modales de italiano, “tan afectivo, cálido y firme como una luna de enero”, que siempre hablaba de sus hijas con orgullo y que representaba una suerte de imagen-modelo que sus compañeros deseaban conservar para cuando tuvieran su edad. Giardinelli retrata a Oesterheld transcribiendo este diálogo:

Creo que en algún momento le pregunté la edad. ¿Tenía, entonces, sesenta y dos años, como me parece? No lo recuerdo, pero sé que le pregunte por qué militaba, a su edad y con su fama. Me miró como pidiéndome disculpas, cebó un mate y dijo, con una naturalidad que ahora me emociona evocar: “¿Y qué otra cosa puede hacer un hombre? ¿Acaso no somos todos responsables de la misma tarea de mejorar la vida? Yo solo sé que este es un trabajo noble y que hay que hacerlo”.³

El texto de Giardinelli termina con la siguiente dedicatoria: “Para Héctor Oesterheld, guionista de historietas, hombre sabio, compañero, si está vivo. A la memoria de Héctor Oesterheld, si está muerto”.⁴

En ese vacío de incertidumbre, en esa oscilación entre la ilusión quebradiza y la desesperanza ineludible, en ese *desear* sin poder *saber*, la historia de Oesterheld se convierte en búsqueda y en invocación. Y su vida y su obra, entrelazadas e indistinguibles, se convierten en testimonio.

El Eternauta sigue siendo una novela viva, en ebullición. Que una gran plataforma de *streaming* haya decidido convertirla en serie televisiva es una circunstancia que facilita su llegada a otra generación; una generación que ha crecido en un contexto muy diferente, que habita un mundo en el que los héroes colectivos parecen imposibles, y en el que la solidaridad apenas subsiste, como una llamita en medio de la nevada individualista que mata todo lo que toca.

No podemos saber cómo se apropiarán de *El Eternauta* las personas nacidas en el siglo XXI. Pero como nos constituimos desde nuestra memoria colectiva, que es la memoria que recuerda la historia de Juan Salvo y también la de Héctor Oesterheld, y como hemos aprendido a *desear* sin poder *saber*, estamos perfectamente habilitados para imaginar que el legado de esa odisea porteña, argentina y universal, podrá algún día devolver, aunque más no sea en parte, el valor a las palabras y el coraje a las acciones.

—Ya conoce usted mi historia, señor. Ya conoce usted por qué me presenté llamándome El Eternauta, el viajero de la eternidad—finalizó su relato y calló.

Por la ventana abierta podía verse que el cielo clareaba. Los primeros ruidos que llegaban desde la calle daban cuenta de que el día comenzaba.

—¿Siguió usted buscando a su esposa y su hija?—pregunté.

⁴ Giardinelli, M. (1999). *Cuentos completos*. Buenos Aires: Seix Barral, p. 489.

—Sí, no tiene usted idea en qué soledades he gritado, he aullado sus nombres. Ni a qué seres de pesadilla les he preguntado si sabían algo de ellas.

—Pero... hay algo que no entiendo. Todo lo que usted me contó, ¿cuándo sucedió? ¿En qué año?

—Ocurrió en el año 1963. Imagino, por los objetos que veo sobre su escritorio, que estamos en las primeras décadas del siglo XXI. Pero, ¿en qué año, exactamente?

—Estamos en 2025.

El Eternauta hizo una pausa. Y luego, con un tono que no había usado hasta ese momento, dijo:

—Pero, ¿cómo puede ser que se encuentre usted aquí, tan cómodo, sentado tras un escritorio, en lugar de salir a resistir, a luchar? ¿Acaso no sabe que las estrategias de nuestros enemigos no tienen fin, que son cada vez más astutas y sutiles, que su ingenio no para de buscar nuevas formas de dominarnos? ¿Acaso no se da cuenta de que los Ellos no se detendrán nunca?

No supe cómo responder a su pregunta. Hice silencio.

El Eternauta se echó hacia atrás en la silla. El cansancio se acentuó en su rostro. Me observó fijamente, con una mirada que ya no me resultó reconfortante. Me sentí escrutado, juzgado. Luego se volvió hacia la ventana abierta.

—Entonces ustedes no pudieron hacer nada para evitar el avance de la invasión. O quizás prefirieron olvidarla y se acostumbraron a vivir esclavizados. No sé cuál de las dos opciones es peor. Tampoco sé si todo lo que le he contado servirá de algo. Solo sé que mi presencia aquí ya no tiene sentido. Deberé seguir buscando.

Comenzó a desvanecerse y luego desapareció, no sin antes dedicarme un último gesto, que a mí me resultó de reproche.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer para evitar tanto horror?

¿Será posible evitarlo publicando todo lo que El Eternauta me contó? ¿Será posible?



Pasado y futuro del poder y la autoridad

Comentario sobre el libro *Respublica Christiana. Una arqueología de la autoridad*, de Luciano Nosetto

BEATRIZ PORCEL (UNR)
9 DE MAYO DE 2025

¿Qué abre y qué cierra este libro? ¿Puede valorarse un libro por su comienzo y por su final cuando logra que todo lo que está en el medio sea pertinente y necesario? En *Respublica Christiana* nos vamos familiarizando con los matices de un estilo discursivo, con su vocabulario, que en este caso particular amerita erudición, con sus hábitos sintácticos. Se lee despacio, se encuentra mucha información nueva que reconocer, hay que ordenar nombres con sus relaciones de afinidad o de conflicto, hay que tener en cuenta los detalles contextuales de tiempo y lugar.

La trama conceptual entre poder, potencia, potestas y autoridad parece ser la clave para elucidar el criterio de esta investigación, como un umbral; también recordar que en el

anterior libro de Nosetto, *Autoridad y poder. Arqueología del Estado*, se afirmó que la moderna reunión de poder y autoridad debe ser puesta de relieve en cualquier análisis de la estatalidad. Y a la luz de consideraciones, entre otras, de Arendt y de Schmitt, el texto incursiona en las procelosas aguas de la *respublica christiana* en busca de la manifestación de la autoridad y sus relaciones con el poder. Planta una estaca a modo de hito para desarrollar un tema que creemos conocer pero del que en realidad poco conocemos, o conocemos en sus grandes líneas, mostrándonos ahora cómo esta propuesta inmersiva aquí desplegada es rica, compleja y teóricamente necesaria. Esto último para, entre otros motivos, “calibrar mejor la discontinuidad que separa nuestra modernidad estatal respecto de los tiempos de la cristiandad latina”.

Es el punto de partida de un itinerario / trayecto donde la premisa principal es dejarse llevar por una experiencia de lectura poco frecuente, por un programa quizás no desorbitado pero sí ingente de lecturas y ofrecer, del aparente desorden de esos tantos siglos, una versión orgánica, casi diría dichosa, que se ofrece con gran precisión discursiva, con arrojo epistemológico, con brío intelectual.

Son los tiempos en que la Iglesia accede a un movimiento en el que se conjugarán *auctoritas y potestas* y aquí vamos en unos inicios con Eusebio de Cesarea en el S.IV hasta Nicolás de Cusa en el XV, pasando por Gelasio, Constantino, Gregorio VII, Bonifacio VIII, Juan de París, Egidio Romado (o Gil de Roma), Marsilio de Padua, Guillermo de Ockham y Nicolás de Cusa. O desde el Concilio de Nicea en 325 hasta, por lo menos, el momento en que comienzan los movimientos de la Reforma: más de mil años. O desde 313, año de la Carta de Milán, cuando la Iglesia marginal verá reconocida su existencia y penetrará en la carrera de su afirmación: a la espada y las bestias sucede la paz como primer escalón de una ascensión prodigiosamente rápida.

Leemos en este libro la historia de una larga serie de panfletos, libelos, encíclicas y tratados dedicados al problema de los vínculos entre el poder temporal y la autoridad espiritual en el seno de la *respublica christiana*, entre las figuras emblemáticas del papa y del emperador, entre los partidarios de la teocracia pontificia por una parte, que atribuyen al papa la función de autoridad suprema no siendo el emperador sino el “mandatario” de la Iglesia, y los que, por otra parte, consideran que el poder temporal es independiente

y autónomo. Afirmar la independencia del poder político consistía para los partidarios del emperador conferirle un origen sagrado, hasta sacramental, a partir de la fórmula paulina según la cual todo poder proviene de Dios. El papa, prevaliéndose de un origen igualmente sagrado, no podía dejar de reivindicar la supremacía sobre el jefe temporal por los mismos motivos. Era como una argumentación de doble filo, y apoyándose en el principio de la distinción de potestades, los papas y sus colaboradores llevaban adelante, a golpe de tratados, constituciones y otras formas literarias, la doctrina de la *plenitudo potestatis* arguyendo que el poder civil solo podía reconocer su dependencia a la vez temporal y espiritual de la Iglesia y de su jefe, el papa.

El papa había recibido como misión el cuidado general de las almas y de esta tarea se derivaban sus poderes. Si la autoridad temporal está en manos de los príncipes es para servir a la Iglesia que la dirige; el poder temporal es por lo tanto subordinado, conforme al orden querido por Dios. Esta jerarquía se deriva de la naturaleza misma de dicho orden, es confirmada tanto por la razón como por la Escritura: someterse a ella es conformarse a la voluntad de Dios mismo. Toda criatura humana está sometida en última instancia al papa, por necesidad de salvación. Como se ve, la confusión de ámbitos fue casi total y favoreció el estado de conflicto casi permanente en el cual se inscribe cada uno de los personajes de este recorrido, figuras que cumplen la función de ser “persona-puente” entre cada época. Digamos además que en este libro no hay solamente luchas intelectuales, también se dejan ver muy bien las territoriales y las patrimoniales.

En este recorrido hay, de entre esos personajes, algunos cuya centralidad es bastante evidente. El papa Gelasio I es uno de ellos (en el último autor tratado, Nicolás de Cusa, del siglo XV, todavía se hace referencia a él) debido a su célebre sentencia escrita en carta de 494 al emperador Anastasio: “Son dos aquellos por los cuales este mundo se rige principalmente: la autoridad sagrada de los pontífices y el poder real” o en otra versión “Dos son, en verdad, augusto Emperador, los poderes con los que principalmente se gobierna este mundo: la autoridad sagrada de los papas y el poder de los reyes”. Documento básico de la teología política medieval como se ha afirmado. Fundamental es decir que Gelasio no consideraba que Iglesia e Imperio fueran dos ámbitos distintos sino uno solo con funciones separadas, religiosas y políticas. En la formulación gelasiana queda claro

que el Papa tiene *auctoritas* y el Emperador y los reyes *potestas*. La del primero tiene, sin duda, superioridad moral.

La regla de los dos poderes evitaba la subordinación de la Iglesia al poder secular y andando el tiempo Juan de París y Guillermo de Ockham retomaron sus principios, presentes también en la llamada disputa de las investiduras. Los avatares históricos en algún momento revisaron la teoría de Gelasio en clave de superioridad papal para someter lo civil a lo religioso: la *auctoritas* de la Iglesia es la fuente de la que se deriva la *potestas*. Más adelante, en 1302, la teoría de la *plenitudo potestatis*, después de un prolongado conflicto entre el papa Bonifacio VIII y el rey Felipe IV de Francia, aparece en la bula *Unam sanctam* que sostenía la primacía eclesiástica absoluta: “fuera de la Iglesia no hay salvación ni remisión de pecados... Por tanto, de la unidad y unicidad de la Iglesia, solo hay una cabeza y un cuerpo, no dos cabezas como en un monstruo”. La bula continuaba: “Estamos informados por los textos de los Evangelios que en esta Iglesia y en su poder hay dos espadas: el poder temporal y el espiritual... Con la verdad como testigo, corresponde al poder espiritual establecer el poder terrenal, y juzgarlo si no ha sido bueno”. Este verdadero manifiesto hierocrático fue escrito probablemente por Egidio Romano (o Gil de Roma), ese que apartó de la enseñanza a Juan de París (o Juan Quidort o Juan Durmiente), el temerario autor de *De regia potestati et papali*, texto en el que realiza una crítica de la autoridad clerical, niega el supremo poder temporal del papa al que atribuye solamente primacía espiritual y, en palabras de Noretto “Juan ofrece a la cristiandad latina la primera teoría completamente laica del poder secular de los reyes”. Todo esto acontece en un momento crucial: la autoridad papal estaba dando señales de debilidad mientras el poder imperial ve afianzarse a los reinos nacionales. Un proceso que se hará irreversible y que cobijará a dos plumas relevantes: Marsilio de Padua y Guillermo de Ockham, próximos y distanciados según momentos. El primero de ellos puede considerarse el primer filósofo exclusivamente político, que busca explicar lo social dejando de lado fundamentos religiosos, configurando por lo tanto una teoría política completamente laica, en la senda de Juan de París, y que redefine los límites de la autoridad sacerdotal y poder gubernamental haciendo jugar la voluntad del pueblo.

Estos episodios que comentamos no alcanzan a dar cuenta de todos los pasajes, figuras, situaciones, disputas y entrecruzamientos de ideas y de potestades, papas y antipapas,

depuestos y excomulgados, sedes pontificias y coronas desplazadas, que nutren el libro de Noretto. Como la supuesta donación de Constantino, su carácter y sus efectos, ya que se trata de un texto falso pero verdadero por el poder que reivindica.

En cada uno de los análisis Noretto se ocupa muy especialmente por establecer tres distinciones: entre la autoridad y el poder, es decir temas vinculados con el origen y la precedencia; entre cargo y persona, o sea la articulación entre el cargo que se ostenta y las cualidades personales; por último pasado y futuro, el modo como se dirime la relevancia escatológica. En estas tres cuestiones dice el autor que va la apuesta del libro, donde puede hallarse la punta del ovillo de una arqueología de la autoridad. La pregunta por el futuro o la preminencia del pasado de los orígenes configura una pluralidad de temporalidades que caracteriza a la cristiandad latina, una cuestión que Noretto considera que no siempre fue reconocida o distinguida por quienes estudian la teoría política premoderna, discrepando en tal caso con Michel Foucault para quien “la noción de soberanía mira siempre hacia atrás”, una mirada sesgada que también podría compartir Max Weber en lo que hace a la distinción entre cargo y persona. El repaso que se hace sobre todas estas cuestiones, volviendo a cada una de las figuras relevantes del trayecto, es oportuno para retomar la distinción entre autoridad y poder, siempre en tensión.

El oportunísimo texto que estamos comentando afirma, con razón, que este examen hace posible profundizar nuestra comprensión de la política premoderna dejando atrás miradas superficiales o simplificadoras para medir con mejor vara analítica la distancia entre nuestra estatalidad y la época de la cristiandad latina, muy especialmente en lo que toca a la sacralización, a la aureola con que la *auctoritas* viene a nimbar lo temporal precipitando preguntas acerca de su lugar en lo estatal moderno. Agamben da pistas que Noretto retoma.

Noretto clava su libro en las coordenadas del presente porque el presente es el tiempo de lo político. En un momento pone el presente en reversa, lo tira para atrás aunque conjugado y sin olvidarlo. Lo rompe, parece. Y después lo compone, lo cierra, con una consigna y una pregunta de ¿futuro? Leer este libro es una obligación gozosa para todos aquellos que nos dedicamos a la teoría política, también para quienes cultivan el gusto por los debates históricos y para quienes advierten en nuestro mundo contemporáneo, todavía, las tensiones entre política y religión.



“¿Y qué queré? Si es el Pepe...”

LUCÍA GIUDICE GRAÑA (UDELAR)
14 DE MAYO DE 2025

Quien escribe estas líneas personifica muchas de las cosas que, de una forma u otra, José Mujica, por momentos, parecía desdeñar. Soy mujer, feminista, me dedico a la academia y, no a cualquiera, sino a la jurídica. Y, sin embargo, como a muchas otras que tampoco encajamos del todo en su universo, su muerte no deja de conmoverme. Porque, al igual que él –aunque yo no pueda aspirar a una vida que contenga ni una centésima parte de la intensidad e impacto de la suya-, también me importan los que menos tienen y la necesidad de pelear por un mundo, apenas, un poco más justo.

Quizás simplemente no haya forma de quedar indemne ante su muerte. Mujica, con todas sus contradicciones, encarnó una forma de hacer política que no necesitaba dis-

frazarse de nada. Una política de lo sencillo, lo directo, lo vivido, una política pensada desde la tierra, pero con la mirada puesta en la utopía. En tiempos en que lo público se llena de cinismo, su voz y su andar recordarán siempre que alguna vez la izquierda se jugaba la vida, y no los *likes*. No necesitaba impostar sencillez: era sencillo. Y eso, por ahora, tiene algo de conmovedor.

Pero con esa “frescura” que obligaba a sus militantes a justificarlo con el típico “¿Y qué queré? si es el Pepe...”, Mujica también nos incomodó. No por conservador —que no lo era en el sentido más literal del término—, sino por esa forma tan suya de mirar el feminismo desde afuera, como si se tratara de una moda pasajera, de un griterío *a tontas y a locas*, promovido solo por mujeres privilegiadas que pelean por sus derechos mientras delegan el cuidado y la limpieza en otras mujeres más pobres. Esa tendencia a contraponer lo popular con lo feminista, lo estructural con lo que consideraba superficial, fue una constante en sus declaraciones públicas.¹ Solía advertirnos —a veces con ternura, muchas con fastidio— que lo importante era la lucha de clases, que la causa de las mujeres, si no se encarnaba en la figura de la madre sacrificada o la maestra de escuela, corría el riesgo de volverse estridente, inútil, o incluso contraproducente para un proyecto político de izquierda. Le preocupaban las mujeres pobres, pero al mismo tiempo las imaginaba como transmisoras de valores, responsables de educar a las próximas generaciones con una mezcla de abnegación y pedagogía afectiva.

Y es que, en definitiva, hablamos de un hombre que tejió su figura pública en torno a un modelo de masculinidad resistente, estoica, con olor a cárcel y a guerra. Una masculinidad que, en muchos sentidos, encarna aquello que el feminismo discute —incluso para hacerles la vida más amable a los propios varones. Mujica no fue indiferente a los cambios, pero tampoco los habitó del todo. Su modo de hablar de las mujeres se mantuvo fiel a un léxico que combinaba la admiración por su capacidad de sacrificio con una persistente mirada tutelar. “La mujer es siempre una madre”, llegó a decir. Pero al mismo tiempo parecía intuir que el mundo sigue girando gracias a nosotras. Lo decía sin decirlo, desde que evocaba a esa mujer africana que camina kilómetros por dos baldes de

1 El Observador Uruguay (7 de noviembre de 2022). “*El feminismo es inútil*” y cinco pensamientos polémicos de Mujica sobre la mujer. Recuperado de <https://www.elobservador.com.uy/nota/el-feminismo-es-inutil-y-cinco-pensamientos-polemicos-de-mujica-sobre-la-mujer-2022117175557>

agua y es ignorada por los millonarios que se queman la guita jugueteando en la órbita de la Tierra, hasta cuando reclamaba que las niñas tenían que aprender a treparse a los árboles. En esas imágenes había algo más profundo que cualquier consigna: la conciencia, quizás no del todo asumida, de que seguimos siendo nosotras las que cuidamos, las que sostenemos, aun cuando no nos vean como sujetos políticos² sino como figuras del cuidado, la contención y las pasiones.

Ahí, también, sin embargo, estaba su mejor crítica: la que a veces articulaba con crudeza y otras valiéndose de necesarios eufemismos, pero que apuntaba al corazón del sistema. Porque, en el fondo, Mujica sabía que es la alianza entre patriarcado y capitalismo lo que más castiga a las mujeres. Que hay algo en esa combinación de dominación y desigualdad que encuentra en nuestros cuerpos a la víctima perfecta. No voy a ser yo quien lo acuse de feminista encubierto, mucho menos ahora que no puede defenderse. Pero sí vale la pena rescatar que, por momentos e incluso contradiciendo su propio discurso, Mujica tenía intuiciones más lúcidas que muchos que los que se autoperciben aliados.

Su muerte marca un punto de inflexión en la historia de un país gobernado por viejos invocados como oráculos. No porque a los viejos se los respete especialmente —alcanza con mirar los ingresos de la mayoría de los jubilados uruguayos para saberlo—, sino porque acá los partidos políticos, con la fuerza que todavía conservan, siguen siendo conducidos por figuras que se encaminan hacia el siglo de vida cumplido. Mujica fue parte de ese linaje, sí, pero también fue, quizás, quien mejor supo acomodar el cuerpo al paso del tiempo. El último tramo de su vejez no fue ni retiro dorado al olimpo ni el resentimiento de quien la mira de afuera. Fue más bien, y fiel a su costumbre, una trinchera: un lugar desde donde insistir con la necesidad de que las nuevas generaciones escuchen los consejos de un viejo loco, aunque, como tal, cada vez más le hablase a un mundo que ya no puede escucharlo de la misma manera. En los meses que precedieron a su muerte, esa

2 Por solo mencionar algunos datos, en las últimas Elecciones Departamentales celebradas el pasado 11 de mayo, solo una mujer obtuvo el cargo de Intendenta. Demirdjian, S (2025). *Un lugar todavía reservado para los hombres: solo una de las 19 intendencias estará encabezada por una mujer*. Recuperado de <https://ladiaria.com.uy/feminismos/articulo/2025/5/un-lugar-todavia-reservado-para-los-hombres-solo-una-de-las-19-intendencias-estara-encabezada-por-una-mujer/> Ver además Johnson, N. y Pérez, V. (2023). Violencia política patriarcal: narrativas de mujeres políticas uruguayas. *Revista Elecciones* 22.26 (pp. 121-148).

insistencia se volvió más serena, rodeada de despedidas, de visitas, de gestos que parecían ir marcando un adiós pausado, casi como un ritual.

Mujica fue muchas cosas: algunas entrañables, otras discutibles. Un presidente que no temió cuestionar la supuesta neutralidad del derecho ni decir que hay decisiones políticas que no caben del todo en el corsé de lo jurídico.³ Y tal vez por eso mismo, por no haber sido nunca una figura cómoda, su despedida deja algo más valioso que la nostalgia o la congoja. Deja una especie de hueco raro, difícil de nombrar, en este país que propios y ajenos insisten en describir como una penillanura levemente ondulada donde, pareciera, nunca pasa nada. Con él se va, también, una excepción a esa mansedumbre con la que nos hemos dejado nombrar los Orientales. Porque Mujica no solo encarnó una forma de hacer política que desentonaba con el gris acobardado de nuestro Estado de grandes dimensiones; también desarmaba el canon de lo presentable. Sus resquemores con la academia y el sinfín de *Honoris Causa* que cosechaba en cada puerto al que desembarcaba. Su ropa desaliñada, el fusca, las uñas de los pies sucias y largas, ese modo de hablar entre campechano y filósofo de bar que —aunque alguno lo acusara de impostado— funcionaba como un dedo en el ojo para las buenas costumbres de las clases altas, medias y aspiracionales en general.

Con todo eso, desde lejos, este hombre fascinó y seguirá fascinando a millones. Presidentes, altos funcionarios, gentes con nombres rimbombantes, estrellas de rock, figuras que nunca pispearían ni por simple curiosidad la precariedad de ese pedazo de tierra lejos del centro de Montevideo donde vivía el guerrillero devenido presidente, morían por conocer su casa. Hacían fila para sentarse a la intemperie, en ese banquito hecho con tapitas plásticas, como si allí, entre gallinas y mates, pudieran descifrar las claves del mundo. Y tal vez sí: quizás en ese gesto de mostrar que el poder no necesitaba escenografía hay algo profundamente demoledor. Que una vida sencilla, vivida de verdad, podía convencer más que cualquier discurso prefabricado. Que viniera quien quisiera venir, él iría solo a donde fuese necesario. Y empezaron a venir, muchos, cada vez más para el disgusto de una clase política portadora de apellidos familiares.

3 Tulbovitz, E. y Danza, A. (2015). *Una oveja negra al poder. Confesiones de Pepe Mujica*. Montevideo: Sudamericana.

Desde una chacra en la periferia, al mundo. La potencia de ese epicentro rústico donde se gestó la mítica de una política sin estridencias. Porque desde *Rincón del Cerro* Mujica volvió a poner a Uruguay en el mapa. No solo como una suerte de rareza folclórica, no solo por la etiqueta del “presidente pobre” que a él mismo le disgustaba, sino como figura capaz de articular gestos simbólicos y políticos en un continente siempre a medio camino entre el servilismo colonial y la resistencia colmada de esperanza. Alrededor de Mujica volvieron a tejerse los hilos sentimentales de esa Patria Grande que otros habían deshilachado. Tenía algo de diplomático sin guión ni corbata, de mediador sin chaleco antibalas. Podía decir que Cristina era “peor que el tuerto”, y aun así volver a encontrarse y pensar juntos un horizonte común. Mujica, con su mezcla de viejo nostálgico y bruto, logró que lo escucharan incluso quienes no estaban de acuerdo. Y eso, también es, sencillamente, raro.

El Pepe hablaba desde un lugar que ya casi no existe. Como los grandes ídolos populares, no necesita reivindicación alguna. Pero resulta inevitable sentir que algo se afloja con su partida, como si uno de esos alambres con los que tenemos todo más o menos atado en este lado del mundo se hubiera soltado. Da igual estar de acuerdo o no con él, se trata de la certeza de que, incluso cuando nos llevaba la contra, su voz venía de otro mostrador, desde otro tiempo, de una dimensión en la que la política todavía está hecha de convicciones, de cuerpos, de manos que no temen llenarse de tierra. Lo que José Mujica nos deja es un vacío terriblemente concurrido por la pregunta acerca de qué mundo queremos construir y la obligación de pensar, hasta que se nos pulvericen los sesos, de qué manera estamos dispuestos a hacerlo.



José “Pepe” Mujica Cordano (1934-2025)

Una existencia intensa

SERGIO ISRAEL (UAB)
16 DE MAYO DE 2025

Bamboleante, barrigón, con gesto dulce y de asombro, a los 80 años, vestido con un eterno saco Príncipe de Gales azul piedra y seguido de cerca por guardaespaldas regresó a su viejo barrio una mañana de noviembre. En la escuela Cataluña del barrio montevideano Paso de la Arena, controlando los nervios, niños de túnica blanca y moña lo recibieron con una cartelera en la que habían escrito dos frases del exalumno, ahora presidente de la República: “El poder no cambia a las personas, solo revela quienes verdaderamente somos” y “Lo inevitable no se lloriquea. Lo inevitable hay que enfrentarlo”.

José Alberto Mujica Cordano, hijo primogénito de Lucila (Lucy) y Demetrio, uruguayos descendientes de vascos y piemonteses, nació el 20 de mayo de 1935, en plena dictadura

de Gabriel Terra y vivió justo al lado de la escuela. Luego de una intensa existencia en la que recibió varios disparos de bala y sobrevivió durante 12 años aislado y rotando por cuarteles en condiciones casi siempre inhumanas, Pepe Mujica falleció el martes 13 de mayo a los 89 años, meses después de que le hubieran diagnosticado un cáncer de esófago.

Luego de la derrota del movimiento tupamaro en 1972 pasó más de una década en prisión y salió con un discurso de lucha pacífica, pero sin renegar de las armas. Encabezó mateadas y la reorganización del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) con otros dirigentes, con quienes fundó el Movimiento de Participación Popular (MPP), convertido, desde 2004, en la principal fuerza del Frente Amplio (FA). Fue diputado, ministro, senador y presidente de la República (2010-2015). Además de convertirse en una figura de gran popularidad nacional (y también de fuertes rechazos), logró enorme prestigio en todo el mundo gracias a su personalidad, un discurso político de tono filosófico atípico y directo, y una forma de vida austera y nada protocolar, en un rancho destartalado en una chacra de Rincón del Cerro, en los suburbios de la capital, donde alternó la política y el trabajo de la tierra, manejando un tractor y un viejo Fusca.

Vecino blanco de Luis Batlle

Parecido al vecino del popular barrio La Teja, Tabaré Vázquez, un aliado político con quien no se llevó bien, pero que le abrió el camino a la presidencia, Pepe Mujica tuvo una infancia pobre. La casa natal, que sus padres pagaron en cuotas, quedaba entonces en la calle Simón Martínez 6411, luego renombrada Luis Batlle Berres, en homenaje al más acomodado vecino del barrio, que fue presidente de la República por el Partido Colorado.

Los Cordano eran del Partido Nacional o Blanco, pero el padre de su padre, José Cruz Mujica, se había casado con una muchacha de la familia del colorado Gabriel Terra, a la que había conocido mientras recorría las estancias en un carro vendiendo pequeñas mercancías.

El padre de Pepe Mujica también vendía por los campos y se dedicó a la construcción de galpones luego de dar quiebra como pequeño productor agropecuario en Casupá, Florida. Años más tarde, gracias a los vínculos con los nacionalistas, obtuvo un puesto de funcionario en Vialidad.

Pepe y su única hermana, María Eudoxia (fallecida en 2012, a los 71 años), fueron a la Escuela N° 150, entonces pegada a la casa familiar, que ya no existe. El niño estaba comenzando primaria cuando murió el padre, pero de todas formas continuó con clases de piano dos veces por semana y luego fue al liceo. La ayuda de los abuelos Cordano, que residían en Colonia Estrella, cerca de la ciudad de Carmelo, en el departamento de Colonia, el sacrificio de la madre y la temprana incorporación de Pepe a la venta de flores lograron crear una “estrategia de supervivencia” que incluía amasar el pan que consumían.

Entre el liceo, las clases en el bachillerato IAVA y las que asistió de oyente para escuchar a los intelectuales Francisco Espínola, Carlos Real de Azúa y el exiliado español José Bergamín en la Facultad de Humanidades, comenzó su formación política y también su militancia “medio anarquista”. Entonces tenía como amigos y compañeros de lucha callejera contra la caballada de la Guardia Republicana a quienes luego fueron el escritor Alejandro Paternain y el antropólogo Renzo Pi Ugarte, entre otros.

“Fue la etapa más intelectual de mi vida; casi todos los días leía cuatro o cinco horas en esa biblioteca de Humanidades, que era fenomenal”, contó en 2002 al periodista Fernando Mazzeo. En un libro coordinado por el historiador Gerardo Caetano en 2023 habló también de las lecturas en esa biblioteca en la Aduana, un tiempo en el que comenzó a leer el semanario *Marcha*.

Al estudio, la política y el trabajo con las flores, Pepe Mujica –que un tiempo fue monaguillo– sumó el ciclismo –inspirado en el famoso corredor conocido como León de Carmelo, Atilio François–, actividad que debió abandonar tras una lesión. En el barrio del Cerro, adonde iba a vender sus flores cartuchos, terminó haciendo amigos como David Melián y el Loco Naya, que, junto con Washington Rodríguez Beletti, serían sus compañeros de militancia.

En 1954, votó por primera vez y lo habría hecho por Emilio Frugoni, que encabezaba la lista 90 del Partido Socialista, pero la influencia blanca lo llevó a enrolarse con Enrique Erro –entonces diputado del Partido Nacional, electo por la lista 41– con quien militaba su madre. En 1959, luego de la primera victoria blanca en más de nueve décadas, el austero vecino de La Paz ocupó la cartera de Industria y Trabajo, pero por poco tiempo.

En esos años de militancia blanca Mujica viajó a Cuba, la Unión Soviética y China.

Para las elecciones de 1962, Erro ya había dejado el seguro alero del lema para construir una alianza con el Partido Socialista, la Unión Popular (UP), que compitió con la lista 4190, teniendo a Mujica como candidato a concejal por Montevideo.

Foquista leído

El pésimo resultado electoral provocó una fuerte crisis en la alianza y llevó a unos cuantos jóvenes que habían votado a la UP a decidirse por la vía armada, que en principio parecía más directa. Para ello fueron alentados, como en el resto del continente, por la Revolución cubana,¹ que empujó –junto a la crisis del país– al proceso fundacional del MLN, al que Mujica pronto adhirió en épocas en las que los revolucionarios aspiraban a construir “el hombre nuevo” de una forma más rápida que los partidos clásicos de la izquierda.

Fue un tipo de acción, pero también un ávido lector de historia, biología y antropología. Estudió a Luis Alberto de Herrera, a quien llegó a conocer en su casa, de la mano de su madre Lucy, y también al uruguayo Vivían Trías y a varios historiadores revisionistas argentinos, influido por Alberto Methol Ferré.

Respetó mucho a Carlos Marx, pero no lo que hicieron con su teoría. El historiador británico Arnold Toynbee fue uno de sus preferidos y entre los orientales, además de a José Artigas y a José Batlle y Ordóñez, admiró a Herrera. Compartía el antiimperialismo del

¹ *Mujica visita a una “vieja novia” de la juventud, con la que no quiso comprometerse del todo pero que siempre mantuvo cerca.* Recuperado de <https://www.busqueda.com.uy/Secciones/Mujica-visita-a-una-vieja-novia-de-la-juventud-con-la-que-no-quiso-comprometerse-del-todo-pero-que-siempre-mantuvo-cerca-uc10763>

caudillo blanco y la forma posibilista de hacer política, pero le sumó una preocupación por la distribución de la riqueza. Por eso le confió al historiador Gerardo Caetano que no se molestó cuando Tucho Methol lo llamó “el Herrera de los pobres”.

En sus primeros pasos de acción directa, junto con Germán Vidal, Rodríguez Beletti y Julio Arizaga, entre otros, Pepe se había incorporado, primero al prochino Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), parte del llamado Coordinador del que más tarde nació el MLN.²

Unos meses después del asalto al Tiro Suizo³ (un club de tiro en la localidad de Nueva Helvecia), que se produjo en agosto de 1963 y es considerado como la primera acción de los tupamaros, aunque todavía no llevaban ese nombre, Mujica fue procesado por tentativa de rapiña y remitido a la cárcel de Miguelete. Allí pasó ocho meses como preso común, para encubrir que el asalto era para hacer finanzas.

En julio de 1968, Pepe Mujica participó en un “tirón de orejas” al diario colorado *Acción* y al mes siguiente estuvo en la Operación Sabina, el primer secuestro del entonces presidente de la empresa estatal de energía y teléfonos, UTE Ulysses Pereira Reverbel. Más tarde debió pasar a la clandestinidad por la caída de una casa donde guardaba unas subametralladoras. Estuvo al frente del comando que controló la central telefónica durante la toma de la ciudad de Pando (Canelones), el 8 de octubre de 1969, y eludió el cerco con sus compañeros dando un rodeo.

Según la historiadora Clara Aldrighi, de 1968 a 1972, la organización clandestina pasó de tener 50 militantes a alrededor de 2.000, más otros 3.000 periféricos que seguían la línea de crear focos revolucionarios, “muchos Vietnam”.

Durante un tiempo, la pareja de Pepe Mujica fue la militante tupamara Yessie Macchi, hija de un coronel batllista del Ejército. Antes había vivido con otra mujer, pero nunca tuvo hijos. En marzo de 1970, resultó herido de gravedad durante un tiroteo en el bar La

2 *El MLN dice que el gobierno busca eliminarlo “como opción política” y que la Fiscalía es “instrumento” de “persecución”* Recuperado de <https://www.búsqueda.com.uy/Secciones/El-MLN-dice-que-el-gobierno-busca-eliminarlo-como-opcion-politica-y-que-la-Fiscalia-es-instrumento-de-persecucion--uc45884>

3 Recuperado de <https://www.búsqueda.com.uy/Secciones/El-euterio-Fernandez-Huidobro-y-la-logica-de-los-combatientes-uc19087>

Vía, ubicado en el cruce de las calles Larrañaga y Monte Caseros. En el Hospital Militar le extirparon el bazo y dos meses después fue procesado y recluido en la cárcel de Punta Carretas, de donde se fugó junto a otros 110 presos en setiembre de 1971.

La libertad le duró poco: el 19 de octubre cayó en una casa del barrio Punta Gorda por la información aportada por uno de los cinco presos “sociales” que los acompañaron en “El Abuso”, así que las elecciones de 1971, en las que los tupamaros apoyaron, *sotto voce*, las listas frentistas de Erro y Zelmar Michelini, las pasó tras las rejas.

El 12 de abril de 1972, dos días antes de la operación Hipólito, que terminó con la vida de un civil, dos policías y un marino acusados de integrar los escuadrones de la muerte, y, luego, de ocho tupamaros, Mujica escapó de prisión por segunda vez.

Al mes siguiente estuvo a punto de caer de nuevo, pero huyó a los tiros por las cloacas ubicadas debajo del barrio Villa Dolores. Desde entonces evitó entrar en locales de la organización y se mantuvo la mayor parte del tiempo a monte, gracias al conocimiento que tenía del Parque Tomkinson y otros lugares cercanos a su barrio natal.

En agosto, cuando iba a un contacto en bicicleta con una subametralladora UZI a la espalda, debajo de un grueso sobretodo, cayó otra vez preso y fue llevado al Batallón de Infantería Florida, donde primero fue torturado y luego tomó parte de las negociaciones del MLN con los militares.

Preso 813 y rehén

Luego de interrumpidas las negociaciones, Mujica quedó preso en Punta de Rieles (entonces cárcel de hombres) y desde allí fue trasladado al Penal de Libertad, donde recibió el número 813. En el penal compartió celda en el ala izquierda del segundo piso con Raúl Sendic, Juan José Domínguez, Jorge Zabalza y otros.

En setiembre de 1973, ya consumado el golpe de Estado, fue sacado del penal con otros ocho dirigentes tupamaros (y también 11 mujeres) y puestos de “rehenes” ante eventuales acciones de sus compañeros, aunque la organización ya estaba en franco repliegue.

Hasta abril de 1984, cuando lo regresaron al penal, estuvo rotando junto a Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro por diferentes cuarteles del interior, padeciendo durísimas condiciones, incomunicado y, según contó, sin poder leer durante siete años, hasta que la intervención de una psiquiatra del Hospital Militar hizo que le dejaran tener libros de ciencias naturales.

El 10 de marzo de 1985 fue finalmente liberado por la Ley de Amnistía; se reencontró con su nueva compañera, Lucía Topolansky, y luego de unos días en Conventuales se fue a vivir a la casa materna, en Paso de la Arena. Apenas una semana después habló en un acto del 26 de marzo que se realizó en el Club Platense.

Camino del Frente Amplio

Antes de que terminara el año, la III Convención del MLN en el Club Trouville reafirmó “el carácter estratégico de la unidad de la izquierda” y eligió un nuevo Comité Central. Mujica quedó tercero entre los más votados, después de Raúl Sendic y de Fernández Huidobro, aunque el viejo líder de los cañeros tuvo diferencias con sus compañeros, dejó la organización y creó el Movimiento por la Tierra.

Aunque la idea de un Frente Grande permaneció, cuando el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP) y el Partido Demócrata Cristiano (PDC) abandonaron el FA, quedó abierto el ingreso formal de los tupamaros. Era el año 1989 y entonces se produjo la creación del MPP, la campaña por el voto verde, para derogar la ley de caducidad, la llegada del FA al gobierno en Montevideo y la muerte de Sendic en París, donde estaba recibiendo tratamiento médico.

En 1994, el Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), que hasta entonces lo había integrado, se retiró del MPP. El sector donde militaba Mujica junto con Fernández Huidobro, Zabalza y Helios Sarthou, tres dirigentes que más tarde también dejarían el sector, votó en contra de la creación del Encuentro Progresista.

La nueva formación había sido alentada por el presidente del FA, Liber Seregni, y por Vázquez para reincorporar a parte de los que se habían ido en 1989 y sumar escindidos

de los partidos tradicionales, como el exintendente blanco de Cerro Largo Rodolfo Nin Novoa, que una década después sería vicepresidente de la República en el primer gobierno frentista, en el cual Mujica ocupó el cargo de ministro de Ganadería.

Antes había sido el primer tupamaro en acceder al Parlamento. Concurría a las sesiones de Diputados en motoneta, de pantalones vaqueros y con aspecto desprolijo, pero tenía un buen manejo político y apostaba al diálogo. La primera intervención que hizo en sala fue sobre el pasto y, desde entonces, cuando hablaba se hacía tal silencio que podía oírse el ruido de una cucharita al revolver el café.

Los graves incidentes del Filtro por la extradición de tres independentistas vascos reclamados por la Justicia española, durante la campaña electoral de 1994, en cierta forma marcaron el final del horizonte armado.

Mujica, con sus intervenciones punzantes, había mostrado dotes para la radio y el debate en televisión y, en el mano a mano, carisma para comunicarse con los sectores más populares, sobre todo en los suburbios de Montevideo y en el interior del país.

En octubre de 1999 fue electo senador. Ese año, el MPP triplicó la votación anterior, logrando el 14% de los votos del FA, que fue el más votado en octubre, pero perdió en el balotaje contra Jorge Batlle.

En las elecciones internas de mayo de 2002, en medio de la mayor crisis bancaria de los últimos 50 años, el MPP se convirtió en la primera fuerza del FA, dejando atrás al Partido Socialista.

Al crecer, la figura de Mujica cosechó más críticas de todo el espectro. La derecha resistía su estilo y sospechaba por sus antecedentes y, por otra parte, la Corriente de Izquierda, que ya no integraba el MPP, lo calificó de “botón” y “controlador” y de haber olvidado su pasado revolucionario “porque el éxito político se le subió a la cabeza”. Zabalza criticó que “anteponen todo en pos de una victoria electoral” y en función de ella “renuncian a un montón de cosas”.

Los socialistas, a su vez, crearon el Espacio 90 tratando de convertirse en “la gran alternativa al mujiquismo”, pero la avasallante popularidad del senador tupamaro siguió en

aumento. En octubre de 2003 dio un golpe de efecto cuando, hablando de asuntos del campo, soltó la expresión “no sea nabo” durante una entrevista en Canal 12, descolocando al prestigioso periodista Néber Araújo. Luego continuó con salidas de ese tipo, en contra del sector “doctoral”, que le daban mucho rédito y atraían a los medios.

Entre diciembre de 2004 y el enero siguiente estuvo 21 días internado a causa de una enfermedad autoinmune que le afectó los riñones, un problema que ya había tenido en prisión debido al bajísimo consumo de agua.

Ya recuperado, la interna del MPP se le complicó cuando, siendo ministro, el gobierno procuró un tratado de libre comercio con Estados Unidos. Entonces amenazó con dejar el sector y declararse “independiente”. Participando, el quincenario oficial del movimiento, criticó a Mujica en un editorial titulado “El valor de la palabra”, pero este subió la apuesta con relación al tratado: “Si tengo que comerme un pan podrido me lo comeré”.

La modesta vivienda de la chacra en camino Colorado 895, donde en 2005 contrajo matrimonio en la cocina con su compañera Lucía Topolansky, pasó a ser un lugar de reuniones políticas, al que luego se sumó el quincho de su vecino Sergio Varela. En octubre del año siguiente, mantuvo en la chacra un largo encuentro con los tupamaros de la vieja barra, Julio Marenales y Fernández Huidobro luego del cual las diferencias “quedaron bastante saldadas”, pero de todas formas el Ñato Fernández Huidobro, al que llamó su “hermano del alma”, formó su propio sector político, primero dentro del MPP y luego con lista propia.

Pepe presidente

En enero de 2008 respondió con su ya clásico “difícil que el chanco chifle” cuando le preguntaron si sería candidato a la presidencia. Y poco después insistió: “Ni loco, hay que usar corbata y decir *good morning*, cada uno sabe sus límites”. El subsecretario de Ganadería y dirigente del MPP Ernesto Agazzi vaticinó que su compañero “sería un mal presidente”.

Sin embargo, a mitad de año, el MPP lo proclamó oficialmente precandidato y antes ya había lanzado su campaña en Paysandú, donde dijo que estaba “viejo, pero con fuerza para la pelea”.

El crecimiento de la figura de Pepe Mujica, ahora lanzado a la Torre Ejecutiva, aumentó la tensión con el presidente Vázquez, que hizo pública su preferencia por Astori. La respuesta no se hizo esperar: “Yo creo que su opinión es muy importante y que la fuerza política la tendrá en cuenta, pero nuestro Frente es glorioso. Es tan insurrecto que no le da bola a nadie y por más que alguien de mucho peso diga una cosa”.

Para ganar la interna, Mujica tejió una alianza con el Partido Comunista, viejo rival de los tupamaros en la izquierda. Esa movida le valió ser el candidato más votado en el Congreso del FA, frente a Astori, Marcos Carámbula y Enrique Rubio. Poco después, los dos últimos se retiraron de la competencia y Mujica terminó derrotando a Astori, que sufrió serios problemas de salud en un largo tramo de la campaña. Luego del triunfo, que se produjo con un margen no tan amplio, después de largas negociaciones entre Eduardo Bonomi y Fernando Lorenzo, el perdedor de la interna aceptó un acuerdo para gobernar que se selló con un frío apretón de manos en la sede del FA en la calle Colonia.

En su carrera a la Presidencia Mujica dejó formalmente a la barra del MPP, pero mantuvo un enlace permanente, y su esposa fue la primera candidata al Senado por la lista 609. Visitó a la presidenta Cristina Fernández en Buenos Aires, con el conflicto binacional aún sin resolver. Siguiendo el consejo de su asesor Francisco Vernazza, en su primer viaje a Brasil como candidato, se encontró con el presidente Luiz Inácio Lula da Silva luciendo un traje de Studio Muto, famoso por haber vestido a mandatarios. A Brasilia había llegado en un avión del luego procesado empresario de la pesca Alberto Fernández, que también prestó ese servicio a Vázquez.

El 18 de setiembre la tensión con Vázquez se puso a tope. Luego que se conocieran las expresiones del candidato en el libro *Pepe. Coloquios*, del periodista Alfredo García, el presidente declaró a la prensa, desde Nueva York, que a veces Mujica decía “estupideces”, “criticando a todo y a todos” con “una actitud pontifical”, pero advirtió que lo votaría “por disciplina”.

El libro provocó tal revuelo que dos días después Pepe Mujica presentó la renuncia, aunque no fue aceptada. La intervención del asesor Vernazza lo ayudó a superar la crisis que provocó lo que –según luego admitiría a Búsqueda– era su pensamiento “en calzoncillos” y también los embates desesperados de Jorge Batlle y de los blancos, con asuntos tan delicados como la aparición del arsenal de Saúl Feldman, a solo 20 días de las elecciones.

El candidato frentista no logró ganar en primera vuelta, pero superó a Luis Alberto Lacalle en el balotaje, de modo que, luego de un festejo bajo lluvia, pasó el verano armando su gobierno.

La gestión, como estaba previsto, fue desordenada y se trazó muchos objetivos que no pudo concretar, pero dejó al país una nueva universidad pública, terminó con el conflicto con Argentina, puso fin a la eterna guerra de las patentes entre las intendencias y al déficit energético mediante la energía eólica. También mejoró los salarios en el campo y los de las empleadas domésticas. Hizo algunos avances en la búsqueda de los desaparecidos,⁴ pero mantuvo una relación ambigua y tolerante con los militares de la dictadura.

Su “buque insignia”, el Plan de Integración Socio-habitacional Juntos logró pocos resultados. “El 60% del Plan Juntos son mujeres solas con hijos. ¿Vos creés que apareció una organización feminista para ayudar? No, esas son todas intelectuales con sirvientas. Y el Frente Amplio tiene el caudal más grande de esas intelectuales insoportables [...] Es preferible lidiar con una trituradora antes que con ellas”, se quejó en el libro *Una oveja negra al poder*, de los periodistas Andrés Danza y Ernesto Tulbovitz.

Gracias a Mujica, Uruguay ganó prestigio en el mundo, por su presencia y por la incorporación de una nueva agenda de derechos, que incluyó el matrimonio igualitario, la legalización del aborto, a la que se había opuesto Vázquez, y sobre todo la legalización de la marihuana, por la que incluso, en 2014, fue propuesto para el Premio Nobel de la Paz por la ONG holandesa Drug Free Institute, 115 profesores de la universidad alemana de Bremen y la bancada de diputados de la coalición de izquierda.

⁴ *El gobierno que más hizo*. Recuperado de <https://www.búsqueda.com.uy/Secciones/El-gobierno-que-mas-hizo-uc19588>

Su gobierno debió cerrar la compañía aérea Pluna y tuvo reveses como el proyecto minero Aratirí, además de los choques con sus socios del astorismo; el más sonado se produjo cuando destituyó al ministro de Turismo Héctor Lescano por presiones del empresario deportivo Francisco Casal.

Su frase más recordada durante años respecto a Argentina fue: “Esta vieja es peor que el tuerto”, dicha en privado, pero con un micrófono abierto, en abril de 2013, con relación a la entonces presidenta Cristina Fernández y su exesposo Néstor Kirchner.

Cumplido su mandato entregó el gobierno a Vázquez⁵ con un abrazo y ocupó una banca en el Senado, además de continuar con la agricultura en Rincón del Cerro. Promovió a dirigentes jóvenes, entre ellos el canario Yamandú Orsi. Finalmente retirado del Senado, pandemia mediante, comenzó un nuevo relacionamiento con el dos veces presidente colorado Julio María Sanguinetti, aportando experiencias.⁶

A diferencia de Astori y Vázquez, que no dejaron una herencia fuerte, Mujica logró construir un proyecto con las nuevas generaciones. El último domingo de junio de 2024, el MPP volvió a imponerse en la interna de la fuerza política y casi triplicó su votación de cinco años atrás. El sector de Mujica, quien, junto con el presidente Luis Lacalle Pou, ocupa en las encuestas el podio de los políticos más populares del país, obtuvo 114.081 votos, el 28% del total de adhesiones que recogió el Frente Amplio.

A pesar de su amistad con el expresidente de Venezuela Hugo Chávez, tomó distancia de su sucesor Nicolás Maduro, así como de la Nicaragua de Daniel Ortega, y en los temas internacionales se alineó con el brasileño Lula da Silva.

La parca no lo sorprendió. Había hecho muchas referencias, tantas como a la vida, en especial hablando a los jóvenes en todo el mundo. En el libro de Danza y Tulbovitz había reflexionado: “A nadie le gusta la muerte, pero a determinada altura sabés que

5 Mocoero, M. (26/3/2015) *Mujica mantendrá un “activo” perfil internacional con el objetivo de “ayudar a resolver problemas” regionales y para el gobierno*. Recuperado de <https://www.búsqueda.com.uy/Secciones/Mujica-mantendra-un-activo-perfil-internacional-con-el-objetivo-de-ayudar-a-resolver-problemas-regionales-y-para-el-gobierno-uc20465>

6 *Sanguinetti y Mujica: una “extraña pareja” en “jubilación activa” con un mensaje antigrieta para el sistema político*. Recuperado de <https://www.búsqueda.com.uy/desayunos-busqueda/sanguinetti-y-mujica-una-extraña-pareja-jubilacion-activa-un-mensaje-antigrieta-el-sistema-politico-n5391428>

JOSÉ "PEPE" MUJICA CORDANO (1934-2025)

un poco antes o un poco después te va a llegar. Y ¡por favor! No vivas temblando frente a la muerte. Acéptala como los bichos del monte. El mundo va a seguir dando vueltas y no va a pasar nada, no va a quedar nada de todo ese temor al pedo. Hay que ser más primitivo. No da para festejar. No le estoy haciendo una apología a la muerte, pero está ahí, hay que convivir con ella”.



Lo viejo funciona

Una serie que lo cambia todo

HORACIO MORENO (UNPAZ/UBA)
20 DE MAYO DE 2025

Desde el pasado 30 de abril, *El Eternauta* está en boca de todos, o casi, gracias al éxito avasallador de la adaptación serializada de Netflix que se ha transformado en varias cosas a la vez: a) un *boom* comercial, que la catapultó a ser la serie de habla no inglesa más vista de la plataforma a nivel mundial (casi 11 millones de espectadores en la primera semana); b) una relectura de la historieta original, a la que han rebautizado como “cómic” o “novela gráfica”, según el nivel de coloniaje en sangre; c) un rescate de las fuentes de inspiración de Oesterheld, ya mencionadas hasta el hartazgo en otras ocasiones y a lo largo de los años; d) una trinchera para una nueva resistencia ante el avance imperial y sus cipayos *refurbished*; e) una *rave* permanente de nuevos y viejos aficionados, que agotan ediciones impresas y asisten de a miles a las Barrancas de Belgrano para una expe-

riencia “eternauta *live*”; f) una oportunidad para recuperar memoria, verdad y justicia, a partir de la trágica historia de la familia Oesterheld y la “intervención” militante de las publicidades callejeras; y g) mucho, mucho más.

De la misma manera en que la historieta original ha tenido una y mil lecturas y relecturas, la serie imaginada por Bruno Stagnaro y compañía ha comenzado un periplo semejante y se ha convertido, también, en un campo en disputa de la batalla de opinión de la que hablaba Perón y que en estos tiempos modernos se menta con el más prestigioso apelativo de “batalla cultural”.

A batallar se ha dicho, entonces.

Textos y contextos: la larga marcha de una idea

Héctor Germán Oesterheld, el padre de la criatura, era un geólogo casual y un aficionado entusiasta de la escritura literaria, que comenzó despuntando con cuentos infantiles y libros de divulgación científica publicados en el auge de la industria cultural durante el peronismo clásico. Así, del trabajo de profesional de cierto prestigio (en YPF, en un banco) pasó a desempeñarse como escritor/creador a sueldo en la Editorial Abril, una de las múltiples generadoras de productos impresos masivos fundada por inmigrantes, en este caso, italianos judíos, comunistas y antifascistas que, con el ascenso de Perón, dieron refugio a muchos intelectuales argentinos exiliados o autoexcluidos de las cátedras universitarias de la época y que tendrían participaciones importantes en la década siguiente, durante la autopercebida “época de oro” de la universidad y la ciencia argentinas. Nombres como Boris Spivacow, Oscar Varsavsky o Gino Germani compartieron empresa con Oesterheld en esta etapa de crecimiento y experimentación en los géneros populares.

En 1952, Oesterheld debuta como guionista de historietas a pedido del dueño de Abril y crea a *Bull Rockett*, una especie de súper científico atómico, piloto, aventurero y amigo de sus amigos que, en una de sus peripecias –“Buenos Aires no contesta”–, muestra por primera vez a la ciudad como escenario de una aventura que únicamente solía ocurrir en el lejano Norte. Presenta, además, un primer mini “héroe colectivo” local, al que solo

le faltaba el “acceso al conocimiento” para emular en logros tecnológicos a Bull y sus compañeros.

Cuatro años después decide fundar su propia editorial de historietas, Frontera, y publica una revista mensual en cuyas páginas ofrece su primer borrador de su obra consagratoria. Se trata de *Rolo, el marciano adoptivo*, una historieta en la que un maestro de escuela y sus amigos del club del barrio no solo previenen una insidiosa invasión extraterrestre sino que además liberan a Marte de sus opresores. En *Rolo* los precoces protagonistas de “Buenos Aires no contesta” han crecido y ya son capaces de encarar solitos la aventura y el desafío que les propone la invasión alienígena.

Casi en paralelo con las últimas entregas de esa historia, en septiembre de 1957 Oesterheld inaugura *El Eternauta*, pensada como una historieta serializada en un suplemento de aparición semanal de solo 16 páginas, *Hora Cero semanal*, donde compartía “continuarás” con otros personajes también famosos, como *Ernie Pike*, *Sargento Kirk* o *Randall, the Killer*. Esa historia de ciencia ficción se fue desarrollando en un único arco narrativo a lo largo de más de dos años, hasta noviembre de 1959, y es la base de la serie que nos ocupa en estas líneas. La idea de la invasión extraterrestre en Argentina ya no abandonaría la imaginería de Oesterheld.

Poco después Frontera debe cerrar sus puertas, quebrada por las deudas y la pauperización de su propuesta semanal dada la salida de sus mejores dibujantes y el final de *El Eternauta*. El guionista cede sus derechos del personaje a uno de sus acreedores, Emilio Ramírez, quien lanza en 1961 un nuevo título de revista, *El Eternauta*, cuyas tres primeras entregas son la recopilación de las páginas aparecidas entre 1957 y 1959. A partir del cuarto número, la revista incluye una sección, “Otra vez, El Eternauta”, en la que Juan Salvo como testigo privilegiado –por su calidad de viajero en el tiempo y en el espacio– narra el fin de Pompeya y la explosión de la bomba atómica en Hiroshima; y desde la sexta entrega hasta la cancelación de la revista, en el número 15 (1963), se publica lo que es la verdadera segunda parte de *El Eternauta*, en entregas novelizadas que incluyen algunas pocas ilustraciones. Esta nueva aventura de Salvo se desarrolla inicialmente en el Delta (un dato para recordar al mirar la serie de Netflix) y nos muestra a un protagonista mucho más proclive a la violencia y la paranoia, que “rescata” a Favalli de su condición

de hombre-robot y presenta a los Estados Unidos como una potencia capaz de resistir los primeros embates de la invasión, aunque finalmente también sea derrotado y los protagonistas caigan nuevamente en manos de los Ellos. Esta novelización inconclusa no será retomada por Oesterheld, que paulatinamente irá descreyendo de su progresismo desarrollista de la mano de la decepción que fue Frondizi, el deterioro de su nivel de vida y sus condiciones de trabajo, y la fuerza simbólica de la Revolución Cubana.

Ya en 1965, HGO intenta revivir otro de los hitos que le tocó vivir como protagonista más o menos acreditado dentro de Abril. A la manera de la revista *Más Allá* (1953-1957), el autor/empresario publica dos números de una nueva revista de ciencia-ficción, *Géminis*, que en su segundo número (julio de 1965) anuncia “YA LLEGA. La novela de ciencia ficción que no se creía posible. EL ETERNAUTA. Por Héctor G. Oesterheld” y, como corolario del número, ofrece el cuento “Una muerte”. Esta historia otra vez situada en el Delta, narra el deceso de lo que parece ser un Mano, a quien en el momento final se le escapa un pájaro de la mano, una escena que repite con dibujos de Solano López en *El Eternauta II* (1976-1977).

Simultáneo al Cordobazo, en 1969 comienza la publicación en la revista *Gente* de una nueva versión de *El Eternauta*, en el que no solo el dibujo de Alberto Breccia complejiza la historieta sino que también se radicaliza y actualiza el guion original, ya con las grandes potencias del Norte no como eventuales portadoras de la “ayuda” para enfrentar la invasión sino como cómplices del imperialismo galáctico, al que entregan América del Sur a cambio de su propia inmunidad.

En 1970-1971, en una ecléctica revista intitolada *2001, periodismo de anticipación*, aparece una nueva historia de invasión extraterrestre llamada *¡Guerra de los Antartes!* (números 21 al 31), en la que se repite la traición de las grandes potencias con la entrega de Sudamérica al invasor y la resistencia, esta vez articulada entre un gobierno nacional y popular y las organizaciones libres del Pueblo. Es el momento del acercamiento de Oesterheld al peronismo, acompañando la militancia de sus hijas en organizaciones de base del movimiento. Paradójicamente, la generación que apoyó a la Revolución Fusiladora y a la “desperonización” forzada y vana, tuvo en sus hijos a los nuevos militantes del peronismo, quienes lograrían el fin de la larga proscripción de Perón. También en 1971,

la dupla Oesterheld-Breccia presenta un híbrido llamado *Platos voladores al ataque!!*, una serie de figuritas, “teloneras” de unos tarjetones coleccionables dedicados al fútbol, que en el dorso ofrecían una historia de ciencia ficción en torno a una nueva invasión extraterrestre a Buenos Aires, con algunas pinceladas de los planteos habituales del autor para este tema, desde la posibilidad de un desarrollo científico-tecnológico vernáculo hasta el “héroe colectivo” argentino encarnado en jóvenes guiados por un maestro de escuela.

La Guerra de los Antartes, reaparece en una nueva versión entre febrero y agosto de 1974, serializada en el diario *Noticias*, órgano periodístico de Montoneros. Esta historieta queda inconclusa con la clausura del medio tras la muerte de Perón, y una vez más ofrece una utopía de resistencia al invasor extraterrestre motorizada por un gobierno nacional y popular sumado a organizaciones populares comprometidas. Como venía ocurriendo desde 1969, la complicidad de las grandes potencias con los alienígenas va de suyo.

La larga marcha de invasiones y resistencias se cierra con *El Eternauta II* (1976-1977), publicado por entregas en la revista *Skorpio*, que termina de publicarse ya con Oesterheld desaparecido, una víctima más de la última dictadura militar (1976-1983). La historia comienza exactamente en el lugar en que se cierra la primera versión de 1957-1959, con la “amnesia” de Juan Salvo –pista para quienes se preguntan qué son las extrañas visiones del personaje interpretado por Darín– respecto de la invasión sufrida en 1963 y la incorporación de Germán, el hasta entonces innominado guionista receptor de la historia original, como co-protagonista de las nuevas aventuras. En este caso, los personajes recorren un paisaje devastado después de la explosión atómica que asolara Buenos Aires, incluso el río ha retrocedido (otro tema para recordar cuando se mira la serie de Netflix) y ya no hay metáforas ni “pueblo organizado”, hay una especie de “iluminado” que lidera la resistencia del Pueblo de las Cuevas y lo lleva a la liberación, pagando cualquier costo, incluso el sacrificio de los seres queridos. El periplo de la clase media antiperonista se cierra con esta última apelación a la militancia extrema, lejos del humanismo que alguna vez trasuntaron las visitas anteriores al tema de la invasión y su combate resistente.

El sacrificio de Héctor, sus cuatro hijas, dos yernos y dos nietos nonatos apropiados y no recuperados a la fecha es el testimonio más que elocuente de una violencia salvaje que,

otra vez desde el Estado y desde discursos del odio, parece querer volver a convertirse en moneda habitual después de 40 años de democracia.

Para los que ya vieron la serie televisiva, este recorrido por las diferentes versiones que HGO escribió a lo largo de su carrera les ofrece algunas pistas adicionales y les permite, además, percibir que la adaptación es bastante más fiel a sus planteos (de invasión, de resistencia) que fueron evolucionando con el correr de los años.

La serie: una adaptación de muchos Oesterheld (*spoilers*)

La serie presentada por la plataforma Netflix ofrece una versión de *El Eternauta* adaptada a los tiempos que corren y a la historia recorrida. Claramente, el espíritu de la historieta está imbuido en la serie, aunque las cosas cuestan mucho más que en el original dibujado. En la adaptación se nota esa “larga marcha” que describimos en el apartado anterior, se nota cómo se ha ido cargando de pesimismo y de sinsabores la comunidad que, puesta en crisis, deberá volver a apelar a eso que fue perdiendo a golpes en el camino. En ese sentido, la adaptación incorpora coherentemente la experiencia popular y la tensiona a través del tamiz de las derrotas sufridas en esos casi 70 años de historia nacional. Eso la hace creíble y cercana.

Así, uno de los grandes aciertos es mostrar de manera mucho más descarnada esa etapa inicial de “ley de la jungla”, apenas esbozada en la historieta, con un enfoque más que realista de los conflictos que se generan en el “adentro” del incipiente “héroe colectivo”. Es una sociedad permeada por la indiferencia y el fastidio ante los problemas ajenos. Juan Salvo (Ricardo Darín) se presenta refunfuñando frente a un piquete que lo obliga a desviarse del camino y un personaje nuevo, Omar (Ariel Staltari), un exiliado del 2001, señala lo evidente: se fue con piquetes y los piquetes siguen un cuarto de siglo después. Actualizado, el grupo es un rejunte de amigos que ante la primera constatación del desastre se cierra en un núcleo cada vez más chiquito, de afectos familiares antes que de necesidades comunes: Juan quiere buscar a toda costa a su hija adolescente, Favalli (César Troncoso) solo piensa en su casa y en su esposa (Andrea Pietra), Omar quiere irse de un lugar donde se siente sapo de otro pozo y Lucas (Marcelo Subiotto), como confiesa

más tarde, se siente aliviado con la muerte del Ruso (Claudio Martínez Bel), a quien veía como un acreedor antes que como un amigo. Cada uno en la suya y perseverando en sus posiciones, a primera vista, irreconciliables en la tragedia.

Este planteo inicial es particularmente efectivo porque entonces todo lo que la serie va a ir desgranando tiene sentido y no está forzado, no es un traslado acrítico de lo narrado casi 70 años antes, en otra Argentina. Y para los muy fanáticamente cerrados al argumento original, Stagnaro ofrece guiños muy significativos: el partido de truco inicial, incluso en su dinámica; los ruidos de los choques en el inicio de la nevada mortal, y la propia nevada; la muerte inaugural del Ruso, originalmente, el jubilado Polsky; la imposibilidad de avisar al vecino panadero, que muere junto a su mujer de la misma manera que Ramírez, el empleado ferroviario de la historieta; y siguen las firmas...

El argumento no es lineal respecto de la historieta y los personajes no tienen ni el mismo bagaje ni la misma dinámica, aunque sí son reconocibles. Lucas es un pusilánime, pero menos vulnerable que su contraparte dibujada, dura más en la historia y su final es totalmente diferente. Pablo aparece como víctima de *bullying*, pero no de un ferretero inescrupuloso sino de sus propios compañeros de estudio. Mosca y Franco apenas tienen unos pocos minutos de participación en estos primeros seis episodios, aunque sus personajes tienen todo para crecer. Y todas las figuras femeninas, originales o nuevas, tienen roles mucho más definidos, importantes y coherentes con nuestra sociedad actual.

Otro de los grandes aciertos es la inclusión de Malvinas como parte de la historia de la Argentina, incluso como una realidad palpable en el siglo XXI, y es sumamente inteligente utilizar la cualidad de veterano de guerra para explicar ciertos *expertises* de Juan o sus propios conflictos familiares o de relación con el mundo, aunque, en líneas generales, parece tener una mejor posición de vida comparada a las realidades de otros veteranos que vemos participar en la serie. Los nuevos protagonistas, como los originales de la historieta, parecen pertenecer todos a una clase media que no pasa sobresaltos económicos, con algún margen para ciertos placeres mundanos. Hay excepciones que son también aciertos, como el ya nombrado Omar, un exiliado del que sabemos que se autopercibe empresario pyme porque instala *durlock* en Estados Unidos, e Inga (Orianna Cárdenas), repartidora de *delivery* venezolana, seguramente similar a Omar en su visión de su patria

chica y también producto de una migración. Estos dos personajes no podrían haber existido en la versión original, pero son perfectamente plausibles (y necesarios) en el *aggiornamento* del argumento. Incluso, pese a que claramente no tienen una vida tan acomodada como los amigos inaugurales, son típicos productos de la respuesta individualista a las realidades nacionales de toda América Latina. Todos juntos son personajes paranoicos e individualistas, un poco en la línea que adquiere *El Eternauta* en su novelización inconclusa de 1961-1963: en la caída, no hay mucho lugar para el humanismo y la comunidad.

Lo que se muestra a lo largo de los primeros tres episodios es un tribalismo muy cerrado: los vecinos de Favalli que pretenden “cerrar” el barrio, los consorcistas del edificio donde habitan Elena (Carla Peterson) y Clara (Mora Fisz, la hija adolescente de Salvo), los saqueadores que atacan el supermercado o deambulan armados por la ciudad, robando incautos o buscando vehículos viables.

El punto de inflexión para los planteos individualistas aparece con la organización de los pobres en la iglesia. Personas en situación de calle, locos, *boy scouts* (organización ligada a la iglesia, obviamente) y una monja que organiza el refugio. Es un lugar en el que es más creíble la solidaridad y la acción de compartir lo que se tiene. Cuando Juan y Favalli entran en contacto con esta realidad, descubrirán que hay algo más que la ley de la selva en medio de la tragedia, que la solidaridad de los sin nada es una forma efectiva para empezar a resistir y, eventualmente, salvar el pellejo. Descubren, también, que se trata de una invasión extraterrestre: se ve por primera vez a las criaturas nacidas de la pluma de Oesterheld, los “cascarudos”, y se intuye la presencia de otras bestias, los “gurbos”, además de las “luces” del cielo, es decir, las naves del invasor extraterrestre.

En ese momento también aparece el Ejército Argentino, que cumple la función de aglutinar y organizar los intentos aislados de resistencia y enfrentamiento con el invasor, aunque lo hace de manera ramplona y bastante chapucera. No es el mismo Ejército que en la historieta unos verán como representación de la sublevación de Valle y Tanco y otros como metáfora de la Fusiladora; este es un Ejército menos potente como signo, menos presente como actor político.

Cuando el evento “Clara” se resuelve por sí solo, aunque sospechamos que no tanto, se decide que los invasores son demasiado poderosos y que lo mejor es huir. En esa huida se cruzan con otros grupos de sobrevivientes que se han refugiado en un hiper mercado *shopping* y conviven pacíficamente, hasta que se produce el primer ataque de los hombres-robot, que ya intuimos que son menos obvios que los originales con su teledirector aparatoso implantado en la nuca.

Eso llevará a todos los sobrevivientes a Campo de Mayo, donde se organizan ejército y sobrevivientes para intentar un nuevo rescate de quienes estén atrapados en la Capital Federal.

Ese “héroe colectivo” esforzado, que ha debido reconstruirse pacientemente en los episodios iniciales, se acentúa para emprender el último tramo de la primera temporada, con hallazgos cinematográficos como el de romper el “cerco” de la Capital Federal utilizando una locomotora Diesel, en una de las mejores escenas de la serie.

Stagnaro apela a muchos recursos que recuerdan a otros clásicos del cine de invasiones extraterrestres, como las dos versiones de *La invasión de los usurpadores de cuerpos* (Don Siegel, 1956 y Philip Kaufman, 1978), que van desde el “traidor” que señala a los pocos que escapan de la trampa (Donald Sutherland en la versión de 1978) o la organización de los hombres-robot para su infiltración, a la manera de la plaza central de Santa Mira (en la versión de 1956) pero en las Barrancas de Belgrano.

Este último escenario geográfico también presenta varias revelaciones: Juan descubre de dónde conoce a Franco, el ahora maquinista ferroviario, lo que también explica sus *flashbacks* y episodios “en blanco”, en principio atribuidos al estrés postraumático de Malvinas pero que en realidad son una clara pista para develar por qué la serie se llama *El Eternauta*. También vemos, parcialmente por lo menos, a un primer Mano que, en otra genialidad de la adaptación, ejecuta una especie de melodía con sus múltiples dedos para dominar a humanos y cascarudos congregados en el lugar.

Un detalle final: mucha de la estética de la serie recuerda a otro ensayo audiovisual, que fue presentado en 2014 en una exposición temática de *El Eternauta* organizada en Tecnópolis. *Huellas de la invasión*, un corto de poco más de 5 minutos, fue para los aficio-

nados una pequeña muestra de lo que podía hacerse, efectos mediante, para adaptar la obra de Oesterheld a la pantalla, y algunos de los hallazgos del corto se pueden apreciar en la serie de Netflix.

Algunas conclusiones que no se terminan

La serie es una experiencia que maravilla desde las actuaciones, los efectos especiales y la brillantez de la adaptación y actualización del argumento. Incluye muchos guiños para fanáticos pero en ningún caso se fuerzan como para que se pierda el verosímil de lo narrado. El planteo de Stagnaro y equipo no se limita al clásico de 1957-1959 sino que es posible rastrear vestigios de muchas otras propuestas del guionista, que deleitan y no hacen ruido en una trama que se desarrolla sin tropiezos. A la pericia narrativa hay que agregarle un elemento más: hay que celebrar la ausencia de censura o “lavado ideológico” de parte de Netflix como productora de la serie. El mensaje es fuerte y claro, y es para festejar que en medio de una “nevada mortal” de sentido como la que estamos atravesando, haya sido escuchado y leído de manera impecable por una vasta población de compatriotas. Obviamente, es tan claro lo que se dice (“¡Viva la resistencia! ¡Viva Argentina!”) que somos testigos de una gran cantidad de operaciones que pretenden instalar la confusión y disputar lo que se cuenta. Así, escuchamos que el Eternauta es un héroe “libertario”, que los creadores deben poner coto a la semiosis despertada por sus planteos o que no debe politizarse el contenido.

Desde sus orígenes, *El Eternauta* es una historieta política, que ha sido leída en clave política a través de diferentes generaciones, más allá de las condiciones de su producción y concepción originales, del devenir ideológico de su guionista y su relectura en los 1970; más allá de su secuestro en dictadura; más allá del silencio inicial en la recuperación democrática, cuando los “especialistas” locales en ciencia ficción lo mencionaban de pasada mientras fantaseaban con sus propias “ficciones especulativas”; más allá de las formaciones y el asombro virginal con que nos asomemos a sus propuestas. *El Eternauta* es una historieta política y es, en su relectura, una manera de entender el mundo y a la propia comunidad, hito que esta adaptación seguramente replicará en nuevas generaciones. Porque nadie se salva solo.

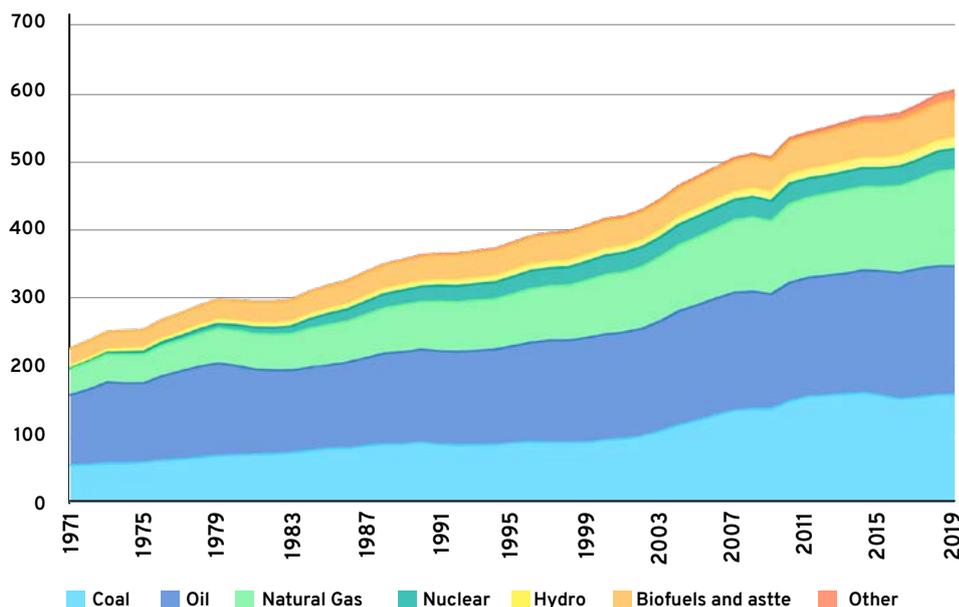


La transición energética como disfraz de los extractivismos

GUILLERMO FOLGUERA (UBA/CONICET)
30 DE MAYO DE 2025

En los últimos años se ha montado la idea de que existen dos tipos de fuentes de energía. Unas, denominadas no renovables, protagonizadas por el petróleo, gas y carbón. Las otras, renovables, como la hidroeléctrica, eólica o la solar, entre otras. Estas últimas se suelen presentar como un reemplazo de las primeras en un contexto de crisis climática. Es fundamental, en épocas de negacionismos y dicotomías que nos atrapan y confunden, revisar brevemente cuál es el escenario relativo a la producción de energía en nuestro país. Analizarlo nos ofrecerá valiosa información respecto a las dicotomías mencionadas, cuáles son los alcances y objetivos que se asumen y, sobre todo, nos permitirá volver a la pregunta política acerca de cómo vivimos y cómo queremos vivir.

La promoción de las fuentes renovables de energías se sostiene en el daño que de hecho causan en el planeta las emisiones masivas de gases de efecto invernadero. En este sentido, la combustión de petróleo, gas y carbón libera gases a la atmósfera que impiden que la tierra se enfríe, recalentándose paulatinamente. Este escenario, que se conoce en términos generales como crisis climática, tiene enormes consecuencias socioambientales entre las que se destacan la destrucción de ecosistemas, el incremento de la temperatura promedio, el aumento en el nivel del mar y su acidificación, así como el aumento de pobreza y la expulsión de comunidades de sus territorios, entre otras. Ante esta crisis, se promovió desde diferentes sectores una transición energética sostenida en el aumento de la producción de energías renovables como protagonistas de ese cambio en la matriz global. Desde hace años, las represas, campos eólicos y solares, por mencionar algunos ejemplos, se están expandiendo a escala mundial. Sin embargo, el consumo de las que no son renovables nunca dejó de aumentar. Más aún, las formas no convencionales de extracción de petróleo y gas, como el fracking y el offshore, se expandieron en los últimos 15 años de manera exacerbada a lo largo y ancho del país, por tierra y por mar generando daños masivos en términos socioambientales. En otras palabras: no existe tal reemplazo o transición. Más bien, lo que se registran son continuidades, una crisis climática que no cesa y extractivismos que se expanden de la mano del aumento de producción y consumo energético.

Gráfico 1. Suministro total mundial de energía por fuente (1971-2019).

Fuente: basado en datos de la Agencia Internacional de Energía (IEA por sus siglas en inglés). Key World Energy Statistics (2021). Recuperado de www.iea.org/statistics

El incremento de producción en términos de no renovables y renovables no redundó en un beneficio social, ni a escala mundial ni local. Por el contrario, en los últimos 50 años la ocupación territorial, el desplazamiento de las poblaciones, la contaminación, la pérdida de las economías regionales, el sobreconsumo de bienes comunes y la destrucción de ecosistemas solo se aceleraron. Testimonio de ello son los efectos demográficos, con el 95% de la población de Argentina hoy viviendo en grandes ciudades.

Esta expansión extractivista se ha sostenido en proyectos que articulan e involucran intereses de gobiernos provinciales y nacionales y de corporaciones multinacionales. Muchos de estos proyectos también fueron caracterizados como “ambientalmente saludables” aún cuando no involucren energías renovables. Al momento en que se escribe este texto,

avanzan fuertemente proyectos de minería de uranio en Río Negro y Chubut. Al igual que con otros extractivismos, se omite que cuando hablamos de la energía nuclear involucra efectos en la salud intergeneracionales así como daños ambientales de millones de años. Una grave e ineludible alarma que es invisibilizada desde los gobiernos y empresas que impulsan este tipo de megaminería.

Otro escenario con algunas similitudes presenta la minería de litio en los salares del noroeste de nuestro país. A partir de la extracción de la salmuera y su posterior evaporación, en un puñado de décadas se habrán perdido estos humedales de altura, territorios de vida de la Puna. A su vez, se registraron graves casos de contaminación, tal como lo que sucedió con el derrame con ácido clorhídrico en Catamarca en el 2023, que fue reconocido por la propia justicia provincial, por citar un ejemplo.

También se registra en Argentina el avance de la minería de cobre, otro de los metales considerados clave para la producción de baterías y por ende para la transición energética. Por ejemplo, en San Juan y Mendoza fue explícita la complicidad del sistema político, la persecución judicial a personas y comunidades que resistieron ante la aprobación de estos proyectos. En Uspallata, en nombre de un supuesto beneficio global en el marco de la transición energética, sus ríos, montañas y comunidades hoy están en grave peligro.

Todo parece indicar que las principales beneficiarias de este escenario (con fuentes de energía renovables o no) de graves consecuencias socioambientales son las corporaciones. Y los números lo demuestran, pues aquellas empresas que incluyeron la producción de energías renovables lograron un aumento significativo de sus ganancias. Un caso emblemático en la Patagonia es la empresa Aluar, una de las principales productoras de aluminio del continente, que se ubica en Puerto Madryn, a orillas del mar. La fábrica cuenta para sí con la energía que genera la represa Futaleufú, del lado de la cordillera, y que es una herencia de las dictaduras militares, que fue garantizada durante las democracias posteriores. En los últimos meses Aluar promocionó su campo eólico, eje para la expansión territorial en la provincia. El caso de las empresas automotrices es otro claro ejemplo. La mayor parte del litio que se explota en nuestro país se exporta para fabricar baterías de autos eléctricos en Estados Unidos, China y Europa. Las automotrices además de ser grandes compradoras de litio, en algunos casos, como Toyota y Volkswagen,

también son accionistas. Así, la venta simultánea de autos eléctricos y autos de combustión interna redundó en mayores ganancias.

En los últimos años financieras como BlackRock y Vanguard, reconocidas por sus inversiones y ganancias con hidrocarburos, es decir, no renovables; se involucraron con las energías renovables. Veamos brevemente algunos datos para comprender de qué se trata.

Según figura en el sitio web Investing, al 7 de febrero de 2025, Black Rock, tiene acciones repartidas en el sector energético. En Minería de litio posee 12,53% de las acciones en Arcadium Lithium (Estados Unidos y Australia) como primer inversor; 1,7% en Zijin como (Hong Kong) como tercer inversor; y 5,65% en Posco, (Corea), también como tercer inversor. En petróleo y gas cuenta con el 8,46% de Shell (Inglaterra) como primer inversor y el 7,18% de Chevrón como tercer inversor. En minería de oro y plata, es dueña del 2,73% de Panamerican Silver (Canadá) como cuarto inversor y del 7,98% de Barrick Gold (Canadá) como primer inversor. Y también está presente en la minería de cobre con un 4,56% de Lundin (Canadá) como cuarto inversor.

Como podemos ver, se tratan de negocios comunes y transversales. Esto se registra a escala internacional y local, generación de energías que han sido fundamentales para el crecimiento y avance de corporaciones y proyectos difíciles de compatibilizar con la vida.

Litio. Petróleo. Cobre. Gas. Uranio. Energías renovables y energías no renovables La distinción finalmente parece que es solo técnica, porque en todos los casos se omiten las preguntas fundamentales ¿Para qué tanta energía? ¿Para quién tanta energía? La anulación de esos interrogantes no es inocente ni trivial. Se da por sentado que hablar de aumento en la producción de energía es netamente positivo, y se vuelve imposible la discusión en torno a las cuestiones planteadas, aun cuando sobran las evidencias en cuerpos y territorios de sacrificio. Va aquí un pequeño intento por volver a la pregunta fundamental acerca de cómo queremos vivir.



A 10 años del primer Ni Una Menos

Entre conquistas, retrocesos y desafíos

MARÍA LAURA BAGNATO (UNAJ/UNPAZ/UBA/UNMA)
3 DE JUNIO DE 2025

El 3 de junio de 2015, miles de personas salimos a las calles con una consigna que hizo historia: Ni Una Menos. Aquella primera movilización fue mucho más que una protesta: un grito colectivo, visceral y urgente, nacido del hartazgo frente a los femicidios y las violencias machistas que atraviesan nuestras vidas cotidianas. Con el paso de los años, ese grito se amplificó y se hizo más complejo: incorporamos la demanda contra los transfemicidios y travesticidios, y todas las formas de violencias hacia los cuerpos feminizados, entendiendo que nuestras luchas son inseparables del reconocimiento de las múltiples violencias que enfrentamos por motivos de género, clase, orientación sexual, expresión de género, raza y capacitismo.

Diez años después, con múltiples conquistas, pero también con retrocesos alarmantes y desafíos inéditos en la historia de nuestra democracia reciente, seguimos de pie. Contra viento y marea, nos hemos constituido como un movimiento político, afectivo, plural y heterogéneo, capaz de disputar sentidos, habitar espacios de poder y de decisión, y transformar realidades. Los feminismos que también somos transfeminismos, con nuestras múltiples diferencias, hemos aprendido a repensar y reconfigurar lo colectivo y lo común en tiempos donde lo individual aparece como la única salida posible.

Estos diez años no han permanecido lineales ni exentos de tensiones. A medida que avanzamos, también se intensificaron las reacciones. Las derechas extremas y los sectores conservadores nos señalaron como enemigas de una mentada realidad, nos atacaron, persiguieron y nos ridiculizaron.

Hoy, con cada medida antifeminista y antipopular, buscan convencernos de que nos han vencido. Pero se equivocan. Las feministas sabemos de tiempos de adversidad. Y lo que hemos sembrado en esta década –pero también a lo largo de nuestra historia– no se borra con discursos de odio y con recortes presupuestarios. Nuestra potencia política está hecha de experiencias compartidas, luchas, de vínculos tejidos al calor de la organización y los cuidados mutuos.

Hicimos una política de lo cotidiano

La primera demanda del Ni Una Menos fue elemental: queremos vivir. Hartas del miedo, del maltrato, del ninguneo, de los abusos, de las violencias física, simbólica, económica, política y sexual, de las violencias reproductivas y no reproductivas. Nos organizamos para exigirle al Estado y a sus instituciones las responsabilidades constitucionalmente asumidas. Porque cada femicidio que no se evitó, cada medida de resguardo que no se cumplió, cada denuncia ignorada, tiene responsables. Exigimos políticas públicas de prevención, de visibilización, de acceso a la justicia y de reparación.

Pero eso no fue todo. No esperamos pasivamente. Ensayamos políticas propias, desde abajo, con las herramientas que fuimos construyendo y que tenemos: redes de acompañamiento, espacios de formación, estrategias comunitarias de cuidado, intervenciones artísti-

cas, protocolos, centros de atención, líneas de escucha. Entendimos que la salida nunca es individual. Que no hay peor situación que enfrentar las violencias machistas y sus desigualdades patriarcales en soledad. Por eso, nos acompañamos políticamente, con el cuerpo, con la emocionalidad, dando nuestra vida. Y para nosotras eso también es hacer política.

Apostamos a la formación como herramientas de transformación. Nos propusimos revisar nuestras prácticas, saberes, formas de transmisión y modos de vincularnos en todos los espacios que habitamos: escuelas, sindicatos, universidades, barrios, movimientos, partidos políticos e instituciones. La pedagogía feminista que construimos es crítica, situada, afectiva y colectiva. Creemos en la práctica de producir nuevas formas de mirar, sentir, estar e interpretar el mundo. Allí está la posibilidad de transformación.

Queremos cambiar de raíz las formas históricas de relacionarnos. Queremos un mundo donde todas las vidas sean posibles de ser vividas. No la de unos pocos. Y para ello, necesitamos un cambio cultural, político, económico y afectivo. El patriarcado, el capitalismo, el racismo y las violencias por razones de género se sostienen mutuamente. Por eso nuestras luchas son interseccionales y populares. Porque no hay feminismos sin justicia social.

En esta década, además, denunciamos con mayor énfasis la desigual distribución de las tareas de cuidado, como así también la escasa y nula remuneración de los trabajos vinculados a estas tareas. Exigimos el reconocimiento de los trabajos de cuidado, su desfeminización, la corresponsabilidad de estos. Necesitamos un Estado presente en nuestras vidas, políticas públicas integrales y presupuesto con perspectiva feminista que garantice las posibilidades de cuidar y cuidarnos. Que ponga en el centro la vida, los vínculos, la interdependencia y la sostenibilidad de los cuerpos y los territorios.

Nuestros aprendizajes

Aprendimos de nuestras antecesoras. Son muchas. Entre ellas reconocemos un especial lugar al legado de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Ellas nos enseñaron que la persistencia, la valentía y la organización son herramientas fundamentales para nuestra lucha. Nos enseñaron a caminar juntas, a no dejar a nadie atrás y, por sobre todas las cosas, a no

olvidar. También nos reconocemos herederas de otras formas de organización colectiva feminista, como los históricos Encuentros de Mujeres, hoy llamados Encuentros Plurinacionales de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis, Bisexuales e identidades No Binarias. Estos espacios son parte de nuestra genealogía de lucha: un ejercicio de memoria colectiva, discusión política y construcción horizontal que, año a año, reconfigura los sentidos de los feminismos desde los territorios. Son también legado y presente de una praxis política que entiende que lo personal es político y que la transformación es colectiva.

Las feministas tejemos nuestras genealogías, reconocer nuestras historias y diferencias. Pero también aprendimos que el camino no está exento de tensiones y discusiones necesarias. Esta última década nos dejó preguntas abiertas, debates incómodos, nudos políticos que no podemos eludir. Entre ellos, nos interesa dejar planteados algunos de ellos.

Uno de los debates que atravesó al movimiento en esta década tienen que ver con las respuestas frente a las violencias. ¿Cómo enfrentarlas sin reproducir las lógicas punitivistas y neoliberales del Estado que, muchas veces, también nos violentan? ¿Cómo garantizar reparación, cuidado y transformación?

Sabemos que el sistema judicial no siempre nos cuida. Que muchas veces revictimiza, desoye y castiga selectivamente según clase, color de piel, barrio, identidad de género. Frente a cada caso de abuso, acoso o violencia, muchas veces se nos exige una respuesta ejemplificadora: la expulsión, el castigo, la denuncia penal. Por ello, frente al dolor, la impunidad, la injusticia, el recurso a lo punitivo aparece como la única salida inmediata. Frente a esto, la justicia que queremos construir, en cambio, no puede reducirse al castigo. En ese sentido, nos seguimos preguntando: ¿qué es reparar?, ¿qué significa la justicia para quienes han sido violentades?

El desafío es enorme: pensar una justicia feminista que sea transformadora, restaurativa, colectiva, situada y que, por sobre todas las cosas, no reproduzca violencias. Que ponga en el centro a quienes han sido dañades, pero sin replicar los mecanismos que históricamente nos han oprimido. Construir formas feministas de justicia, basadas en la escucha, la reparación, la transformación de los vínculos, el deseo urgente de que no vuelva a ocurrir. Los feminismos no podemos quedar atrapados en la trampa de pedir más cárcel

como única respuesta. Por supuesto, este desafío no tiene una solución sencilla, ni mucho menos monolítica. Pero la pregunta que abre la seguimos haciendo nuestra.

También, es ineludible señalar que la institucionalización de las políticas de género ha sido una conquista histórica del movimiento feminista. Sin embargo, no siempre han significado una transformación real. En muchos casos han quedado atrapadas en lógicas burocráticas que despolitizaron nuestras demandas y apagaron su potencia transformadora. La urgencia vital que nos llevó a conquistar esos espacios se vio en ocasiones frustrada por la lógica procedimental, por tiempos largos, la falta de recursos, la precariedad de contrataciones de quienes sostienen esas tareas, o la indiferencia institucional. El riesgo en que estas políticas se conviertan en simulacros o fachadas es algo que también venimos denunciando. Nos interesa que no pierdan su anclaje en las experiencias concretas de quienes las necesitan. Por eso, insistimos, las políticas de género no pueden ser solo una oficina. Necesitan ser un campo de disputa, instrumentos que creen nuevas posibilidades y que transformen nuestras realidades cotidianas.

Por último, una trampa sutil pero peligrosa que enfrentamos es la de la (re) victimización permanente. Es cierto que las violencias nos atraviesan, nos duelen, nos dejan marcas. Pero quedarnos en el lugar de las víctimas indefectiblemente nos inmoviliza y despolitiza nuestras luchas y reclamos. Nos encierran en un relato de dolor sin horizonte de agencia. En contraposición a ese inmovilismo, los feminismos surgieron como una afirmación vital, como una política del deseo, del goce y de la potencia de lo colectivo.

Reducirnos a víctimas es una estrategia que desconoce nuestras resistencias cotidianas, nuestras formas de cuidado mutuo y nuestras intervenciones políticas. Ojo, no se trata de negar el sufrimiento, sino de convertirlo en experiencia compartida y fuerza transformadora. Necesitamos narrativas que visibilicen el dolor, pero también dé lugar a nuestras alegrías, esperanzas, logros y muestre nuestra inmensa capacidad de reinventar el mundo.

Los próximos desafíos

En los últimos años, las derechas crecieron con fuerza. No solo electoralmente, sino en el plano cultural, simbólico y político. Instalaron discursos de odio contra las mujeres,

disidencias sexuales, pueblos originarios, migrantes, organizaciones sociales, juventudes organizadas, ambientalistas, por nombrar algunos. Señalan a los feminismos como culpables de todos los males. La ofensiva antiderechos tampoco es nueva, pero hoy se expresa con brutalidad: cierres de programas, despidos masivos, precarización de los salarios, censura de contenidos educativos, criminalización de la protesta.

Pretenden convencernos de que los feminismos son cosas del pasado. Pero lo que no terminan de comprender es que estamos en todas partes. En cada barrio, en cada aula, en los sindicatos, las universidades, en las organizaciones sociales, comedores, centros de salud y en cada espacio de lucha. Nuestra fuerza está en los vínculos que supimos construir, en la alegría de encontrarnos, en la rabia compartida que se vuelve acción.

También nos preguntamos: ¿Cómo seguir sosteniéndonos en tiempos de tanta adversidad, cuando el Estado se retira? ¿Cómo no agotarnos? ¿Cómo no resignarnos? Sabemos que nuestras herramientas son frágiles, pero también profundamente potentes: el encuentro, la escucha, la palabra compartida, el deseo de cambiarlo todo.

Diez años no son nada. Pero para nosotras representan las vidas que defendimos, las condiciones que transformamos, las políticas que inventamos, las acciones que concretamos, las herramientas que compartimos, las múltiples maneras en las que nos acompañamos. Es la vida que estamos intentando rehacer. A veces con dolor, muchas con enojo, otras con alegría. Pero siempre con convicción.

Ni Una Menos fue y sigue siendo una promesa. La posibilidad de construir un mundo donde las vidas de todes valen, donde nuestros deseos importan. Donde el miedo no nos paraliza y la construcción entre compañeres se vuelve motor, abrazo y horizonte. Y, aunque nos quieran convencer de lo contrario, los feminismos somos una fuerza vital de transformación social.



Las ciencias sociales

Entre la vida cotidiana y la política pública

IVÁN GABRIEL DALMAU (CONICET/UBA/UNSAM)
5 DE JUNIO DE 2025

En el contexto del escenario político actual hay una cuestión que resulta insoslayable: las ciencias sociales suelen ser el blanco predilecto de la crítica propalada por el gobierno nacional y su ejército de trolls, pero el ajuste afecta a todas las áreas del conocimiento científico-tecnológico sin distinción. El recorte salarial, la interrupción de la financiación de proyectos de investigación y, la cara más terrible del ajuste, las/os más de 800 compañeras/os que concursaron y ganaron sus puestos en la carrera de investigador del CONICET pero continúan en el limbo, aqueja a todas las áreas. Sin desconocer que “nadie se salva solo”, a continuación nos enfocaremos en los aportes de las ciencias sociales, dado que –como lo hemos señalado previamente– se las estigmatiza para atacar a todas las disciplinas.

Así como “nadie se salva solo”, podría decirse que a la hora de desarrollar políticas públicas que atiendan a problemáticas que aquejan a la vida cotidiana, “ninguna disciplina realiza su aporte en soledad”. Tomemos, por ejemplo, el problema de los vínculos entre los accidentes de tránsito y la ingesta de alcohol por parte de las/os automovilistas antes de manejar.¹ Resulta ostensible que son las ciencias naturales las que nos aportan el conocimiento biomédico que permite establecer cuál es el nivel de alcohol en sangre que funciona como umbral a partir del cual nuestra capacidad de atención y nuestros reflejos se ven afectados, aumentando el riesgo de que –en caso de conducir en dicho estado– provoquemos un accidente o, al menos, “nos falten luces” para evitarlo ante una eventualidad. Ahora bien, dado que no somos meramente ni “seres vivos” ni “sujetos de derecho”, entre el extremo de nuestra biología que se ve afectada por determinadas sustancias químicas y el de los códigos jurídicos que reglamentan en qué condiciones podemos conducir un automóvil (o el rodado a motor que sea), se encuentra la práctica del manejo y el hábito recreativo de ingerir bebidas alcohólicas. Es decir que, en tanto que lo que se necesita es transformar una costumbre, con el conocimiento biomédico y la transformación de los códigos y reglamentos no alcanza.

Para que la política pública logre alcanzar su objetivo, resulta fundamental el aporte de las ciencias sociales, ya que son la sociología y la antropología las que nos permiten captar el régimen de prácticas sedimentadas en torno al ritual del consumo de alcohol y el del manejo. Solo mediante la exploración de las valoraciones y sentidos que se ponen en juego en torno de dichas prácticas se podrá tener un diagnóstico preciso del problema. Entre otras cuestiones, es esa indagación la que permitirá establecer –por ejemplo– si la respuesta ante esta situación deberá tomar como blanco a la población en su conjunto o requerirá de estrategias puntuales enfocadas en distintas fracciones de la población, en función de variables tales como el rango etario, el nivel socioeconómico, el género, etc. En ese sentido, en el caso de los varones jóvenes cabría preguntarse –a modo de ejemplo– en qué medida en torno a ambas prácticas se juega cierta idea/mandato de “hombría”. ¿No hemos escuchado repetidas veces la frase “dale, ¿qué te va a hacer un poquito más?, ¡no seas cagón!” , dirigida por sus compañeros de velada a un joven que manifiesta que no

1 Retomo este ejemplo a partir del sugerente artículo de Valeria Edelztein y Claudio Cormick “Elogio de las ciencias sociales”, publicado en *Tiempo Argentino* el 27 de agosto de 2023. Recuperado de https://www.tiempoar.com.ar/ta_article/elocio-ciencias-sociales-ciencias-naturales-sociedad-necesita/

seguirá tomando alcohol porque debe manejar? Si algo de esa índole se pusiera en juego de manera habitual, resulta palpable que para que dicho grupo poblacional modifique el hábito en cuestión no basta con que tomen conocimiento de que hubo un cambio reglamentario y del fundamento biomédico de la modificación. Como contracara de ello, serán la psicología social y las ciencias de la comunicación las que permitan pensar en campañas adecuadas para incidir sobre el curso de acción de las/conductores de cada grupo. En definitiva, la relevancia de las ciencias sociales para la elaboración de las políticas públicas se debe a que los/as conductores/as “de carne y hueso” escapan al conocimiento biomédico y las transformaciones reglamentarias, que resultan unilaterales e incapaces –en su abstracción– de incidir sobre la realidad social concreta si no media entre “lo biológico” y “lo jurídico” el abordaje científico de “lo social”.

Si desplazamos la mirada desde la vida cotidiana en su inmediatez a cuestiones “de fondo” que afectan nuestras condiciones de vida a mediano y largo plazo, podemos pensar la importancia de las distintas áreas del conocimiento ante el fenómeno de la transición energética.² Al respecto, resulta imprescindible el trabajo de profesionales del campo de la física, la química y la biología para el desarrollo de técnicas que optimicen la extracción del litio y minimicen el impacto ambiental de dicha práctica económica, como así también necesitamos de ingenieros/os para el desarrollo autónomo de baterías y, sobre todo, para escalar la producción a nivel industrial. Aun cuando dicho fenómeno involucre cuestiones ligadas al campo de las ciencias naturales (el agotamiento potencial de ciertos recursos, el daño ambiental ocasionado por la utilización de determinadas fuentes de energía), constituye un evento económico en torno al que se juegan disputas geopolíticas. En ese sentido, qué implicancias tiene para nuestro país el formar parte del triángulo del litio, cuáles son las formas de explotación (empresa estatal, asociación público-privada, empresa multinacional, etc.) y qué se hace con el mineral una vez extraído (se lo exporta en bruto, se lo utiliza como insumo para la producción local de baterías, etc.), son problemas y debates que involucran la *expertise* de profesionales del campo de la sociología, la economía y la ciencia política. Puesto que, si nos corremos de la agenda del corto plazo, acicateada por la necesidad de acumulación de reservas en un contexto

2 En este punto, retomo algunas ideas presentadas previamente en mi artículo “En defensa de las ciencias (sociales y humanas)”, publicado en diciembre de 2023 en el blog *Intervenciones. Política, Derecho y Sociedad*.

de mega-endeudamiento externo, en torno a las formas de explotación de dicho recurso se pone en juego la cantidad y la calidad del empleo directo e indirecto que generará la actividad en cuestión, las posibilidades de desarrollo urbano en las zonas litíferas, como así también el modo en que repercutirá sobre la estructura productiva del país, alterando o no su forma de inserción a nivel regional y global.

Volviendo sobre la inmediatez de nuestra vida cotidiana, ¿no es acaso una ciencia social como la economía la que nos permite entender que –atraso cambiario mediante– los salarios en dólares pueden subir y en simultáneo el salario real caer? Ante este escenario, en el que se multiplican las/os asalariadas/os que no pueden llegar a fin de mes, pero que quienes aún no fueron “tapadas/os por el agua” tienen la capacidad de acceder a consumos suntuosos gracias a que el valor de la “moneda dura” se encuentra artificialmente pisado, la sociología económica puede diagnosticar minuciosamente los efectos de la fragmentación del mercado laboral en la estructura social y la ciencia política señalar las dificultades que acarrea para los partidos de raigambre popular el hecho de que su base electoral se encuentre atomizada.

De todos modos, no puede desconocerse que –como contrapartida de los ejemplos mencionados– podría objetarse que no todas las investigaciones en el campo de las ciencias sociales y humanas se ocupan de temas de relevancia estratégica. En torno a lo cual, cabe señalar que estas ciencias poseen, a diferencia de las naturales, una dimensión filosófica a “flor de piel”; puesto que, desde su surgimiento a mediados del siglo XIX hasta la actualidad, no han renunciado a la (re)formulación de la pregunta por el fundamento en que se sustenta el conocimiento que producen. Cuestión que se encuentra estrechamente vinculada con la convivencia de escuelas, tradiciones y enfoques al interior de ellas. En ese sentido, independientemente de cuál sea el marco teórico a partir del que se aborde un problema, lo cierto es que para que dicho abordaje logre “despegarse” del sentido común requiere de un sólido conjunto de herramientas teórico-conceptuales (y epistemológicas) que habiliten la “re-problematización” de los problemas, en lugar de dar por obvio lo que “se dice” acerca de ellos. Justamente, cualquiera que haya tenido contacto con la sociología sabe que la tarea del/a sociólogo/a consiste en “desnaturalizar la realidad social”. En consecuencia, pensada a nivel de la comunidad científica, la distinción entre investigaciones empíricas (y, por ende, relevantes) e indagaciones teóricas (supues-

tamente superfluas), resulta totalmente inapropiada. Si los trabajos empíricos dentro del campo de las ciencias sociales resultan fundamentales para la elaboración de las políticas públicas, la teoría política y social, la epistemología de las ciencias sociales y la historia intelectual son herramientas clave para problematizar los supuestos e implicancias de los marcos a partir de los que dichas políticas son elaboradas.

En función de lo señalado en el párrafo precedente cabría preguntarse, por ejemplo, ¿cuáles son los supuestos e implicancias de que las distintas esferas de la vida social sean problematizadas bajo la lógica economicista del cálculo de costo-beneficio como lo hiciera la teoría del capital humano desarrollada, entre otros, por Gary Becker en el seno de la Escuela de Chicago? Si tenemos en cuenta de que desde dicha perspectiva el capital humano se compone de nuestras aptitudes físicas e intelectuales, a partir de la conjunción entre lo innato y lo adquirido, y que desde la educación a la salud, pasando por la familia y las relaciones laborales son concebidas como “inversiones” en capital humano, podemos captar la racionalidad que articula ciertas prácticas de gobierno. Puesto que, como todo inversor sabe, invertir implica asumir un riesgo en pos de una ganancia y, por ende, así como somos legítimos gozadores del éxito, también somos responsables del fracaso. Nadie puede objetar nuestras decisiones de inversión, ni pretender una “colectivización de los triunfos”, pero ante nadie podemos reclamar antes las inversiones que “salen mal”. En definitiva debemos hacernos cargo de las decisiones de inversión que tomamos en función de nuestro plan de vida.

De este modo, por ejemplo, cobra pleno sentido el cuestionamiento de la diputada oficialista Lilia Lemoine a las/os médicas/os residentes del Garrahan: “si sos médico y no te sirve el sueldo, si no logras una compensación satisfactoria, tenés la libertad de hacer otra cosa”.³ Asimismo, si como lo mencionáramos previamente, la alimentación y el acceso a la salud implican inversiones en capital humano, se torna palpable la lógica que otorga sentido a la reducción de jubilaciones y recortes de prestaciones de salud para los adultos mayores, puesto que están en “tiempo de descarte” y, por ende, no resulta adecuado invertir en ellos. Si recordamos que los vínculos familiares también son problematizados desde dicho encuadre, y que nuestra biología constituye parte de nuestro “capital huma-

3 Recuperado de <https://www.losandes.com.ar/politica/lilia-lemoine-vs-los-medicos-del-garrahan-nadie-tiene-que-pagar-tus-suenos-n5950737>

no”, ¿no se torna horrorosamente natural la frase “si tuviste un hijo con discapacidad es problema de la familia, no del Estado”?⁴

En la misma dirección, podríamos preguntarnos por los efectos sobre la convivencia democrática que se derivan del reciclaje de las críticas de la Escuela Austríaca de Economía a la democracia de masas y su patologización del pensamiento político de izquierda, tal como lo hicieran Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek. Dados los vínculos entre las distintas fracciones de la alianza gobernante, no resulta para nada trivial recordar, por ejemplo, el apoyo explícito de Hayek a la dictadura de Pinochet.

A modo de cierre, cabe enfatizar que las políticas públicas que permiten dar respuesta a los problemas que atañen a nuestra vida cotidiana, no son “autoevidentes” ni se formulan “en el aire”. Por el contrario, los diagnósticos de los problemas y las medidas propuestas para solucionarlos se realizan siempre a partir de determinada forma de problematización. Renunciar a producir conocimiento científico acerca de lo social es entregar nuestra soberanía epistémica, es dejar que sean otras/os los que piensen nuestros problemas por nosotras/os. En definitiva, es entregarnos a las fauces de los *think tanks* ligados al establishment financiero internacional.



La Boétie

La falacia de la libertad absoluta

DIEGO TOLINI (UBA/USAL)
10 DE JUNIO DE 2025

Dominación y voluntad de servidumbre

La tan aclamada idea de una libertad desprovista de cualquier atadura, de cualquier elemento que la contradiga o la limite, es, desde lo conceptual, muy difícil de sostener. Algo de esto sugiere la hipótesis de “servidumbre voluntaria”, propuesta en el siglo XVI por Étienne de La Boétie. Esta hipótesis desafió los fundamentos de la teoría clásica de la dominación, al sostener que el dominador no se opone al dominado y que la dominación no es una corriente que bajaría desde lo alto hacia lo bajo, desde el dominador a los dominados, quienes serían sus objetos pasivos. Los dominados, por el contrario, participan activamente de la dominación: *son ellos mismos quienes se someten*.

No hay en esto una negación de la importancia del soberano; solo una relativización de la misma en el marco de una compleja red de relaciones de poder que exceden su órbita y abarca un campo muy amplio y plural. Evidentemente, para que el poder funcione sobre tal pluralidad no podría descansar solo en los mecanismos exteriores de sujeción sino en una suerte de sujeción auto-inducida que depende no de los cálculos racionales del soberano sino de la irracionalidad afectiva de los dominados. Es una humillación del soberano.

Porque la dominación se entiende no como ejercida trascendentemente sobre una multiplicidad unificada en torno al soberano sino como una red inmanente de vínculos cuyo asiento último no es del orden de sus estrategias e instrumentos sino de la voluntad y del deseo de los sometidos. El poder del soberano no es algo que este detente unilateralmente sino que los dominados *le dan o le quitan*.

Por eso los intentos de vincular a La Boétie con autores como Foucault o Nietzsche, quienes también subsumieron la soberanía, el Estado y, en general, las grandes estructuras de poder (las instituciones, el partido, etc.) al complejo entramado del poder. Tampoco La Boétie analiza el poder en términos de Estado o soberanía; prefiere comprenderlo en su carácter reticular, no central; múltiple, no unitario; inmanente, no trascendente; intrincado, no descendente; microscópico, no macroscópico. Son perspectivas que relativizan la soberanía señalando la insuficiencia de su poder de control y regulación, y su impertinencia para pensar el modo de funcionamiento del poder.

No se trata aquí, como en Hobbes, de la cesión, fundada jurídicamente, de ciertas disposiciones naturales que conducirían a la guerra y al enfrentamiento, sino de una cesión cargada afectivamente, de un servir que se quiere. La pregunta no es por lo Uno trascendente que se funda jurídicamente sino por la red de multiplicidades inmanentes que lo sostienen afectivamente. El poder, en suma, depende no de la exterioridad y unidad del soberano sino de la inmanencia y pluralidad del campo relacional –volitivo y deseante. Lo Uno de la soberanía es una ficción que encubre la pluralidad –y la peligrosidad– de lo social.

Fragilidad de la libertad

Veamos qué queda de la libertad como consecuencia de este esquema. Como el problema de la soberanía, el de la libertad, en La Boétie, será indisociable de la pluralidad de lo social. Y esto hará que la fragilidad de lo plural (en el sentido de su imprevisibilidad y aleatoriedad, de su dificultad para ser reducido a lo Uno, de su condición deviniente, es decir, de poder ser mañana diferente u opuesta a como es hoy) termine impregnando el campo de la libertad.

La libertad laboetiana será entonces una libertad frágil, inestable; un proceso siempre expuesto a bascular hacia su contrario, la servidumbre. La libertad y la servidumbre, como el dominador y el dominado, dejan de ser posiciones antitéticas y fijas y pasan a formar parte de un mismo proceso. Desde este punto de vista, la basculación de la libertad a la servidumbre es un accidente que descansa sobre la naturaleza misma de una libertad que lleva en su seno, como posibilidad constitutiva, a la servidumbre. De lo anterior se siguen dos consecuencias.

Por un lado, respecto de la libertad, el abandono de la idea de que esta constituya un estado que se logra de una vez y para siempre; la libertad es un proceso constante, no algo dado sino algo que se gana y se pierde siempre.

Por otro lado, respecto de la servidumbre, el abandono de la idea de que esta constituya un estado eliminable. Esto no es posible. Lo que acaso explique que ninguna revolución, que ninguna sociedad haya logrado eliminar el sometimiento, resolver el problema de la servidumbre.

Esto no significa que no hayan existido revoluciones que hayan llegado más lejos en su búsqueda de libertad; ni que no haya sociedades más libres que otras. Aquí tenemos un problema: ¿a qué responden esas libertades si nos desmarcamos de la idea de que responden a una eliminación de la servidumbre, algo difícil de sostener para La Boétie?

Nietzsche diría que la vigorización de cualquier cosa no responde a la eliminación de su antagonista sino a su afirmación: algo es más fuerte en la medida en que supone a su contrario, en la medida en que lo lleva en su seno como condición de su fortalecimiento. Desde esta perspectiva, la libertad será mayor (no en cantidad desde luego, sino en

intensidad), es decir, irá más lejos, se acercará al máximo de su posibilidad, cuanto más asuma a la servidumbre como algo propio, como algo que la atraviesa y, al hacerlo, la fragiliza, la pone en cuestión, y le da así finalmente la ocasión de superarla y superarse.

No es que la mayor libertad de algunos sea correlativa a la mayor servidumbre de otros. No: habrá mayor libertad si en esa misma libertad, en su proceso, participa la mayor servidumbre. Se trata, en suma, de un hacer algo con la servidumbre que no podemos eliminar porque nos atraviesa irremediamente.

Todo esto indicaría que *no puede haber libertad sin sujeción, sin ley, sin regulación*. La libertad y la ley no son opuestos, van de la mano. Desde esta perspectiva, la fragilidad de la libertad no solo tiene que ver con las contingencias aportadas por lo plural, que la pueden hacer bascular hacia su contrario, sino con lo que responde, en el fondo, por esta basculación, como decíamos: su vínculo constitutivo con la servidumbre. Desprovista de esta fragilidad constitutiva, la libertad devendría totalitarismo. El totalitarismo designaría así la detención del proceso de la libertad, su colapso por extenuación. La tan exaltada utopía de una sociedad sin ley, sin Estado, sería así el más totalitario de los sueños.

Obras muy significativas del siglo pasado han discutido este pensamiento antitético y absolutista. Cuando Foucault, por ejemplo, hace la genealogía de ciertos modelos teóricos o regímenes institucionales o políticos lo hace para combatir con ciertas instancias de saber y de poder que pretenden absolutizarse deslegitimando o subordinando otros saberes y poderes y quitándole dinamismo y pluralidad al ámbito epistémico y político; o cuando Derrida deconstruye ciertos sistemas conceptuales lo hace para destacar la arbitrariedad de las antinomias que constituyen su arquitectura fundamental, mostrando su inadecuación en un movimiento, el deconstructivo, que no encuentra elemento último que detenga su dinamismo constitutivo. Más que antítesis, proceso; más que absolutismo, pluralismo.

Micropolítica e internalización

La refutación de la oposición entre servidumbre y libertad ya se encuentra sugerida en la idea misma de “servidumbre voluntaria” en la medida en que, según esta, la servidumbre puede ser producto de la libertad, algo que uno puede elegir libremente. Por eso, esta

hipótesis ha despertado un renovado interés en la teoría social y política contemporánea, por ayudar a pensar cómo actualmente el proceso subjetivo puede llevar a modalidades de sumisión o explotación autoimpuesta y, para peor, en nombre de la propia libertad.

Esta hipótesis supone que para pensar la política es necesario pensar al sujeto y que para pensar al poder hay que pensar al deseo: la política apunta a los sujetos porque los sujetos pueden quedar atados al poder a nivel de sus deseos. Pensar el poder de este modo es trasladar el eje de análisis desde el soberano y sus mecanismos de coerción hacia los aspectos relacionales del poder vinculados a la formación de subjetividades. Las condiciones de la dominación pasan a depender, desde entonces, de procesos interiores y subjetivos, y lo mismo vale para la emancipación: esta arraiga así mismo en el sujeto, en su deseo de libertad, el cual contiene la posibilidad de alterar las formaciones sociales que lo apresan: “para obtener la libertad basta con deseársela”, decía La Boétie.

Era el núcleo de la problemática del capitalismo para Deleuze y Guattari: este tiene que vérselas con el deseo porque el deseo es por esencia revolucionario, es decir, tiene la capacidad de hacer estallar las formaciones sociales. Por eso lo introduce en la familia, diciéndole que desea a mamá y a papá, cuando desea, en su dinamismo constitutivo, multiplicidades, elementos diferentes, fragmentarios. El concepto de minoridad de estos autores apunta a que el deseo encuentre salidas respecto de los estratos dominantes, para que no pierda nunca ese dinamismo suyo, ese devenir que lo caracteriza.

Esto resulta en una política que echa raíces no en las grandes estructuras de poder sino en el sujeto, el cuerpo, el deseo. Es la “micropolítica” de Deleuze y Guattari; la “microfísica del poder” de Foucault; la “economía libidinal” de Lyotard; o lo que, en nuestro país, Rozitchner buscaba determinar: el asiento afectivo de la dominación social. Todo en la línea de la “gran política” nietzscheana, que no buscaba ni lograr ni robustecer una posición de dominio sino promover procesos activos, lo cual implica, llegado el caso, abandonar posiciones de dominio.

La Boétie lleva entonces el problema de la dominación a este campo micropolítico. Parte de una tesis precisa: el estado de naturaleza es un estado de libertad e igualdad. Pero a diferencia de Hobbes, para quien la libertad e igualdad naturales llevan a la guerra (adviniendo entonces la política para evitar ese desenlace), para La Boétie, estas condiciones

convergerían en un estado de confraternidad. Así, la servidumbre no sería algo propio del estado de naturaleza sino del estado social. Lo cual quiere decir que uno no está naturalmente sometido; deviene tal como efecto de un proceso de socialización basada en la intervención de la ley, que es lo que explica el pasaje del estado natural al social. La subordinación no sería entonces el estado natural u originario sino lo que se resulta en el sujeto como consecuencia del proceso en el que deviene tal... por intervención de la ley.

Es a lo que se refiere el concepto de “sujeción”: la simultánea constitución y subordinación del sujeto; el hecho de que este solo surja en una relación de subordinación al poder. Así, si el sujeto es porque fue constituido en el sometimiento. Hay en esto, como decía, una crítica a la concepción tradicional del poder como algo que nos sometería desde afuera: según esto, el sometimiento sería la situación estructural que precede a la constitución del sujeto, lo cual establece las condiciones para que este luego lo reitere, desde el interior. Así, lo que el sujeto termina por ejercer voluntariamente estaría habilitado por este funcionamiento previo del poder. Según esta tesis, el misterio de la servidumbre voluntaria radicaría en la constitución del sujeto en una relación de sumisión de la que depende o dependió para su existencia. Es lo que se critica a Hobbes: la ficción de la guerra originaria omite que en el origen hay lazos de dependencia indispensables para nuestra constitución y supervivencia.

Cuando Butler rastrea el trasfondo psicológico de esta tesis de la sujeción en las obras de Nietzsche y Freud, señala lo siguiente: ambos explican la constitución de un ámbito interno como efecto de la prohibición de una intensidad (la agresión, el instinto, la pulsión, etc.) que hace que esta se vuelva sobre el individuo mismo. La ley, que inicialmente aparece presionando al individuo desde afuera es internalizada y su funcionamiento pasa a depender de aquella misma intensidad cuya exteriorización había sido impedida. Este es el punto neurálgico de la teoría freudiana del poder: la intensidad que la ley busca sofocar es lo que termina cargándola y volviéndola efectiva. Esta paradoja evidencia la inadecuación de la oposición tradicional entre ley e intensidad. Se trataría de una ley intensiva o una prohibición afectiva que sería el eje de los mecanismos de regulación social.

El pasaje a lo social, que en La Boétie es lo que daba inicio a las relaciones de dominio y obediencia, supone así la interiorización de la ley al campo subjetivo que se traduce

en este volverse del sujeto contra sí mismo. Esta ley redobla o asegura el modo de funcionamiento de la ley exterior, inerte sin este, su basamento afectivo. Desde entonces, la subjetividad pasa a ser una subjetividad escindida, una subjetividad procesual que bascula entre lo que la somete y lo que la emancipa, entre lo que anhela una manifestación y lo que la niega.

Este modo de constitución de lo subjetivo convierte en inadmisibile la idea de una libertad absoluta. No puede el sujeto, por constitución y estructura, no verse atravesado por la ley que lo regula y lo limita. *Así, lo mismo que decíamos de la libertad en el campo social puede comprobarse en el subjetivo: su inevitable relación con su antagonista la servidumbre, lo cual ratifica la imposibilidad de la idea de una libertad desprovista de contrapesos, de límites o ataduras.*

La psicología ha apelado incansablemente a esta figura de la interiorización para dar cuenta de la constitución del sujeto. Lo ha hecho Vygostky, Mead, Freud, etc. Y siempre, como consecuencia de esta interiorización de la ley, el proceso subjetivo termina siendo dramático pues pasa a estar habitado por una alteridad que lo regula, lo limita y lo dirige. Es, nuevamente, la consecuencia, a nivel subjetivo, del vínculo constitutivo de la libertad con la servidumbre; y lo que indica el prefijo “auto-” o el pronombre reflexivo “sí”, figuras centrales para describir en la actualidad el modo de funcionamiento de un poder que ya no depende tanto de sus formas externas sino de la propia libertad del sujeto (para someterse).

Antítesis y emancipación

El pasaje a lo social no elimina la libertad; la desnaturaliza pues, al ponerla en un esfuerzo de relacionamiento (con la servidumbre), modifica su naturaleza originaria. La fragilidad de los campos social y subjetivo se traslada a la libertad y la servidumbre, y la conflictividad característica de los mismos se traduce en esa oscilación entre la libertad y la servidumbre políticas y en esa división entre la voluntad de servir y el deseo de libertad subjetivos.

Los planteos antitéticos contienen diversos problemas. Uno de ellos es que promueven la pureza o el absolutismo de los términos que entran en la antítesis. La fórmula paradójica de “servidumbre voluntaria” indica la inadecuación de pensar esta categoría de servidumbre, y la de su par la de libertad, de este modo. El nivel micro, el registro interior (el del deseo, los afectos, el cuerpo) sobre el que La Boétie, y tras él, Spinoza, Nietzsche, Freud, Deleuze, Guattari o Foucault, pusieron el acento para pensar la política, hace estallar las antítesis mediante las que se acostumbró a pensar la relación entre libertad y servidumbre.

Lo que queda es una serie de paradojas: la efectividad de la ley depende del discurrir de la libertad –*es la tesis freudiana*–; el ejercicio de la libertad depende de la regulación de la ley –*es la tesis republicana*; que entiende, a diferencia del liberalismo o el anarquismo, que el poder no es lo opuesto a la libertad sino su condición de posibilidad–. El ejercicio de la libertad depende, finalmente, de una inteligencia vinculada a un saber hacer con la ley que reconozca, primero, el carácter procesual del sujeto y lo social. La dificultad del proceso es que no requiere de nosotros siempre lo mismo, siendo que nosotros tendemos a fijarnos en lo mismo, o a absolutizarnos en ello eliminando al antagonista que también nos atraviesa. El carácter procesual del sujeto y de lo social hace que se requiera, en veloz intermitencia, a veces más libertad y a veces más ley.

Nietzsche sostuvo que la tradición se ha movido siempre entre posiciones antitéticas, entre, por ejemplo, la libertad de los instintos o su sofocación. Cuando Deleuze, leyendo a Nietzsche, habla de la inevitabilidad del devenir reactivo del ser humano, da cuenta de esto, de cómo el ser humano se ha movido siempre por reactividad: reacción a la libertad, a la ley, fijándose en la posición antagónica a la abandonada, en rechazo a toda intensidad, siendo la intensidad lo propio del carácter deviniente del proceso y no una de sus posiciones. Ser intenso en el uso de la libertad o en el de la ley –nunca reactivo: esto significa nunca dejar de actuar en el *proceso* de la libertad y en el de la ley, en sus oscilaciones y en su conflictividad constitutiva, producidas por su verse habitada, cada una de ellas, por su antagonista.

La emancipación, desde esta perspectiva, jamás podría significar un mero abandono de la ley; esto no sería posible. Y representaría el mismo problema que el de una ley que no

contemple la libertad que la explica y la hace posible. Derrida decía de la herencia que no consiste simplemente en recibir algo que nos viene dado. Solo hay herencia cuando el legado es lo suficientemente plural y contradictorio como para que asumamos el riesgo de interpretarlo y alterarlo. La herencia solo es posible si transformamos e inventamos el legado. La inexorable ley no nos condena a la fatalidad del sometimiento o a la de su absolutismo. Entre las cualidades de la libertad está la de saber qué uso –novedoso, pertinente– podemos darle a la ley.

La emancipación tiene que encontrar nuevos significados: acaso habrá que emanciparse de una ley que pierde intensidad al paralizar su proceso o al absolutizar su realidad; lo mismo habrá que emanciparse de una libertad extenuada por exceso, inerte por pérdida de tensión, de conflictividad, de relacionamiento con su contrario o por rechazo de cualquier elemento que, infiltrándose en su curso, la altere, la moleste, la matice.



Esperando el milagro

ALEJANDRO CANTISANI (UBA/UNPAZ)
13 DE JUNIO DE 2025

*Dentro del palacio
los jueces se ríen de vos
finalmente descubrimos algo
Esperando el milagro.
(Esperando el milagro, Las Pelotas)*

Vigilia

En la tradición judeo-cristiana la vigilia es el modo en el cual las personas creyentes se disponen espiritualmente para fortalecer su relación con Dios, e inclusive se disponen a la venida del mesías. En dicho sentido, la vigilia es un estado de alerta o vigilancia ante

lo divino. Más interesante resulta el hecho de que en un gran número de vertientes de la tradición judeo-cristiana, la vigilia es un momento comunitario en el cual las personas creyentes se encuentran para entrar en comunión con Dios de manera conjunta.

El día 10 de junio de 2025 se produjeron una serie de manifestaciones en distintos puntos del país, y en especial en la sede del Partido Justicialista Nacional en la calle Matheu 130 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Estas manifestaciones fueron la reacción de un sinnúmero de personas ante el fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, que dispuso la condena a la ex-presidenta Cristina Fernández de Kirchner a 6 años de prisión, y la inhabilitación de por vida para ejercer cargos públicos. Finalmente, estas manifestaciones tuvieron su epicentro por la noche del 10 de junio en la esquina de las calles Humberto Primo y San José, lugar de residencia de la ex-presidenta Kirchner. Allí, las personas que pertenecen a lo que podríamos denominar “la comunidad peronista”, realizaron una vigilia en apoyo a Cristina Fernández de Kirchner ante la proscripción política producida por los poderes fácticos de la Argentina a través del Poder Judicial.

Pero volvamos a nuestro inicio en torno a la vigilia en la tradición judeo-cristiana. ¿Por qué poner en relación dicha cuestión con la proscripción política de Cristina Fernández de Kirchner? La vigilia, ya sea en su sentido religioso o secularizado, pone en acto una comunidad de creencias. Ese “poner en acto” la comunidad de creencias la aumenta a partir de la comunión con otros miembros de la comunidad. Y la vincula con la esperanza de un futuro mejor, en el caso de la comunidad religiosa como resultado de un milagro.

¿En qué consiste la comunidad de creencias de la comunidad peronista? La creencia central es, como todos sabemos, la justicia social. El despliegue de esta creencia fundamental de la comunidad peronista se constituye a partir de dos elementos, a saber: la comunidad organizada y la conducción. La proscripción política de Cristina Fernández de Kirchner es un ataque a uno de esos dos pilares, la conducción. Y en un sentido más profundo, un intento a la vez de proscribir las creencias de la propia comunidad organizada. Proscribir a Cristina es proscribir la creencia de la comunidad peronista.

Reliquias

Previo al fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, mediante el cual los poderes fácticos de la Argentina proscribieron políticamente a Cristina Fernández de Kirchner, se celebró un acto por el “Día de la resistencia peronista”. Allí la ex-presidenta Kirchner acuñó una frase que sintetizaría lo venidero, “soy una fusilada que vive”. La frase alusiva al libro *Operación masacre* de Rodolfo Walsh conecta el pasado de la resistencia peronista con la actualidad. Y marca como uno de los ejes centrales de la política presente del campo nacional y popular la resistencia ante el avance de un conjunto de políticas, que tiene como objetivo final la destrucción del sistema de creencias de la comunidad peronista.

Desde finales del siglo II d.C la tradición cristiana practicó el culto a los mártires. Mediante este culto primeramente se veneraron las reliquias de aquellos que habían sido testigos de la obra de Cristo. Pero posteriormente esta práctica se extendió a aquellos que habían sido sacrificados por su fe en Cristo. Esta veneración de las reliquias de los mártires tenía su centro en sus propios cuerpos, pero también en objetos con los cuales estos tuvieron contacto. A la vez, estos objetos poseían un carácter sagrado en tanto podían producir milagros.

La vigilia del día 10 de junio de 2025 comienza a transformarse en un relicario de la “fusilada que vive”. Y del martirio que su cuerpo individual sufre como consecuencia de su obra en favor del cuerpo colectivo de la comunidad peronista. La esquina de Humberto Primo y San José se llena de reliquias en la forma de cuerpos vivientes que dan cuenta de la obra milagrosa de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Frente a las cámaras televisivas un joven misionero relata que vino junto a su familia desde su provincia natal en los 90 para buscar un futuro mejor. Y esos noventa le depararon un “futuro mejor” en una villa de emergencia. Pero luego, prosiguió el joven misionero, gracias al Plan FinES y al Plan Progresar pudo terminar sus estudios secundarios y acceder a un trabajo formal. Analía, maestra de primaria, relató cómo consiguió construir su casa propia mediante el Plan Procrear. Alan, orgulloso de ser primera generación de universitarios en su familia destacó la importancia de la creación de las Universidades del Bicentenario. Elba lloró recordando cuando pudo acceder a su jubilación después de haber sido ama de casa toda su vida. Y así prosiguieron los testimonios que dieron

cuenta de la Asignación Universal por Hijo (AUH), la Ley de Identidad de Género, el matrimonio igualitario, el Plan Remediar, el Plan Conectar Igualdad, la Ley de Educación Sexual Integral (ESI), la Ley por la Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE). Ex-trabajadores y trabajadoras de ARSAT, el INTI y el INTA llegaron con sus banderas. Investigadores e investigadoras del CONICET hicieron lo propio. Como si se tratara de una antigua ceremonia del cristianismo pagano, todos nos encontramos en esa esquina del barrio de Constitución para exaltar nuestras reliquias. Hombres, mujeres, diversidades sexuales, pobres, ricos, miembros de la comunidad peronista, e inclusive extranjeros a ella. Reliquias que dan cuenta de la obra de ese cuerpo mortificado por representar la pasión de la justicia social.

Kairós

Lisipo fue un escultor griego del siglo IV a.C. Una de sus obras más reconocidas se encuentra perdida. Sin embargo, se conoce por sus copias romanas. Dicha obra es la escultura de *Kairós*, Dios de la de la oportunidad en la mitología griega. En la escultura de Lisipo se representa a este Dios de la oportunidad como un joven calvo que posee un solo mechón de cabello, con la pierna izquierda flexionada para poder compensar con la fuerza de la pierna derecha una balanza. Las interpretaciones canónicas de esta escultura indican que lo que se representa es la fugacidad del tiempo oportuno. Fugacidad para interrumpir y cambiar el tiempo de *Cronos*, Dios del tiempo mensurable.

¿Y la balanza? ¿Qué representa? Alejémonos por un momento de la lectura canónica o filológica. ¿No podríamos decir que la balanza representa la justicia? Y si así fuera, *Kairós*, el Dios de la oportunidad, ¿no estaría intentando enderezar la balanza? Si aceptamos esta posible interpretación, *Kairós* es entonces el tiempo oportuno para contrarrestar la injusticia. Pero como bien lo indica la propia conceptualización del *Kairós*, dicho tiempo exige atención y determinación puesto que su duración es fugaz.

Luego de que la Corte Suprema de la Nación confirmará su condena, Cristina Fernández de Kirchner realizó una conferencia en la sede del Partido Justicialista Nacional. Allí convocó a la militancia a organizarse y empatizar con aquellas personas que más

están sufriendo con las políticas del actual gobierno nacional. La proscripción política de Cristina, paradójicamente, como indicó ella, es un tiempo oportuno para volver a organizarnos. Señalemos en este punto una afinidad electiva entre la escultura de Lisipo y el escudo del Partido Justicialista.

El escudo justicialista se estructura a partir de una idea fundamental: no hay igualdad. La igualdad debe producirse. Esto se expresa en la asimetría en la cual una mano ayuda a la otra. Y esa igualación debe producirse a partir de la organización de la comunidad. En este punto encontramos esta afinidad con la escultura de Lisipo. ¿Por qué? Volvamos a la balanza. También allí podemos visualizar que hay desigualdad. Desigualdad que debe igualarse. Sin embargo, he aquí la diferencia, la igualación en la escultura de Lisipo es producida por algo que está por fuera de la balanza. *Kairós*, el dios de la oportunidad, irrumpe.

Comunidad organizada y *Kairós*. Algo falta, la conducción. ¿Será acaso que la conducción es el mismo *Kairós* irrumpiendo para conjugar la comunidad organizada con el tiempo oportuno para la acción? Hemos realizado vigiliadas. Hemos exaltado nuestras reliquias. Hemos llorado. Pero también nos hemos reencontrado y abrazado con compañeros y compañeras con los cuales estábamos distanciados. Hemos también abrazado a nuevos integrantes de la comunidad que en un sentido amplio denominamos “Nacional y Popular”. Ahora, es tiempo de la acción. Que no es otra cosa que la organización. Dijo un viejo sabio alguna vez que la organización vence al tiempo. ¿A qué forma del tiempo hace referencia ese viejo sabio? Intuyamos que a una forma del tiempo que solo reproduce el *statu quo*: la desigualdad. O sea, a la forma del tiempo de los poderes fácticos. En ese tiempo de adversidad la comunidad Nacional y Popular se organiza. A la vez que se reencuentra con su conductora. Unidos y organizados, esperamos el milagro. Espera activa que devela la esperanza de un futuro más justo.



Defensa desapasionada de Cristina

MAURO GRECO (CONICET/UBA)
17 DE JUNIO DE 2025

Quizá una de las modificaciones que las “nuevas derechas”, también llamadas “alt-rights”, introdujeron en “la arena pública” no sea solo otra relación con la palabra pública, sino otra relación con la propia palabra en público. Así, lo que hasta hace no mucho tiempo daba vergüenza o estaba *mal visto*, por ejemplo hablar de sí positivamente o hablar de sí *tout court*, se ha vuelto la norma, no solo de presidentes “cachivaches” o trolls pagos, sino de casi toda persona pública que toma la palabra. Como si la conocida última etapa del pensamiento foucaultiano, donde vuelve sobre algunos filósofos griegos antiguos para auscultar –no solo el conocido “cuidado de sí” sino también– el hecho de tomarse a sí como objeto, proyecto y diseño, se hubiera vuelto al mismo tiempo obligación y olvido. Ob-ligación, porque todos estamos, de una forma u otra, re-plegados hablando

sobre nosotros mismos; olvido, porque lo hacemos de una forma desvergonzada, exhibicionista y no autocuestionadora ¿Qué tiene que ver esto con la reciente confirmación por la Corte Suprema de Justicia de la condena a Cristina Fernández de Kirchner que la detiene por seis años y la inhabilita para cargos públicos?

Desde hace un tiempo, digamos dos años, se volvió un lugar común del análisis político argentino que Cristina *había dejado de hablarle a todos los argentinos*, como si eso alguna vez hubiera sucedido como tal, y que se había focalizado en *fortalecer al y el núcleo duro*, siempre encarnado por La Cámpora, una organización que –cuando estábamos en tercer año de la carrera– mirábamos con sorna y hoy tiene casi veinte años de existencia. Las voces *menos críticas* contemplaban que, como la dispersión era general (Larreta y Bullrich en la hoy extinta Alianza Cambiemos, el partido centenario “con funcionarios, pero sin votos” [Martín Rodríguez *dixit*], la aparición *panelar* de Milei), había tiempo de *jugar* un poco, de reconocer que el kirchnerismo se había convertido en corriente y no totalidad del peronismo, pero dejando en claro que seguía siendo la corriente (de aire y de pensamiento) mayoritaria. Que CFK no fuera *candidata a nada* en 2023 fue entendido por algunos como una consecuencia natural de la condena que pesaba sobre ella (en cuanto asumiera se disparaba la *cláusula condena*), mientras que otros, desconfiados de esta lectura y automatismo, consideraron que no era candidata porque estaba cuidando la ropa y los muebles y no quería quedar pegada a un gobierno desastroso como el de Alberto Fernández, ella misma y Sergio Massa. Extraña situación, o lectura, la de poder no quedar *pegado* a algo que se contribuyó a armar, se armó desde arriba y se integró durante cuatro años.

Sin embargo, Milei ganó, o perdió el sistema político tradicional argentino, y las hipótesis –siempre propias, nunca ajenizadas– proliferaron: creación del peronismo para desinflar primero a Larreta y luego a Bullrich; freak de feria del tridente Vila-Manzano-Massa para matar (políticamente) a Macri, mucho más peligroso que cualquier libertario empleado de Eurnekian o Elsztain; etc. Milei, consigo, traía algunas verdades que –como toda verdad– nunca son tristes pero no tienen remedio. Sus formas, de lejos y de cerca, eran infinitamente peores –chabacanas, vulgares, groseras, escatológicas– que las que “los medios dominantes”, digamos *Clarín*, *La Nación* y *Perfil*, le criticaron el kirchnerismo en general y a Cristina en particular. Su enfrentamiento con periodistas, solo que desde

la otra vereda, es tan aireado –y, de vuelta, grosero, fálico, con terror anal– como el que muchos encarnamos desde 2008, cuando, efectivamente, el peronismo dejó de ser para muchos jóvenes algo más vinculado a Menem y Duhalde (*o sea digamos*, al neoliberalismo y a Puente Pueyrredón) y más a Abuelas y Madres de Plaza de Mayo y organizaciones sociales en general, es decir a quienes pusieron el cuerpo en las jornadas de 19 y 20. El peronismo (no olvidemos el 2024 como quizá “el año más antiprogresista de la historia argentina”) estaba a punto de sacarse de encima el lastre de la transversalidad progre, y armar –si podía– una alternativa electoral para 2027 *free of* memoria histórica, derechos humanos, género, sexualidades disidentes, ecología y pueblos originarios –porque eran *temáticas piantavotos y hay que concentrarse en la economía*–, cuando la confirmación de la condena a CFK, al menos el 10 de junio, volvió a unir “los pedazos rotos del espejo interior”. Desde ayer se me ocurría el siguiente chiste o tweet: “infames, pensaron que Cristina se candidateaba en la tercera era para resolver los sueños presidenciales de su hijo y no se dieron cuenta que estaba tres jugadas más allá, previendo la confirmación de condena, la reunificación del peronismo, la recuperación de la mística. Cristina “Kasparov” Fernández”. Si el final es peronistamente feliz, la historia responderá a la gramática cristinista, y no al revés.

Lo que el tiempo no dirá, porque ya lo dijo y es fáctico, es que allí donde otros veían un discurso endogámico encerrado en los mismos convencidos de siempre, yo veía otra cosa: la construcción de memoria de los últimos días felices de la Argentina de los últimos 20 años. Alguien podrá elogiar el dólar barato y la “estabilidad” mileista, pero no parece muy feliz –como proyecto de sociedad– pegarle a viejos que se manifiestan todos los miércoles. Alberto, y Cristina, prometieron “volver a comer asado”, y terminamos elogiando comernos un salmoncito una vez por mes, mientras había trabajadores pobres: peronismo hindú. El macrismo ganó repitiendo que solo modificaría lo que estaba mal (inflación, impuesto a las ganancias, etc.), y terminó trayendo de vuelta al FMI: eso, y la condena a Cristina, es y será su herencia. El kirchnerismo, *par contre*, por más “Vialidad”, “Cuadernos” y “Hotesur” que revoleen por encima de las paredes de un convento, por lo pronto al núcleo duro del que comencé hablando, sigue resonando en la memoria de muchos como “la década ganada” –que hasta críticos de Cristina se disputan– cuando consiguieron laburo, aprendieron a poner su primer plazo fijo, compraron “dólar

blue” –aunque no estuvieran políticamente de acuerdo con él, pero no comían vidrio—. “La década ganada” oficialista, pero también *la década robada* a 50 años de decadencia argentina. En resumen, cuando “les hicieron creer que podrían comprarse un celular nuevo y viajar a Brasil”. ¿Pero no es precisamente la tarea política, y cultural-moral, de un gobierno popular, no solo hacer creer sino también efectivizar que sus clases populares y clases medias bajas también tienen derecho a darse un gustito, a conocer una linda playa, arena y mar, a disfrutar de una buena cámara para fotografiar a la familia?

“Ya sé, no me digás”: dólar también barato, Estado ineficiente (nadie va a contarme lo que costaba hacer un trámite de inmigración), pésima elección de candidatos (de Boudou a Insaurralde, pero también Alberto), lógica centrípeta donde *estás conmigo o estás contra mí*. Uno hasta podría seguir: culto a la personalidad, falta de pensamiento crítico (incluso de sectores de la comunidad que se supone trabajaban de ello), tercerización de la represión, extractivismo bobo. En suma, confesamos que hemos leído. Pero, ¿alguien lo definió mejor que León Rozitchner, en *Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos de presente* del Colectivo Situaciones (Tinta Limón, 2009), que como un “neoliberalismo nac and pop”? Sin embargo, si hacemos el ejercicio de memoria, si somos vehículos felices de una memoria que cada vez cuesta más sostener en épocas cibernéticas aceleradas, *decimos también*: solucionar paros docentes históricos, repoblar la capacidad instalada industrial, recuperar y popularizar el CONICET, repartir notebooks para que los pibes populares no sean nativos digitales de segunda, paritarias libres, paritarias que siempre le ganaron a la inflación (incluso con devaluaciones), poner satélites en el espacio, repatriar científicos. Esto parece la remera “la ruta del dinero K” propagandizada por el panelista mono-neuronal del filósofo Fantino, y vendida por casarecreo.com, pero: ¿alguien realmente, por más que le duela *lo que Kirchner le hizo a Duhalde y Lavagna*, o que Cristina haya elegido a Kicillof y no a Moreno, puede negar *sinceramente*, con una mano en el corazón y otra en el *homebanking*, que esto no fue así, o que, si no fue *exactamente* así, cuando más se acercó en los últimos cincuenta años argentinos fue del 2003 al 2015? Va a hacer falta un enorme acto de contrición si alguien pretende, seriamente, construir una alternativa a Milei sin reconocer, sin partir de esta *plataforma de despegue*.

Sin embargo, insistamos en el ejercicio, no seamos autitos chocadores autodestructivos de olvido (amén de lo fundamental que este es para toda memoria): supongamos que,

terminada una carrera de grado, el caso hipotético potencial quiere seguir estudiando. Que le gusta estudiar, leer, y que le gustaría intentar vivir de eso. Incluso que todavía no terminó la carrera. Hasta 2002, por más inteligencia que hubiera construido, por más *buen colegio* al que hubiera ido, por más estímulo familiar que hubiera recibido, su destino estaba fuera: “la única salida es Ezeiza” (o el negocio familiar, o ser *data entry* de *La Nación*). En suma, el país en cuestión, hipotético, le decía: no hay lugar para vos, para tus sueños, acá. Pero, supongamos, el país vuela por los aires y todo –casi todo– lo que había sido despreciado los últimos 35 años comienza a ser un poquito más atendido. La persona en cuestión, ahora, no tiene necesidad de intentar irse a estudiar a Estados Unidos, Francia o México, sino que, sirviéndose de un buen promedio, aplica a una beca para continuar sus estudios en el país. Es decir, puede ir a cursar luego de visitar a su madre o abuela, pero también lo que gana en la beca en cuestión lo gasta en alquiler (o lo ahorra, en el mejor de los casos, para un futuro monoambiente sin canguro), en *el chino*, en recitales, en teatro, en cine. Todo muy culturoso, es cierto, pero ¿no estaban también muy orgullosos de la culturalidad porteña los peronistas no kirchneristas? Es decir, o consume mercado interno o contribuye al ahorro nacional, pero también: se mantiene la unidad familiar, las redes familiares no se rompen, no hay necesidad de emigrar para *progresar*.

Luego, una vez que cursó, rindió y aprobó, aprovechando acuerdos nacionales con instituciones internacionales como Fullbright o la embajada noruega (al final tan *aislado del mundo* el país no estaba, ¿o qué significa estar *incluido*, estar endeudado?), viaja al extranjero y conoce otros idiomas y agendas, se da cuenta que su inglés no es bueno, que el sistema educativo argentino –de salita de 2 a la universidad– falla ahí también, pero también que, en otro plano, su formación no tiene nada que envidiarle a ninguna, en otras palabras, que está bien educado, que primero lo enoja pero luego lo reconforta saber detalles de las revoluciones británicas aunque un inglés confunda Argentina con Chile. Vuelve a la mesa familiar, y le cuenta a su tío el viaje, quien no pudo terminar su carrera y, aunque no coincidan políticamente, aquel se pone contento, no por él/ella, sino porque le devuelve una imagen positiva propia, de su propia formación, del país al que también quiere solo que desde otro lugar. *O sea digamos*, un viajecito internacional financiado por una institución extranjera, pero que jamás hubiera sido posible sin po-

líticas estatales que van desde la primería infancia hasta estudios superiores, terminan reafirmando la autoestima nacional, el amor propio, que *no somos el país de mierda que nos quieren hacer creer*. ¿No hay un pasadizo secreto, un callejón polaco diría Perlongher, entre las reflexiones jauretchianas y spinozianas sobre tristeza, gobernanza y despotenciamiento?

Su abuela, que no es precisamente peronista, escucha el diálogo atentamente y, aunque siempre tienda a darle la razón a su hijo y no a su nieto/a, está encantada por el diálogo, por *la famiglia unita* aunque sea vasco-francesa, se da cuenta mcluhianamente –aunque no sepa quién es, lo de menos– que lo que importa no es el contenido sino el medio, el medio familiar, estar juntos, tener tiempo. Cuando luego vea a cada uno por separado, y no sepa qué decirles porque está grande y cansada, se servirá de aquella conversación para sacar tema, para reponer que estar o ser una familia es siempre estar en una conversación empezada, ininterrumpida, en curso.

Lo que la Corte Suprema de Justicia condenó, o puso en tela de juicio y suspenso, con la ratificación de condena del 10/6/25, es todo esto: mercado interno, ahorro nacional, redes familiares, autoestima nacional, orgullo patrio. O, mejor dicho, que esto pueda componerse en un gobierno que intenta mínimos gestos de independencia y soberanía ante un “poder económico” que también, todo sea dicho, si se quiere estar a la altura del mito que se devino, en algún momento habrá con mencionar con nombre y apellido, para que “el pueblo”, ese pueblo que siempre se dice que va a volver, sepa realmente quiénes son sus enemigos u opresores, quienes lo obligan a emigrar para comprarse un monoambiente, a que haya un plato o *chori* menos en la mesa, a que los tíos ya no hablen con sus sobrinos, a que las abuelas no puedan ponerse contentas por ver una discusión que, en el fondo, saben que no es tal, que no es sino una de las muchas formas en que se manifiesta el amor en este país.



El ocaso del Estado-nación y el amanecer del Estado-civilización

WALTER D. MIGNOLO (UNIVERSIDAD DE DUKE)
19 DE JUNIO DE 2025

I

La traducción latina del vocablo griego *ethnos* es *natio*. De *natio* deriva el término *nacimiento*, usado tanto para las personas como para los mamíferos. Metafóricamente su empleo es amplio. Por ejemplo, el uso redundante y metafórico del vocablo: El nacimiento de una nación, el filme de DW Griffith, 1915. De *ethnos* se origina el vocablo *étnico*, que se refiere a los aspectos *culturales* y no *biológicos* (nacimiento) de un grupo étnico.

La formación del estado-nación combinó la nacionalidad, basada en el nacimiento (*natio*), y la etnicidad (*ethnos*), que incluye lengua, memoria y símbolos nacionales. La unión de *natio* y *ethnos* a menudo ignora la etnicidad. Sistemas de signos como la lengua, las imá-

genes, los sonidos, los gustos que unen a las personas y forman comunidades, no están relacionados con la biología o la sangre. Son todas construcciones de *cultura*. No son construcciones de *natura*.

La confusión entre la etnicidad y la herencia biológica precede al estado-nación. Su fundación histórica se encuentra en la Inquisición española, encargada de vigilar y asegurar la pureza de sangre de los cristianos, amenazados por la sangre islámica y judía. Al reflexionar, nos damos cuenta de que lo islámico, lo cristiano y lo judío tienen poco que ver con la herencia sanguínea por nacimiento. Son más bien obra de relatos contruados y transmitidos de generación a generación.

El principio de pureza de sangre implantado en el reino de Castilla en el siglo XVI fue la base del sistema de castas en las colonias del Nuevo Mundo y dio inicio a una serie de reflexiones sobre los “caracteres nacionales”, como las que expuso Immanuel Kant en su *Antropología en sentido pragmático* (1798).

El concepto de *raza*, originalmente referido a los caballos, se extendió a finales del siglo XV a los moros y judíos. Sebastián de Covarrubias registró este uso de *raza* en su *Tesoro de la Lengua Castellana o española* (1611). A través del trabajo de Kant, nación, etnicidad, raza y pureza de sangre se convirtieron en principios constitutivos de *lo nacional* en los estados-nación creados por la burguesía europea emergente en el siglo XIX.

La fusión de lo nacional con lo étnico, mediada por el concepto de raza, tuvo dos consecuencias devastadoras: la ley del estado y la racionalidad científica. La ley del estado hizo corresponder un estado con una nación. La racionalidad científica, en el siglo XIX, reemplazó la fe religiosa por construcciones imaginarias basadas en la fe racionalidad científica. El concepto de raza sirvió, respaldada por la ley y la ciencia, para asegurar la jerarquía superior de la blanquitud nacional. La pureza cristiana de sangre estableció la jerarquía racial que, en el estado-nación, tomó la forma secular de la blanquitud.

Algunas de las devastadoras consecuencias de estas fusiones fueron el nazismo en Alemania, la persistencia del racismo en las sociedades occidentales, su implementación en las excolonias de los estados imperiales europeos, su continuidad en los Estados Unidos y su tenacidad en el sionismo. La no muy lejana afirmación de Josep Borrell, ex-Alto Re-

presentante de la Unión para Asuntos Exteriores y Políticas, de que Europa es un jardín y el resto del mundo una jungla, mostró la persistencia de lo que no se puede decir pero que no se puede dejar de sentir. Sus disculpas no borran el arraigo de estas creencias en gran parte de la población europea.

II

El estado-nación es una forma de gobierno cuyo período histórico comenzó hace unos doscientos años y su ocaso ya se anuncia. Que desaparezca el estado-nación no significa que desaparezca la gobernabilidad. Todas las agrupaciones humanas complejas detectadas durante la era axial (8 a 7 mil años AC) necesitaron formas de gobierno. En ninguna de estas agrupaciones el estado-nación era su forma de gobierno.

Varias condiciones llevaron a su surgimiento y decadencia. En Europa, revoluciones como la Gloriosa en Inglaterra y la francesa consolidaron una nueva clase social: la etno-burguesía. Esta clase surgió durante el Renacimiento, pero estaba sometida a las monarquías. El estado-nación reemplazó al estado-monárquico cuando la burguesía desplazó a la aristocracia y al clero.

La idea de nación unió comunidades de nacimiento en lugar de comunidades de fe depositada en el emperador y en la iglesia. La secularización sustituyó los principios religiosos por los valores del pueblo o nación. Así surgió la fórmula retórica: gobierno del pueblo, para el pueblo, por el pueblo. Hoy, el populismo tiene connotaciones negativas por varias razones y en diversos sentidos.

El término *civilización* se introdujo en las lenguas europeas junto con la idea del estado-nación. Ambos conceptos y sus correspondientes referencias, estado-nación y civilización, se originaron en Europa y son específicos de su contexto histórico y geográfico. Ambos están relacionados, aunque surgieron por diferentes razones. El estado-nación surgió como una forma de organización política que reemplazaba al estado monárquico.

El concepto de civilización justificó, por un lado, las misiones civilizadoras de los estados-nación imperiales como Inglaterra, Francia y Holanda. En los siglos XVI al XVIII, las

colonias se consideraban habitadas por bárbaros espaciales. En el siglo XVIII, estas ideas cambiaron. Los pueblos colonizados fueron ubicados en la línea temporal de los primitivos. Los estados imperiales asumieron la tarea de civilizar y promover el progreso de estos pueblos. En el siglo XX, los primitivos pasaron a ser subdesarrollados. Por otro, abrió las puertas para que, recientemente, las civilizaciones devaluadas por la Occidental reclamaran su derecho a existencia. El estado-civilización emerge de la toma de conciencia.

III

Los estados imperiales de occidente, monárquicos y nacionales suprimieron toda forma de gobierno existentes en las áreas colonizadas. Los pueblos colonizados no eran ni bárbaros ni primitivos. Fueron inventados como tales para sostener la idea de civilización y de modernidad. En las áreas colonizadas, los estados nacionales (o repúblicas) surgieron, en las Américas, sobre las ruinas de civilizaciones como los Mayas, Aztecas, Incas, Araucanos, Iroqueses. Suplantaron a los virreinos y gobiernos coloniales en América del Sur.

Las repúblicas (estado-nación) que fueron constituidas en 1776 en América del Norte aprovecharon de la organización política implantada por los peregrinos, quienes no fueron conquistadores sino emigrados de la monarquía británica. En China, una forma particular de estado-nación se implantó a partir de la revolución de Xinhai, en 1912, que derrocó a la dinastía Qing. China no padeció, como India, el colonialismo de asentamiento.

En Rusia, la Revolución desplazó el estado monárquico ruso e instaló un tipo estado-nación federal, manteniendo el control de los estados satélites contiguos, en Asia Central y Europa Central y del Este. En Turquía el sultanato otomano fue reemplazado por la formación de la República en 1922. Los procesos descolonizadores en África y Asia, durante la Guerra Fría, dieron lugar a la formación de estados nacionales. La disolución de la Unión Soviética dio lugar a la formación de estados nacionales en Europa del este y central y en Asia Central, y convirtió a la Unión Soviética en la Federación Rusa, también en estado nacional.

Los estados-nación europeos e imperiales reemplazaron las formas de gobierno existentes con su propio modelo, al igual que la iglesia en siglos anteriores. Estos estados nacionales fueron también el basamento para regular las relaciones internacionales después del Tratado de Westfalia (1648). El Tratado fue una solución para los conflictos religiosos y económicos en Europa. ¿Qué tendrían que ver los demás estados, en el planeta, que no eran estados-nación y que no tenían necesidad de serlo porque no había una clase burguesa en ascenso?

El actual desorden global no solo se debe a la declinación del estado nación, sino también a la ineficacia de las relaciones internacionales y la falta de efectividad de las Naciones Unidas. La institución que continuó la tradición de la Liga de las Naciones, fundada a finales del siglo XIX, se nombró “Naciones Unidas” en referencia a la idea de nación. No se pudo utilizar la idea de estado porque el nombre “Estados Unidos” era ya el nombre de un solo estado nacional, gestó la fundación y el manejo hasta hoy de las Naciones Unidas.

Por todo ello, los estados nacionales fundados sobre tradiciones civilizatorias fuertes (China, Rusia, India, Persia, Turquía) están hoy reivindicando el valor de sus civilizaciones, denigradas por la expansión imperial de la *civilización occidental*.

IV

¿Cuáles son las diferencias entre un estado-nación y un estado-civilización? ¿Qué importancia tendría esa modificación? ¿Sería solo un cambio formal o conllevaría consecuencias de fondo? ¿Y para quién?

Para empezar, ayuda reflexionar sobre el significado de civilización en comparación con el de nación. El término civilización, introducido en el siglo XVIII, reemplazó la idea de Cristiandad Occidental por la de Civilización Occidental. También justificó la “misión civilizadora” al considerar que otras partes del mundo no habían alcanzado ese nivel. Immanuel Kant, en su *Antropología desde el punto pragmático*, analizó los “caracteres nacionales” alrededor del planeta, reduciendo así antiguas civilizaciones a naciones desde una perspectiva occidental.

De modo que, en esta perspectiva, la civilización occidental devenía ya en un conjunto de estados-nacionales. En cambio, el resto del planeta estaba habitado, para Kant, por poblaciones que no habían *alcanzado* el nivel del estado-nación. No importaba, para Kant, que poblaciones contemporáneas como China, India, Persia, Rusia tuvieran otras formas de gobierno ajenos a las enseñanzas de Platón, Aristóteles y Maquiavelo. De ahí que, uno de los aspectos de la misión civilizadora fuera *eleva*r el resto del planeta a formas civilizadas de gobierno. El otro concepto clave era el de progreso. Así, el camino estaba abierto para civilizar a las naciones teniendo en cuenta los “caracteres nacionales”, ajenos a los caracteres de las naciones europeas a la civilización occidental.

El proceso de civilización muestra varios hitos importantes. En América, Estados Unidos se convirtió en república en 1776 y Haití en 1804. Los estados nacionales de América del Sur surgieron en el siglo XIX: Argentina en 1810, Perú y México en 1821. En Asia, las independencias comenzaron a mediados del siglo XX, lideradas por India, seguidas del resto de Asia y África tras la Segunda Guerra Mundial. Los Emiratos Árabes Unidos y Catar lograron su independencia del Reino Unido en 1971. Arabia Saudita se reunificó en 1932 tras la caída del sultanato otomano. Hoy, las Naciones Unidas agrupan a 193 Estados soberanos.

La presencia europea en las regiones colonizadas se extendió desde finales del siglo XVIII hasta el siglo XX. No todas las naciones, como China, Rusia y el Sultanato Otomano, experimentaron el colonialismo de asentamiento, pero sí la influencia de la modernidad occidental. Aunque no son estados nacionales en sentido estricto, son estados soberanos influenciados por la forma-estado europea, lo que afectó su desarrollo futuro.

Samuel Huntington popularizó el término *civilización*, proponiendo un choque de civilizaciones en lugar de naciones. Predijo que futuras guerras serían motivadas por principios religiosos y culturales, además de factores políticos y económicos. Así, ayudó a restaurar civilizaciones transformadas en naciones debido a la expansión occidental.

V

En 2012, el politólogo chino especializado en relaciones internacionales, Zhang Wei-Wei, publicó su libro titulado *The China Wave: The Rise of the Civilizational State*. En 2018, el

politólogo y filósofo británico Christopher Coker respondió con su obra *The Rise of the Civilizational State: China, Russia and Islamic Caliphate and the Challenge to the Liberal World Order*. El análisis de Wei-Wei se centra en el impacto de China en el orden global y en el ascenso del estado-civilización, mientras que Coker examina los retos que este fenómeno supone para el estado nación y el orden mundial liberal.

La multipolaridad y el estado civilizacional desafían el orden mundial liberal, similar a cómo la expansión colonial del estado nación afectó las civilizaciones. China, Rusia, India, Irán y Turquía buscan reconstituir sus propias civilizaciones frente al “orden basado en reglas” de Occidente. Estos líderes no están obligados a seguir reglas internacionales sin su participación, lo que amenaza al orden liberal unipolar. La reconstitución civilizacional y la multipolaridad ofrecen alternativas al totalitarismo del orden liberal basado en el estado-nación.

No se trata de una “transición” del estado-nación al estado civilización por dos razones. Una, porque no todos los estados-nación surgidos tras la descolonización tienen una historia civilizacional clara. Otra porque no hay *una sola historia* sino diversas historias locales. Esto nos lleva a reconsiderar la tipología de Oswald Spengler (1920) y Samuel Huntington (1990). Para Spengler, había nueve civilizaciones: egipcia, babilónica, india, china, grecorromana, árabe, mexicana, occidental y rusa. Huntington identificó ocho: occidental, islámica, hindú, sínica, japonesa, ortodoxa, africana y latinoamericana, con la ocasional adición de la budista.

Estas clasificaciones son subjetivas y reflejan las percepciones de Spengler y Huntington, no la naturaleza intrínseca de cada una de esas civilizaciones. Además, no consideran la relevancia del estado-nación como encapsulador del aspecto civilizatorio, como es el caso de Occidente: estados nacionales que conforman la civilización occidental. Es crucial centrarse en las propuestas de quienes reconstituyen sus propias civilizaciones desvalorizadas por la occidental, y en los debates internos de cada proyecto de estado civilización.

Por ejemplo, Shashi Tharoor es un reconocido intelectual y exdiplomático de India, muy crítico del colonialismo inglés, pero no del liberalismo. Por eso descreo del estado civilización, al cual aspira el gobierno de India. Considera que el estado civilización hacia

el que se dirige el gobierno indio es profundamente iliberal. Tharoor no contempla que haya razón para que este estado, o cualquier otro, no sea liberal.

Tharoor sostiene que el estado civilización es *iliberal*. Por eso rechaza ideas liberales “importadas” como la democracia y los derechos humanos por ser ajenas a su civilización. No cree que cada civilización necesite de instituciones políticas conformes a sus propias tradiciones, historia y cultura. Lo que no percibe o no quiere considerar Tharoor es que tales valores provienen de necesidades y de instituciones basadas en una sola civilización, (la occidental) y en su propia historia y cultura. No percibe o no quiere percibir que los valores liberales son regionales con la pretensión de ser universales.

Es evidente que reconstruir la civilización basándose en historias regionales y la influencia occidental no lleva necesariamente a un paraíso. Lo comprobamos a diario en la civilización occidental. La continuidad del estado nación y la supuesta universalidad de los valores occidentales tampoco lo lograron. Ocultaron el totalitarismo y la unipolaridad tras ideales como la democracia, los derechos humanos y la libertad de prensa, valores recientemente cuestionados en Europa y en Estados Unidos. La cancelación del triunfo electoral de Calin Georgescu en Rumania y de la candidatura de Marie Le Pen en Francia son dos casos recientes de que el estado-nación (neo) liberal, la democracia y la libertad de prensa son solo universales abstractos.

Otro ejemplo. A diferencia de África, Latinoamérica no tiene en su historia la expansión árabe. Las civilizaciones prehispánicas fueron sustituidas por virreinos durante las invasiones hispánicas y portuguesas. Tras la independencia, los gobiernos occidentalizados marginaron a los Pueblos Originarios y afrodescendientes. Un estado inclusivo en Latinoamérica debe superar esta marginación. Reconstituir los legados precolombinos requiere la participación de estos grupos. La idea de “estado plurinacional” en las constituciones de Bolivia y Ecuador es prometedora para integrar estas diversidades si cuenta con el apoyo de gobernantes, intelectuales y la población.

África se divide en dos áreas principales. África del Norte estuvo bajo el control otomano y es parte de la civilización árabe. En cambio, África Sub-Sahariana fue habitada por imperios como Egipto, Ghana, Mali, Shongai y Etiopía, y reinos como Aksún. La expansión árabe también llegó a esta región antes de estos imperios. Aunque la decisión

sobre el establecimiento de un estado civilizacional en África recae en los africanos, mi objetivo aquí es señalar algunos problemas relacionados con la formación de estados civilizacionales en África y Latinoamérica, al mismo tiempo que destacar la superficialidad de las tipologías de Huntington.

Las civilizaciones pre-ibéricas en lo que es hoy América del Sur, Central y Caribe fueron sustituidas por virreinos durante las invasiones hispánicas y portuguesas. Tras la independencia, los gobiernos occidentalizados marginaron a los Pueblos Originarios y afrodescendientes. Un estado inclusivo en Latinoamérica debería superar esta marginación. Reconstituir los legados precolombinos requeriría la participación de estos grupos. La idea de “estado plurinacional” en las constituciones de Bolivia y Ecuador es prometedora para integrar estas diversidades de los Pueblos Originarios y de la diáspora Africana forzada por la trata de esclavizados. Para ello se necesitaría el apoyo de gobernantes, intelectuales y la población. En todo caso, ya no sería una civilización “Latino” Americana sino otra cosa.

VI

En abril de 2001, Aníbal Quijano publicó en *Hueso Húmero* un ensayo titulado “*El regreso del futuro y las cuestiones de conocimiento*”. El ensayo analiza cómo la derrota del socialismo, debido a los excesos de Stalin y eventos como las posteriores invasiones de Checoslovaquia y Hungría, junto con la disidencia en Yugoslavia, cuestionaron la propuesta socialista. Esto llevó a la victoria del capitalismo y del liberalismo/neoliberalismo, desplazando las ideas socialistas por las del liberalismo, el neoliberalismo y el postmodernismo.

Las esperanzas de los años 60 fueron afectadas tanto por la derecha liberal como por la izquierda socialista. Las manifestaciones juveniles en Beijing, Praga, París y México se opusieron al totalitarismo liberal y a la burocracia socialista, siendo sofocadas por ambos lados. El Movimiento de Derechos Civiles en Estados Unidos tuvo un impacto duradero: promovió cambios en relación con la heteronormatividad y el racismo, abordando principalmente la política de los cuerpos.

Reconocida la derrota del estado socialista frente al agotamiento del estado liberal, Quijano percibió el surgir de otro imaginario: el de un horizonte decolonial cuya historia se remonta a la Conferencia de Bandung, de 1955. Notó que ya no se trataba únicamente de la liberación de los trabajadores, sino también de la liberación de las personas en general. El horizonte decolonial busca ahora no solo la socialización de la economía, sino también la plena liberación de la subjetividad y la producción de conocimiento de sus ataduras al poder, la liberación de cada uno de los campos de la cultura, con especial énfasis en el arte, y la defensa de la naturaleza frente a la depredación humana, capitalista en particular. Fundamentalmente, se trata de liberar a las personas de la autoridad encarnada en la “razón de Estado”.

Al mismo tiempo, en Asia y África ocurrieron revueltas decoloniales. Aunque tuvieron éxito en algunos aspectos, también enfrentaron desafíos. Las élites locales que formaron y controlaron los estados nacionales en las excolonias negociaron con los poderes imperiales. En las exrepúblicas soviéticas, prevaleció la tendencia hacia el capitalismo neoliberal en lugar de mantener relaciones estrechas con la Federación Rusa. No obstante, los legados soviéticos aún son visibles hoy. Estados como Eslovaquia y Hungría, así como ciertos partidos de extrema derecha, optan por mantener relaciones con Rusia, diferenciándose de la política de la Unión Europea.

Las reflexiones de Quijano surgieron tras la inauguración del Foro Social Mundial en enero de 2001. Las esperanzas de la década de los 60, pronto derrotadas, encontraron nueva vida en este foro. Quijano concluyó que la liberación del conocimiento y la igualdad, solidaridad y libertad en todas las sociedades buscarán crear nuevas instituciones para expresarse y protegerse. La interacción entre el moderno Estado-nación y la nueva Comunidad podría llevar a nuevas formas de autoridad con un control reducido del poder. El Foro Social Mundial tuvo un impacto global, sembrando esperanzas en las relaciones intersubjetivas.

Quijano concluyó su artículo con la idea y la esperanza de un horizonte decolonial de conocimiento y de una racionalidad no eurocéntrica. En 2015, se notó que la decolonialidad del poder en marcha era ya notable en la población mundial *indigenizada* y de cuyas experiencias y huellas históricas surgían nuevas epistemes. Se trataba, en su argumento, del retorno del futuro.

Sin embargo, Quijano no percibió el avance paralelo del horizonte de sentido des-occidental. Su crítica radical al estado-nación no llegó a percibir la emergencia del estado-civilización. Ambos horizontes, el decolonial y el des-occidental responden a su fórmula “retorno del futuro”, pero operan en diferentes niveles y objetivos, actualizando futuros marginados por el dominio del cristianismo y la civilización occidental entre 1500 y 2000. La des-occidentalización opera en la esfera doméstica estatal y, fundamentalmente, en la inter-estatal. La primera depende de la segunda. Lo cual es un proceso inverso a cómo proceden los estados-nación coloniales en occidente.

La decolonialidad se enfoca en la esfera doméstica e internacional, paralela al estado-nación y a las relaciones inter-estatales. No busca *formar* ni *tomar* estados nacionales. Un ejemplo es el Zapatismo. Durante la Guerra Fría en cambio, la descolonización en Asia y África sí buscaba crear estados-nacionales, pero los movimientos por los Derechos Civiles en EE. UU. buscaban influir en la esfera pública sin tomar el estado. Actualmente, la decolonialidad es incompatible con el estado, mientras que la des-occidentalización necesita estados fuertes tipo civilización, no nación.

Des-occidentalización, multipolaridad, pluriversalidad y estado-civilización son términos que configuran relatos inéditos que se desprenden de la hegemonía de los relatos occidentales basados en la unipolaridad, la universalidad, la racionalidad y el estado-nación. La des-occidentalización cuestiona y se desprende de los relatos occidentales, pero no del capitalismo en su base económica.¹ Las tensiones globales actuales surgen del crecimiento de la des-occidentalización desde 2000 y la respuesta re-occidentalizante iniciada con Obama, tras el último intento occidentalizante de Bush-Cheney y Tony Blair.

La segunda presidencia de Donald Trump marcó un cambio en la re-occidentalización. A diferencia del consenso neoliberal de Washington, Trump propuso un enfoque diferente: no abandonar la idea de que Estados Unidos es crucial en el orden mundial, pero sin homogeneizar globalmente. Su retórica se centró en “hacer que América sea grande otra vez” en lugar de “exportar la democracia”.

1 Recuperado de <https://www.ceapedi.com.ar/otroslogos/Revistas/0003/13.%20Carballo.pdf>

Trump sugiere que América ha perdido su grandeza y busca administrarla según normas empresariales, usando el estado como una oficina empresarial. Sus políticas incluyen reducir gastos domésticos, convertir Gaza en un negocio inmobiliario, mejorar relaciones económicas con Rusia y debilitar a China para mantener la primacía del dólar.

Ni la re-occidentalización neoliberal y ni la empresarial cuestionan el estado-nación como unidad de gobierno y base de las relaciones internacionales. En contraste, la des-occidentalización abandona esta idea y establece al estado civilización. El conflicto entre des-occidentalización y re-occidentalización radica en un principio político-filosófico: la primera se basa en ganar-ganar y la segunda, en suma-cero. Trump, enfatizando ser el presidente de la paz, adoptó la postura del principio de suma-cero, en contraste con el enfoque ganar-ganar promovido por China.

VII

La etapa neoliberal pudo ser el último eslabón de un largo proceso que buscaba la adopción global del conocimiento, gobierno, economía y valores occidentales: cristianismo, civilización y progreso, modernización y desarrollo, y democracia de mercado. En la primera etapa, bajo estados monárquicos y cristianos (católicos y protestones). En la segunda etapa, bajo estados nacionales seculares. Este proceso duró desde 1500 hasta 2000, con conflictos internos, pero sin desafíos externos significativos. El siglo XXI empezó con turbulencias. La década de los noventa, marcada por la caída de la Unión Soviética, terminó bruscamente con el ataque a las Torres Gemelas, lo cual sirvió como justificación para la “guerra contra el terrorismo”.

El triunfal “fin de la historia” fue en realidad el fin de *una* historia, la de la hegemonía y dominación occidental. La des-occidentalización des-orientó la occidentalización y forzó la re-occidentalización. Inauguró, junto con Rusia, India, Irán, Turquía “otra historia”, otro horizonte de sentido basado en la cooperación, no en la guerra, en el ganar-ganar no en la suma cero. También marcó el ocaso del estado-nación y el amanecer del estado-civilización. No estoy sugiriendo que el estado-civilización sea “mejor” o

“preferible” al estado-nación. Estoy diciendo que el estado-nación ya mostró tanto sus esplendores como sus miserias.

En la prensa occidental es común leer que China ambiciona ocupar el lugar de Estados Unidos y ser el líder mundial. Sin embargo, ¿se plantea la pregunta de por qué deberíamos pensar que los dirigentes de China y su población tienen los mismos valores y aspiraciones que los dirigentes en Occidente? Asumir que China tiene los mismos valores y aspiraciones que EE. UU. y la UE, es solo una creencia de EE. UU. y la UE, no de los dirigentes chinos. Es decir, se asume que los objetivos de China están regidos por la suma cero y no se entiende o no se quiere entender que ganar-ganar presupone distintos principios y diferentes horizontes de sentido.

China valora la sinceridad y la confianza en las relaciones, y su espíritu se define por la resiliencia ante la presión y las amenazas. Desde la guerra comercial iniciada por Estados Unidos en 2017, China ha fortalecido su capacidad de resistencia, mejorado su autonomía tecnológica, optimizado su mercado interno y diversificado sus asociaciones comerciales. Estos factores aumentan su confianza para enfrentar riesgos de las oposiciones para detener o disminuir tanto su crecimiento material como potencia de su retórica. Llegar a la hegemonía global del ganar-ganar, del estado civilización y de la multipolaridad es llegar a un orden mundial donde todos los estados y regiones cooperan para el bien común, en lugar de guerrear para los intereses y bienes imperiales regidos por la suma cero.



Traición y conmoción

Sobre *La llamada* de Leila Guerriero*

CAMILA ARBUET OSUNA (UNER/UBA/UNGS)
25 DE JUNIO DE 2025

El año pasado, en Argentina, se publicaron dos libros y se montó una obra de teatro que hicieron de la traición –en el marco de la última dictadura cívico militar– su centro. Me refiero, por supuesto, al *best seller* *La llamada* de Leila Guerriero, a la reedición aumentada y corregida de *Traiciones* de Ana Longoni y a la obra *Mi vida anterior* de Teresa Donato –dirigida y actuada por Dennis Smith–, que se basa en la novela en prensa *Desaparecida dos veces* de dicha autora. A su vez, también el año pasado, se publicó *El Petrus y nosotras* de Pilar Calveiro y sus hijas, María y Mercedes Campiglia, –una remembranza

* Una versión de este texto fue presentada en las *II Jornadas de Política, Ética y Sociedad*, que tuvieron lugar en la UNC los días 21, 22 y 23 de mayo de 2025.

donde la escritora vuelve colateralmente a su marcación como traidora y/o sospechosa por ser sobreviviente del horror– y *Desertemos* de Bifo Berardi, donde el filósofo italiano analiza el acto político de desertar de la guerra como un gesto emancipatorio.¹ Muchas distancias y diferencias, algunas de ellas muy explícitas, separan estos textos pero creo no equivocarme al afirmar que hay un problema político en el aire, que ronda con intensa insistencia.

Sería muy difícil, quizás imposible, sintetizar en estas pocas páginas los hilos rojos que atraviesan los debates que resuenan en estos textos que comparten un impulso feminista² por contrariar abordajes clásicos, literarios y teóricos, sobre un tema tan espinoso como la traición política. También sería muy extenso resumir la crítica que, de manera muy distinta entre sí, los libros antes mencionados hacen sobre la figura de la traidora, en tanto colaboracionista, desertora, posible arrepentida o quebrada. Lo que sí creo poder hacer es aventurar hipótesis sobre el porqué esto ahora y, principalmente, identificar las molestias –en algunos casos feroces– que estas tentativas han abierto, que pienso dicen mucho sobre los puntos de fuga del debate político nacional actual entre el progresismo, la izquierda y los feminismos. En resumidas cuentas, más que una defensa crítica de las obras en cuestión me interesa pensar qué nos hacen, qué nos han provocado, en tanto posibilidad de imaginación y de indignación, esas intervenciones.

Como por algún lado tengo que empezar, iniciaré por los fuertes cruces suscitados por *La llamada* y haré de estos el eje de esta reflexión. En primer lugar, porque creo que la intensidad de los mismos contradice la premisa actual que reza que ya no se discute nada. En segundo lugar, porque el particular abordaje de los tópicos que allí se visitan como problemáticos nos dan pistas sobre el descalce generacional y político de un siempre farragoso “nosotrxs”.

La novela de Guerriero se basa en la vida Silvia Labayru, exmilitante montonera, secuestrada embarazada a los 19 años en la ESMA, donde es torturada, obligada a parir en cau-

1 Podría parecer que este texto queda fuera del arco nacional, sin embargo, no solo ha sido traducido y comentado en Argentina, sino que ha dado argumentos a un conjunto de producciones locales interesadas en pensar la derrota, el supuesto quietismo social y la conmoción.

2 Incluso el de Bifo, que de modo tardío y polémico ha intentado incorporar críticas feministas –como veremos al final de este texto– a las lecturas clásicas del progresismo sobre la historia política y los modos de resistir.

tiverio y violada –por Alberto González y su mujer–. El caso Labayru es particularmente controversial porque durante su secuestro fue utilizada como “tapadera” por el represor Alfredo Astiz que, diciendo que era su hermana, se infiltró en las reuniones de Madres de Plaza de Mayo. Tras un breve operativo Astiz logró capturar y poner a disposición del dispositivo genocida a tres Madres de la organización de derechos humanos –una de ellas era la fundadora, Azucena Villaflor–, a las dos monjas francesas, Alice Domon y Léonie Duquet, y a un conjunto de militantes. Por este motivo y por haber sobrevivido, Labayru fue acusada de traidora, su exilio en España fue el de una paria y su retorno intermitente a la Argentina una incomodidad para los organismos de derechos humanos.³ La novela nos acerca a la vida de Labayru, antes, durante y después de su captura. A través de entrevistas a sus amores, hijxs, amigxs y excompañerxs –o de militancia o de cautiverio– el texto ofrece un retrato impiadoso de todxs, que expone contradicciones y fallos en la memoria, subterfugios, silencios y omisiones. Guerriero se propone no asumir un rol inquisitorial con la protagonista y no pone nunca en duda su carácter de víctima del terrorismo de Estado, en su lugar produce un proceso de identificación con su entrevistada que le ha valido un conjunto de reproches sobre su falta de distancia crítica. Uno de los centros neurálgicos del texto es la politización de los crímenes sexuales cometidos en situación de secuestro, tanto adentro como afuera de la ESMA, incluso en otros países, y las percepciones sobre los mismos que tuvieron sus amigxs, excompañerxs y parejas cuando supieron de esa faceta del horror. Labayru, acusada de ser “la amante” de Astiz y el Gato González,⁴ fue una de las principales testigos en 2014 en los juicios por crímenes sexuales contra los dictadores y aparece comprometida con discutir qué sería el consentimiento en los campos de concentración: un borde absoluto dentro de los acalorados

3 Esto último es una escena reiterada en las historias de muchxs sobrevivientes sospechadx por haber salido con vida del campo.

4 Una acusación habitual: “Cuando Mirtha Legrand, la diva de los almuerzos de la televisión, me preguntó, en su programa especial por el aniversario del golpe de Estado, si era verdad que yo salía con el jefe del centro clandestino de detención de la Escuela de Mecánica de la Armada, el Tigre Acosta, me embargaron el disgusto y la indignación. Indagó entonces en si ‘salíamos a cenar, porque es eso lo que dice la gente’. Le contesté: ‘Nos sacaban a cenar, sí. No salíamos por nuestros propios medios. No teníamos derecho a negarnos. No sabíamos si nuestro destino iba a ser un restaurant o el fusilamiento. Éramos prisioneras. Era una forma refinada de tortura, porque a algunas les habían asesinado a su marido hacía días’. Sin embargo, la interpelación de la entonces octogenaria actriz y conductora, replicaba la presunción de que las mujeres secuestradas nos habíamos salvado por haber tenido sexo con los represores”. Lewin, M. y Wornat, O. (2020). *Putas y guerrilleras. Crímenes sexuales en los centros clandestinos de detención*. Planeta: Buenos Aires.

debates que esta temática ha traído en los feminismos nacionales e internacionales.⁵ En *La llamada* afirma temeraria, ante quienes ponen en duda sus violaciones en el campo de concentración, “mira, aunque hayas tenido placer, aunque hayas tenido cuarenta y ocho orgasmos, fue una violación igual”.⁶ La novela nos deja en claro que Labayru no es solo una víctima es, como diría el feminismo antipunitivista, una mala víctima a la que “no se le cae la lagrimita” —como ella misma repite varias veces a lo largo de las entrevistas—, que tiene duras opiniones sobre la cúpula de Montoneros y esa política revolucionaria,⁷ pero que no es cínica sobre el entusiasmo que sintió en su juventud y que la llevó a convertirse en un cuadro de la organización.

El tema de la acusación de traidoras y putas a las sobrevivientes de la dictadura ya había sido abordado en *Ese infierno* de Actis, Aldini, Gardella, Lewin y Tokar en 2001, en *Putas y Guerrilleras* de Wornat y Lewin en 2014 y, excepcionalmente, en *Traiciones* de Ana Longoni que ya en 2007 analizaba críticamente ficciones de los ochenta y noventa⁸ que no escatimaban en acusaciones de traición política y sexual al retratar la vida de esas mujeres que se sospechaban presas de síndromes de Estocolmo o viles manipuladoras, mujeres que no habían tomado la salida noble del suicidio ante el exterminio. Longoni expuso los enormes daños que produjo y sigue produciendo ese binomio de héroes/víctimas y traidores/victimarios, y al hacerlo, reparó sobre la diferencia de género en la acusación: “En estos textos la condición de putas es atribuida únicamente a las mujeres, nunca a los hombres cuya ‘traición’ tiene siempre un signo de conversión ideológica o moral, pero no de entrega o sometimiento sexual”.⁹ La teó-

5 Para una revisión de algunos de los puntos nodales de dichos debates se puede consultar el artículo que escribimos con Laura Gutiérrez (2024). ¿A qué nos obliga el consentimiento? Deseo, seguridad y violencia en las políticas sexuales feministas. *Runa*, 45(2) (pp. 19-35).

6 Guerriero, L. (2024). *La llamada*. Anagrama: Buenos Aires, p. 165.

7 Además de las críticas respecto a las misiones suicidas, avanzado el proceso, y al abandono de los militantes por parte de la dirigencia, encontramos también el relato del juicio político que le hacen a los 18 años cuando ella decide abortar —motivo por el que degradan su puesto en la organización—.

8 Particularmente *Recuerdo de la muerte* (1984) de Miguel Bonasso y *El fin de la historia* (1996) de Liliana Heker. Esta última novela narra la relación que se arma entre una militante secuestrada y un represor en un campo de concentración. Heker conoce de primera mano la terrible historia porque se la confió su amiga tras lograr salir del cautiverio, esto no le impide a la autora decir con maledicencia “para ella lo que vivió es una maravillosa historia de amor donde ella se arrepentía de la militancia y él de las torturas”.

9 Longoni, A. (2024). *Traiciones. La figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de sobrevivientes de la represión*. Ediciones Documenta: Buenos Aires, p. 178.

rica del activismo artístico decidió reimprimir su libro en 2022, los tiempos editoriales hicieron que fuera publicado en 2024, luego del éxito de *La llamada* y la salida de un artículo incendiario de Mario Santucho en la revista *Crisis* –titulado “Quién entregó a mi viejo”¹⁰ que pone en tándem los libros de ambas autoras como parte de un “humanismo piadoso”, o, como dirá en otro artículo de este año,¹¹ como una salida políticamente correcta a tono con las actuales políticas neoliberales de victimización e impotencia.

Longoni decide reimprimir ese libro que ha sido capital para la revisión crítica de la historia reciente argentina porque cree necesario abrir o recoger un debate... y eso efectivamente ocurre. En su nueva introducción, primero, puntea dos discrepancias con los planteos de Santucho: señala cómo la obsesión por encontrar un culpable individual dificulta un balance colectivo de la derrota; y apunta cómo esta obsesión por saber quién entregó a su padre olvida que en esa asonada cayó también su madre, que era militante y sigue desaparecida, marcando una jerarquía militar y patriarcal en la insistencia y en el modo de encarar esa búsqueda. En segundo lugar, Longoni enumera cuatro motivos por los cuales la novela de Guerriero presenta problemas éticos. Los primeros dos se vinculan con el poco cuidado que la escritora tiene con el trabajo con los testimonios, ya sea cuando pacta con Labayru sobre no mostrarle el texto, ya sea con la identificación excesiva de Guerriero con la entrevistada que lleva a cruzar los límites de lo decible a otras personas sobre lo que se le estaba confiando –coincido con esta última crítica que a su vez queda señalada como metarrelato de una suerte de asombro y ¿vergüenza? de la propia autora–.¹² Los otros dos motivos tienen como eje la insistencia en que, en parte, la supervivencia de Labayru se debe a su excepcionalidad física, cultural y de clase: que era de una belleza hegemónica, culta, de familia militar y acomodada. Longoni cierra esa crítica diciendo “*La llamada* se alimenta de un derrotero individual y socaba la posibilidad de situar una historia singular [...] en una trama colectiva en tanto víctima del plan sistemático del terrorismo de Estado que afectó a decenas de miles”.¹³

10 La nota salió solo en la versión en papel de la revista, en su número 62, de junio del 2024.

11 Santucho, M. (2025). Tema del revolucionario y la víctima. *Crisis*. Recuperado de <https://revistacrisis.com.ar/notas/tema-del-revolucionario-y-la-victima>

12 A su vez, este “asombro” de su accionar no le impide dejar registradas ambas escenas, sumándole capas a la novela y también, de cierto modo, exponiendo el carácter vampírico de ese proceso de investigación.

13 Longoni, A., op. cit., pp. 49-50.

Estas dos últimas críticas también van a aparecer en las más recientes lecturas de Emilio Crenzel y María Pía López. La ensayista hizo un posteo en Facebook, a principios de mayo de 2025 –al calor de la premiación de la novela en la feria del libro–,¹⁴ en el que comparaba *La llamada* con la película de Mitre *1985*, allí decía que la novela presentaba melodramáticamente la historia y producía un fuera de campo donde estaría la política de los setenta, a esto agregaba “*La llamada* se materializa en la sustitución de la conversación sobre los motivos políticos de la insurgencia por la constatación fascinada de la belleza”.¹⁵ Las críticas de Crenzel, por su parte, que vuelven sobre el asunto de la belleza –al que enmarca en “el fulgor de conversaciones frívolas”– son bastante más lapidarias e insisten en el desconocimiento de Guerriero de la historia de la dictadura y en el problema ético que supone que ella no le repregunte a Labayru sobre los secuestros de las monjas y las Madres. Crenzel escribe:

El testimonio de Labayru en *La llamada* reproduce ciertos trazos del discurso canónico de los sobrevivientes [como el] “no sé porque sobreviví”. Sin embargo, se distingue de ese corpus. Trasciende esa afirmación e intenta responderse esa pregunta proponiendo como causas su belleza física o razones contingentes [...] De este modo, las razones de su sobrevivencia nunca se deben a su propia agencia. “Yo no entregué a nadie”, afirma. [...] Guerriero no indaga sobre esta cuestión. No pregunta sobre el momento en que Labayru comienza a colaborar bajo presión con los marinos, su integración al “mini staff” [...] “¿Culpa? ¿Pero por qué culpa, coño?” Responde taxativa Labayru. De este modo, no emerge en su testimonio ese sentimiento, ni el de la responsabilidad. Tampoco manifiesta dilema moral alguno a diferencia de otros sobrevivientes.¹⁶

14 Además de este premio, Guerriero acaba de recibir la Pluma de Honor 2024 de la Academia Nacional de Periodismo en mayo de este año.

15 Tras este posteo sostuvimos un intercambio de correos, en el que en la disidencia sobre nuestras lecturas de *La llamada* intentábamos pensar qué era eso que raspaba de la novela. Remarco esto porque creo que ese intercambio tuvo las condiciones de un pensar litigioso e implicado, que el feminismo nos ha ensañado, que se sostiene en la capacidad y en la generosidad de una escucha atenta, respetuosa, y, por eso mismo, sin falsas concesiones. En esa misma sintonía este texto ha sido leído y amablemente comentado por Ana Longoni, que, disintiendo con varios puntos de lo aquí dicho, tuvo el hermoso gesto de leer, completar y corregir.

16 Crenzel, E. (2024). *La llamada. Un retrato* (2024) de Leila Guerriero. *Revista Guay*. Recuperado de <https://revis-taguay.fahce.unlp.edu.ar/index.php/2024/12/03/la-llamada-un-retrato-2024-guerriero-2/>

Hasta aquí la escueta reposición de la situación de un debate que sigue creciendo y que cuenta ya con muchas más aristas y varias notas en *Crisis*.¹⁷ Voy a detenerme en tres críticas que en estas intervenciones aparecen entrelazadas y que identifico como umbrales de época. Es decir, como puntos en los que se cargan las tintas justamente por ser hiatos generacionales y políticos, que nos indican corrimientos sensibles respecto al abordaje del pasado y del presente. Considero, en este punto, que hay cierta familiaridad entre los argumentos de Santucho y de Crenzel, por un lado, y los de Longoni y López, por el otro; y que estas familiaridades refieren a modos distintos de aproximarse a ese hiato o descalce.

Uno. La primera de las críticas que aparece de manera insistente es la que discute el vínculo y el tipo de relato que se arma *entre* las historias de vida y la historia política colectiva, discutiendo cuáles serían los modos en los que se preservaría la politicidad de ese encastre. Se han ensayado formas muy distintas de relatar políticamente las experiencias de vidas atravesadas por la dictadura en el largo desarrollo de la literatura y la ficción nacional, desde las novelas que analiza Longoni en *Traiciones* hasta libros consagrados como *La casa de los conejos* de Laura Alcoba.¹⁸ En todos los casos los bordes porosos entre la veracidad, la verdad y la ficción han dado para debates acalorados; no hay motivos para que *La llamada* sea una excepción al respecto. A su vez, ninguna de las críticas dice exactamente que lo allí relatado no se ajuste a la verdad, sino que el problema está en sus sesgos, omisiones, insistencias y seducciones. En lo que la novela *hace* mientras nos cuenta la historia de Labayru. Para entender esto que *hace*, primero hay que entender que evidentemente a todxs no nos hace lo mismo, que el proceso de apropiación y lectura involucra el deseo, las inquietudes y el bagaje cultural de lxs lectorxs y no solo la voluntad de la autora. Si prestamos atención a estas apropiaciones diferenciales debemos además considerar que una novela como *La llamada* es hija de la masividad reciente del movimiento feminista argentino que creció al calor de tres lemas que no conviven pacíficamente –sino que tienden a colisionar–: el setentista y reactualizado “lo personal

17 Como la de Diego Sztulwark “La sonrisa de Marx” sobre la primera publicación citada de Santucho; la de Ximena Tordini o la más reciente “El dedo en la llaga” de Verónica Torras.

18 Una increíble novela que también está signada por la utilidad política de belleza, pero esta vez de la militante asesinada Diana Teruggi, y por la traición: el relato cierra con la pregunta por quién los delató y el delator es el personaje siniestramente macerado a lo largo de la historia.

es político”, el pos *metoo* “yo sí te creo hermana” y la reivindicación antipunitivista del derecho de las malas víctimas. Partiendo de esa base, me parece que el modo de narrar la historia personal y política de Labayru no pretende ser un retrato de la resistencia de los setenta –cosa que la novela explicita en reiteradas oportunidades–, sino de las huellas íntimas en una vida particular de distintos procesos violentos y traumáticos que inician antes del secuestro y se extienden hasta hoy. Se trata de un relato que presupone, como recurso político al que exprime, la escucha feminista.

Es cierto que la novela pivotea en torno a lo que sucedió en la ESMA, pero también lo es que construye sentidos mucho más allá de ese parteaguas: en las formas de control de los militares de esas vidas sondeadas fuera del país, en la maneras dilemáticas en la que se ensamblan sus amistades con el relato fragmentado de su pasado, en sus dificultades para conectar con la maternidad y, a mi entender de manera completamente central, en la manía que la protagonista tiene para enamorarse de varones espantosos –que no son cualquier tipo de varones, sino el biotipo de varón progresista–.¹⁹ Por ende, considero que el ruido provocado en ese vínculo espurio entre lo íntimo y lo político que nos propone la novela no es por el melodrama,²⁰ también existente en tantas otras historias de vida de los setenta, sino justamente por un tipo de relato intimista que no encaja ni con la épica, ni con la nostalgia, ni con el habitual análisis político sobre la memoria.

Dos. La segunda de las críticas, que aparece más sutilmente desarrollada en Longoni y López, es la que coloca a las referencias a la belleza y la clase enfrentadas a la capacidad de agencia y/o a las reflexiones sobre la situación sistémica de sometimiento en un centro clandestino de detención. Una observación que tiene tras de sí la producción feminista de décadas denunciando los usos patriarcales de la belleza y la feminidad como disposi-

19 Se pueden recordar muchas escenas, la del novio que pone en duda que ella haya estado secuestrada, la del marido que le dice en México –después que ella le cuenta que fue violada por el represor– que él también le ha sido infiel –como si fuesen situaciones análogas–, la del psicólogo actual que todo el tiempo explica sus desbordes temperamentales y sexuales.

20 Hay mucho escrito sobre el vínculo entre melodrama y discursos nacionales, baste decir respecto a la analogía con *1985*: que mientras la película de Mitre disputa un lugar en los relatos nacionales sobre el proceso de “transición democrática” y, por ende, la puesta en último plano de los organismos de DDHH (en pos de la heroicidad de los protagonistas) es cuanto menos señalable. Este no es el plano de disputa de la novela de Guerrero.

tivos de control y dominación.²¹ Sin embargo, es un hecho que Labayru es de una clase media alta, que fue al Nacional Buenos Aires, que su padre era piloto de familia militar y que es descripta por todos sus antiguos amigos como una rubia de ojos celestes despampanante. Ella, Guerriero y un conjunto de amigxs, contactos y enemigos íntimos creen que eso contribuyó a su supervivencia ¿alguien podría decir que la clase social, el capital cultural y la apariencia no son capitales materiales y simbólicos en este mundo sexista, clasista, racista y patriarcal?, ¿por qué nos causa tanta reticencia ese reparo que, literariamente, Guerriero convierte además en un recurso narrativo que muchas veces se le vuelve en contra a la propia protagonista –que parece una cheta, banal y olvidadiza–?, ¿por qué estos elementos socavarían la importancia de su agencia?, ¿por qué estos elementos sacarían de foco la arbitrariedad con la cual los represores llevaban a cabo un plan sistemático de tortura y exterminio? Pienso, a contrapelo de esas lecturas, que la insistencia en la belleza –cuya veracidad es tan improcedente como en Helena de Troya– es importante justamente porque es parte de la autopercepción de la agencia, de las tretas del débil, y porque subraya el carácter sexista del plan de exterminio que también tenía una siniestra vocación de “conversión” de aquellas mujeres que excepcionalmente ellos creían que podían “recuperar”, “corregir”, “normalizar”. La belleza es una respuesta desviada que hace una sobreviviente a una pregunta suspicaz que está mal y que lamentablemente sigue asomando la cabeza: ¿por qué se salvó?

Belleza y frivolidad parecen terminar de delinear el personaje de la mala víctima, que no solo dice no sentir culpa y solo se arrepiente de haberle hecho caso a su compañero y no haberse ido del país un mes antes, sino que además tiene una vida vertiginosa entre vuelos, ropa cara y happenings. Hablamos, por ende, de una belleza muy específica que está imbricada con esa clase alta porteña, sus formatos despojados y sus tipos de consumos.²² ¿Esa inasistencia narrativa hace que los destrozos sobre esa vida en manos del terrorismo de Estado sean menos políticos? Es curioso que reiteradamente se marque esa fascinación que propone la autora como un gesto de seducción a lxs lectores siendo un

21 Hay que señalar que desde esos tempranos sesenta hubo textos, incluso de la propia Simone De Beauvoir, que reivindicaron los usos desviados del exceso *femme* como instrumento de resistencia. Esta perspectiva se vio fortalecida, por supuesto, con los estudios queer.

22 Una amiga se preguntaba, pensando en su propio rechazo a esa caracterización, ¿habría sido lo mismo si Labayru fuera hermosa pero pobre?

elemento de tan fuerte rechazo –incluso para quienes empatizaron con la historia–: o el dispositivo de insistir en esa belleza no funciona, o el dispositivo no está para eso.

Tres. Finalmente, se encuentra la crítica respecto a la supuesta puesta en suspenso de juicios morales y el presunto *revival* de discursos victimistas como parte de la descomposición política contemporánea, que es el centro de las lecturas de Santucho y Crenzel. Estas lecturas que diagnostican este tiempo como el del retorno renovado de lxs traidorxs como víctimas, parecen plantear una comunión catastrófica entre el brutalismo de la extrema derecha que se fortalece pisando cabezas y la impotencia progresista que está embarrada en sus loas a la resiliencia –en el medio, las nociones de responsabilidad y compromiso estarían *demodé*–. Por un lado, no creo que *La llamada* hable de la resiliencia, ni que la empatía que la novela despierta con la protagonista tenga por fin el reconocimiento estatal o su encubramiento como heroína rota. Pienso, en su lugar, que la incomodidad que en ella anida –y que interrumpe la identificación– es justamente porque se hace cargo del problema de lo que Tamar Pitch ha analizado como paradigma victimista.²³ Por otra parte, lo que estos diagnósticos arrojan es la urgencia de retomar el debate sobre los significados de las derrotas ¿Admitir una derrota es abandonarse a la clausura de una experiencia o puede ser un punto de partida para la recomposición política? La distancia enorme sobre qué se nos figura cuando imaginamos una derrota, si una lápida o una bisagra, es de vital importancia en nuestra percepción sobre el para qué de la crítica. En último lugar, si bien coincido con los visos despotenciadores del progresismo argentino, estos no se contrarrestan dando lugar a imperativos morales respecto a lo que debe poder un cuerpo en situación de tortura, ni a la reivindicación del martirio y el sacrificio –o en su defecto la culpa y el arrepentimiento– como únicas respuestas éticas posibles al horror. Ambos elementos han sido analizados hasta el hartazgo por el pensamiento de izquierda, que ha encontrado una y otra vez en esos productores de subjetividad revolucionaria partes fundamentales de las derrotas políticas²⁴ del siglo pasado. Es muy difícil en ese tipo de ejercicio de la crítica no dividir el mundo entre héroes y heroínas –muertxs–, traidorxs –sobrevivientes– y ejércitos

23 Desde los noventa la teórica italiana viene abordando las implicancias políticas de dicho paradigma, a modo de introducción y resumen se puede consultar Pitch, T. (2024). *El malentendido de la víctima. Una lectura feminista de la cultura punitiva*. Tinta Limón: Buenos Aires.

24 Pienso en el amplio abanico que va desde los textos tempranos de Raymond Williams y León Rozitchner hasta el pensamiento de Mark Fisher.

de tibixs. Al respecto, tanto Longoni como Calveiro –que son extremadamente cuidadosas de no hacer juicios de valor sobre lo que sucede bajo tortura– analizan sí lo que supuso subjetiva y políticamente que las cúpulas de las organizaciones militantes de los setenta, en pleno repliegue ante la masacre, distribuyan entre sus filas pastillas de cianuro por si eran capturados, para evitar la posible delación. Escribe Calveiro en su último libro: “Hay una enorme distancia entre, por un lado, estar dispuesto a morir si es preciso, en el intento de un cambio revolucionario, y por el otro, emprender un camino cuyas opciones más probables son la muerte heroica o el suicidio. Una política que se ve orillada a estas opciones es, desde el vamos, una política derrotada”.²⁵ Esto no quiere decir que no haya ética en los campos de concentración, Labayru de hecho siente la necesidad de aclarar que ella no delató a nadie; quiere decir que quizás aún haya en nuestra intelectualidad una obscena admisión a sostener juicios morales externos sobre los márgenes de agencia y los pactos de vida y de muerte en situaciones subhumanas.

Considero que estas tres críticas son sintomáticas del momento en el que estamos, de los chirridos producidos entre el lenguaje clásico de la política militante y los abordajes incómodos de literatura feminista, que suenan amplificadas en un contexto de feroz negacionismo estatal y de discursos oficiales reivindicatorios del golpe. Pero quizás justamente por eso sea necesario emprender esta discusión no solo sobre los silencios y las omisiones dentro de las necesarias políticas de los derechos humanos –como lo han hecho los colectivos de disidencia sexual y las mujeres violadas por los represores–, sino también sobre las formas de narrar las heridas de una derrota política, en términos íntimos, personales y políticos. Sin las claves reconfortantes de los relatos edificantes pero también sin cinismo, porque quizás haya en ese “humanismo piadoso” que espanta a Santucho algo parecido al intento de componer vidas con otrxs en el derrumbe. Por otra parte, una novela política de más de 400 páginas que vende más de 30 mil ejemplares tal vez debiera despertarnos algo más que aversión, quizás algunas preguntas sobre eso que está encontrando allí toda esa gente. Más aún si pensamos, como creo que muchxs lo hacemos, que hemos fallado en la transmisión a una parte de las nuevas generaciones de la conmoción por todos esos mundos que la dictadura cívico militar aniquiló y por las injusticias que sigue perpetrando –como deja inteligentemente planteado en su artículo

25 Calveiro, P., Campiglia, M. y Campiglia, M. (2024). *El Petrus y nosotras*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 54.

“El dedo en la llaga” Verónica Torras—. Ese es un pendiente apremiante que encuentra en este debate y en ese éxito editorial algunas puntas para mirarnos de cerca.

Como deslicé al inicio de este escrito, el año pasado también salió *Desertemos* de Bifo, un libro polémico sobre el que no me voy a extender aquí, pero en cuyo marco el filósofo da una entrevista y publica un artículo sobre una novela italiana de la escritora feminista Elsa Morante, que fue otro *best seller* pero en 1974 —en el primer año vendió 800 mil ejemplares—. Él dice que en su momento no la leyó porque todo el progresismo, sus maestros y sus amigos, la criticaron por derrotista, desencantada, reaccionaria, acrítica, individualizante y banal... una novela en la que la política pasa como de fondo en un cuadro de personajes manieristas, dijo Pasolini —hasta esa reseña amigo de la escritora—. La novela —que fue llevada a la pantalla en una serie también el año pasado— cuenta la historia mínima de una maestra romana pobre, viuda, de madre judía, que sobrevive al ascenso del fascismo y ve, sin poder hacer casi nada, cómo su hijo mayor pasa de militar en las filas de las camisas negras, a ser un ferviente partisano para finalmente morir trabajando para la camorra. Bifo dice, en la entrevista, “he sido un estúpido, el shock que me ha producido este libro es el de la vergüenza de mi estupidez”,²⁶ y escribe a principios de este año con ironía y rabia:

Quizá ahí radique precisamente el [supuesto] fallo de Morante, si no he entendido mal: le falta aplomo, distancia, ironía, la frialdad de razonamiento brechtiano. Le faltan todos los atributos masculinos necesarios para estar a la altura de la historia. Incluso Ítalo Calvino, que tenía en gran estima a Elsa y a quien “le disgusta la novela de principio a fin”, lo dice claramente: un narrador contemporáneo puede hacer reír o provocar el miedo en el lector, pero “no hacerle llorar”. ¿Por qué? Le pregunto a Calvino: ¿por qué la literatura no tendría que hacernos llorar, pues el llanto es la reacción irreprimible ante la tristeza y el horror con que nos abruma el siglo?²⁷

26 Programa *Punto de Emancipación*, entrevista entre Bifo Berardi y Jorge Aleman, 20/02/2025. de <https://youtu.be/7AHsxrygyA?si=pyEq9HpzgHD92LHx>

27 Berardi, F. (2025). La historia de narrada por Useppe, *Contexto y Acción*, (318). Recuperado de <https://ctxt.es/es/20250301/Firmas/48757/franco-berardi-bifo-la-storia-elsa-morante-useppe.htm>

No creo que *La llamada* y *La historia* sean novelas analogables, pero sí creo que reciben críticas analogables y que dichas críticas –incluso las positivas, de las que no me he ocupado aquí– dicen a su vez mucho sobre el estado de los bordes morales, políticos y sensibles de nuestro pensamiento crítico.

Cuando empiezo a escribir estas páginas termina abril del 2025, nuestro presidente –que no deja de tratar de traidor a cuanto borrego bala sin su aprobación– acaba de cerrar un nuevo acuerdo de endeudamiento con el FMI para financiar las elecciones de medio tiempo, en su cuenta de X saca a relucir su taza con el lema “Lágrimas de zurdos”, la misma que posteó hace un año tras la marcha universitaria. Scrollleo y veo a Sugus Leunda, streamer morenista, decir “en nuestra forma de hacer política hoy está muy incorporado eso de llorar ¿de dónde viene eso? de la izquierda, el peronismo no llora, el peronismo tiene otros métodos”. Pienso primero que es una tarada que no conoce la historia sentimental del peronismo y luego pienso que lo que sí sabe muy bien, lo que sí comprende con instrumental claridad, es el tono de un latiguillo autoritario que ha hecho de llorar un acto ridículo de humanidad. Cuando voy a las Jornadas donde llevé estos apuntes para discutir, Adorni gana en las legislativas de Capital Federal, en la campaña Milei llama llorón a Macri, “tiene la piel finita, es de cristal”, dice, y el dirigente del PRO contesta: “yo dejaré de llorar por sus perversiones cuando él deje de llorar por lo que dicen los periodistas”. Veo el búmeran de la década de memes que trata a lxs jóvenes como una generación de cristal, los escucho decir en las famélicas asambleas universitarias “nosotros vamos mucho al psicólogo porque ustedes no fueron nunca”, todxs estamos día tras día un poco más rotxs pero el que llora primero pierde o queda sepultadx por pila de carpetas de licencia por ansiedad y depresión. Vuelvo sobre esta sensibilidad de piel dura que sí ya vimos en momentos siniestros de la historia y me urge estimar nuestra parte en este colapso de lo sensible. Creo que los afectos encontrados que nos despierta *La llamada* son una buena puerta para ese tanteo perturbador sobre nuestras presuntas certezas, las críticas pendientes y las marcaciones actuales de traición. Me inclino a pensar que aún quedan muchos prejuicios por destruir mientras reconstruimos desde escenas mínimas, como esta, perspectivas políticas con espacio para la vulnerabilidad, los huecos argumentales y el estremecimiento, incluso con las historias de sufrimiento de quienes en principio no se nos parecen.



Esa yegua. Esa tobillera

MAURO BENENTE (UBA/UNPAZ)
26 DE JUNIO DE 2025

Si leemos sin mayor aclaración *Esa mujer* rápidamente nos dejamos llevar hacia aquel magnífico y magnético relato publicado por Rodolfo Walsh en 1965, en una compilación titulada *Los oficios terrestres*, que incorpora otros cinco relatos. *Esa mujer* hace mención a un cadáver en un ataúd, a un cuerpo desnudo. En ningún momento del relato aparece el nombre propio de ese cuerpo, un nombre que no se podía pronunciar porque estaba proscrito, pero que sabemos que era el de María Eva Duarte de Perón.

Si leemos sin mayor aclaración *Esa yegua* rápidamente se nos viene un nombre, también de algún modo proscrito: Cristina Elizabet Fernández de Kirchner. Pero también po-

dríamos dejarnos llevar hacia aquel texto de Dora Barrancos, publicado en el número 8 de la revista *Maíz* de agosto de 2017.

En aquella breve semblanza de Cristina Fernández de Kirchner —que sí es nombrada—, Dora Barrancos se detiene en una de las caracterizaciones que se hizo de Cristina en el año 2008, a poco de iniciada su presidencia, en el marco del conflicto con organizaciones agropecuarias. Allí aparece su nominación como *yegua*. En ese momento aparecieron otras caracterizaciones, como la de conchuda, pero Barrancos se detiene en la de *yegua*. ¿Por qué *yegua*? Por su dimensión de mujer, y en términos más generales porque “refiere a la inexorable animalidad incontrolable de las que toman decisiones con firmeza. ‘Yegua’ es la imagen del desenfreno y convoca a la doma”.¹

Todos, todas y todes sabemos quién es *esa mujer*, y quién es *esa yegua*. Y lo sabemos desde hace largo tiempo. Pero conocemos desde hace muy poquito tiempo qué es *esa tobillera*. Esta no nos lleva a una incisiva prosa como la de Walsh o la de Barrancos, sino a un discurso mucho menos sofisticado, pero mucho más reiterado, fundamentalmente en medios de comunicación y en redes sociales. Hasta hace algunas semanas la tobillera era el recuerdo de unas primeras vacaciones en la costa atlántica, la chuchería que se compraba en alguna feria, o que armaban las niñas o los niños en eventos especiales como los cumpleaños. Sin embargo, desde que la Corte Suprema de Justicia de la Nación confirmó la condena a Cristina, y su defensa solicitó la detención domiciliaria, la tobillera adquirió otras dimensiones. Ahora, *esa tobillera* le corresponde a *esa yegua*.

Creo que todas y todos conocemos gente que, sin pertenecer materialmente al poder real, cree que Cristina Fernández de Kirchner cometió actos de corrupción y por ello merece una condena. Sospecho que solo poquitas de las personas que piensan de esta manera han leído el expediente de instrucción, se han conectado para escuchar todas las sesiones del juicio oral, han leído las 1616 páginas de fundamentos de la sentencia del Tribunal Oral en lo Criminal número 2, y han leído las 1541 páginas de la conformación dictada por la Sala IV de la Cámara Federal de Casación Penal. También intuyo que solo una minoría de quienes creen que Cristina está bien condenada está al tanto de

1 Barrancos, D. (2017). Esa yegua. *Maíz* (8), p. 9.

las posibles violaciones a garantías constitucionales cometidas durante el proceso, y de las discusiones alrededor del correcto uso del tipo penal de administración fraudulenta aplicado en esta condena.

Con mayor o menor sustento, con mayor o menor lectura, parece que existe una correspondencia en creer que si Cristina cometió actos de corrupción, debe ser condenada con una pena privativa de la libertad. Pero con *la tobillera* se rompe esa correspondencia. La *tobillera* representa una especie de exceso. *Esa tobillera* no es por los supuestos actos de corrupción, es por algo más, es por ser una *yegua*. Y es ese algo más, ese exceso, ese carácter indócil de la *yegua*, el que posiblemente explique esa supuesta correspondencia entre corrupción y condena. Es esa *yegua* que aparece como presupuesto de la *tobillera* lo que posiblemente lleve a muchos y muchas a pensar que Cristina es corrupta.

Hacia mediados de la década de 1970 Michel Foucault detectó con lucidez que el cuerpo era un blanco, un objeto del ejercicio del poder. Que controlar los movimientos del cuerpo, su ocupación en el espacio, sus actividades, tornaba a esos cuerpos obedientes, dóciles, disciplinados. Las disciplinas buscan delinear “cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos «dóciles». La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye sus mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia)”.²

La colocación de una tobillera a las personas que se encuentran privadas de libertad en sus domicilios se inscribe en la pretensión de controlar los cuerpos, en este caso para que no se evadan de los domicilios. No todas las personas con detención domiciliaria cuentan con tobilleras, y en el caso de Cristina es un dispositivo innecesario: todo el mundo la conoce, no podría salir de su domicilio pasando desapercibida. Pero el dispositivo electrónico no está para impedir que Cristina salga de su domicilio: *esa tobillera* está para disciplinar a *esa yegua*.

La *yegua* es la imagen del desenfreno, de la desobediencia, de no detenerse frente a los límites. Es por esta razón que hay que disciplinarla. La *yegua* encarna, vuelve cuerpo, un proyecto político que —por momentos, con avances y retrocesos, con méritos y errores, con coherencia y con traiciones— ha intentado desafiar los límites impuestos por el poder

² Foucault, M. (1975). *Surveiller et punir*. Paris: Gallimard, p. 140.

real. *Esa yegua* encarna los sueños de quienes no tenían siquiera permitido soñar, y la *tobillera* marca los límites en los cuales pueden moverse esos sueños.

El extraordinario énfasis por ponerle *esta tobillera* a *esa yegua* que habita en San José 1111 no se explica por los miedos ante una fuga. *Esa tobillera* se explica por el miedo a procesos políticos desobedientes de los límites del poder de turno. *Esa tobillera* no es una anécdota, un dato menor del proceso judicial. *Esa tobillera* que pretende disciplinar a *esa yegua* es la clave que permite explicar buena parte del proceso judicial, y que nos hace comprender cómo muchas y muchos creen que Cristina es culpable. Culpable no por las miles de páginas de la sentencia y su confirmación. Culpable por *yegua*.



Sobre *Fuera de Serie*

Los sentidos y destinos de la patria

EDUARDO RINESI (UNGS)
4 DE JULIO DE 2025

¿Qué es lo que es –qué es lo que está– “fuera de serie” en *Fuera de serie*, de Gabriel Lerman? ¿Cuál es la “serie” de la que se aquí se trata? Por supuesto, en una novela en la que se menciona unas cuantas veces al gran Sartre, tienta jugar con las palabras, con lo que aprendimos en nuestros años mozos sobre la diferencia entre “serie” y “grupo”, y advertir que en el cuadro cuya historia y cuyos contenidos Lerman considera aquí de manera tan minuciosa como atrapante lo que tenemos son justamente una cantidad de grupos, una secuencia –una “serie”– de tres grupos de hombres (y en dos de los tres casos de unas pocas mujeres) rodeando a tres protagonistas notorios de nuestra historia nacional, a tres líderes políticos populares “fuera de serie” (¿fuera de serie justo porque no “fuera” de esos grupos?, ¿fuera de serie justo porque sus liderazgos presentaban la característica

de sostenerse, los tres, sobre la base de un vínculo fuerte con los hombres y las mujeres que constituían lo que suele llamarse sus “bases” sociales y políticas?), cuya misma excepcionalidad es la que permite trazar entre ellos la gran “serie”, la gran línea histórica cuya exégesis caracteriza a la tradición revisionista en la que Alfredo Bettanin, el pintor, ubicaba su propia reflexión sobre la historia nacional?

¿O habrá que pensar más bien qué es lo que queda, en el mismo cuadro, “fuera” de esa serie, que le da nombre y que señala muy notoriamente el asunto principal del que se trata en la pintura, pero que, bien vistas las cosas, solo lo hace utilizando para ello una franja que no ocupa sino la tercera parte inferior de la superficie de la tela? De manera que vaya si queda, “fuera de serie”, fuera de esa serie que componen las imágenes de San Martín, Rosas y Perón rodeados por los correspondientes grupos de sus seguidores, espacio de sobra para contar varias historias más, presentadas en la pintura de Bettanin bajo la forma mucho menos naturalista y mucho más onírica (“surrealista”, dice o les hace decir Lerman a sus personajes varias veces) de un conjunto de representaciones o de sueños de esa “Alicia en el país de las pesadillas” que domina el centro de la tela y a la que se refiere el joven profesor Diez en la primera ocasión en la que, en la novela, debe decir de qué cuadro está hablando: “El tríptico San Martín, Rosas, Perón, de Alfredo Bettanin. El de la mujer desnuda”, dice Atilio Diez, y al hacerlo nos indica por primera vez no solo la centralidad y la importancia de esa mujer desnuda, posible representación o emblema de la Patria que, en efecto, domina toda la composición, sino también su evidente relación con el modelo que representa la maja desnuda de Goya, a la que remite de manera remota aunque indudable, al mismo tiempo que toma distancia de ella en dos o tres puntos fundamentales.

El primero es evidente. Si la maja desnuda de Goya es libre, y exhibe una invitante sensualidad hecha de picardía y desparpajo, la de Bettanin, que reproduce vagamente algo de la posición y del movimiento del brazo izquierdo de su modelo, está sin embargo atada o estaqueada: es una cautiva, y si no deja de haber en ella una sensualidad evidente y subrayada, se trata esta de una sensualidad sufriente y portadora de los signos de una opresión que el pintor recalca con esos lazos o sogas que aseguran su cuerpo al suelo y que terminan de hacer de ella lo que sin duda es: un arquetipo. Horacio González, a quien –por cierto– Lerman convierte en un nada inverosímil personaje secundario

de esta trama (González ha contado que, siendo un joven universitario de izquierda, comenzó a militar en el peronismo animado por Leonardo Bettanin, hijo de Alfredo), estudió en La Argentina manuscrita la centralidad de esa figura de la cautiva en la cultura nacional (aunque no solo en ella: González, que no se priva de considerar las más ostensibles fuentes griegas y latinas de esa idea, se atreve a sugerir que el rapto y la violencia sexual sobre la mujer pueden ser tenidos como mitos fundantes de todas las culturas) desde los primeros relatos sobre la conquista y el poblamiento de estas tierras hasta los que nos llegan acerca del terror ejercido y padecido en el infierno de los campos de concentración de la última dictadura. Que Lerman le dé un papel, en esta ficción, a la poeta y militante revolucionaria Alicia Eguren, que fue vista por última vez en las oscuras mazmorras de la ESMA, le da un significado particularmente tremebundo al sufrimiento de la mujer (de la Patria) del centro de la tela de Bettanin, y un valor perturbadoramente anticipatorio a sus peores pesadillas.

La segunda diferencia entre las dos majas desnudas se deriva de algún modo de esta primera, y es que si la de Goya exhibe su belleza en un ámbito notoriamente privado, tendida laxamente sobre una especie de diván en un espacio interior, lejos de cualquier contexto político y social y de cualquier referencia al mundo histórico, la de Bettanin, ubicada en el centro de un fresco sobre el conjunto de una historia nacional hecha de tremendas opresiones e injusticias y de batallas y de grandes gestas colectivas, define su propio lugar en relación con esa historia, y no deja de invitarnos a tratar de ponerla en vinculación con otras protagonistas de la misma composición. La idea aparece indicada más de una vez en la novela: a la “serie” de los tres nombres y de las tres imágenes de San Martín, Rosas y Perón, habría que añadirle —o quizás, aun, contraponerle— otra “serie”, una serie fuera de (esa) serie más estridente y conocida, que es la que en el cuadro definen los tres vértices del triángulo que unen la imagen de la mujer india pintada abajo y a la izquierda, la de la cautiva sufriente y soñadora del centro de la tela (que por cierto sostiene sobre su mano izquierda la imagen de Eva Perón, que es como decir, de la libertad conduciendo al pueblo: las referencias al cuadro de Delacroix recorren toda la novela) y la de la militante política revolucionaria de los jóvenes 70 que aparece retratada en el extremo inferior derecho. Se trata esta última —nos informa Lerman— de la propia hija del pintor, a la que el novelista le regala un precioso diálogo con el papá, mirando

ambos la tela el día en que la misma iba a ser, pero no pudo ser, presentada al público (¡el 1º de julio de 1974!: definitivamente, la historia de este cuadro y de sus circunstancias es una historia de novela), y añadiendo su propia interpretación (que es esta que estamos repasando) de la pintura.

En ella, en la pintura, la muchacha –que notoriamente integra el grupo de los jóvenes seguidores de Perón: el último de la serie de tres grupos de combatientes políticos por la libertad escoltando a sus correspondientes líderes– aparece al mismo tiempo (y en la novela de Lerman le pregunta al papá, a Alfredo Bettanin, por qué) ligeramente separada de ese mismo grupo, y por lo tanto, también, de la serie completa que integra ese grupo como prolongación y culminación de los otros dos.

Fuera de serie. Fuera de serie o de todas las series que el cuadro representa, y pudiendo por lo tanto mirarlas a todas, en conjunto, como última destinataria –parecería– de toda esa historia de atrocidades del poder y de luchas del pueblo, que parece que querría poder captar desde su lugar privilegiado con la máquina de fotos que tiene en las manos. En *Las Meninas*, un cortesano que pasa por una puerta abierta en la pared de fondo de la composición (y sobre cuyo apellido informan las historias de ese cuadro: se llamaba Velázquez, y nadie dirá que la cosa no tiene el más alto interés) es el único que puede ver el conjunto de la escena que el cuadro nos presenta. En *San Martín, Rosas, Perón*, la que tiene frente a sí la totalidad de la historia que el cuadro narra, la que se convierte por eso mismo en algo así como la heredera de esa historia, tiene también el mismo apellido que el pintor, porque es su hija. Cuando ella y su papá conversan frente a la tela que iba a ser pero que no pudo ser exhibida ese día fatídico de comienzos de julio del 74, ninguno de los dos sabía que uno, el padre, iba a morir apenas dos meses después, y por supuesto que ninguno de los dos sabía que la otra, la hija, iba a tomarse una pastilla de cianuro poco tiempo más tarde, a comienzos del 77, a los veintinueve años, durante la invasión a su casa en Rosario por una patota de la dictadura.

La novela de Lerman va y viene en el tiempo, fuera de serie, ella también: fuera de la serie histórica de los acontecimientos, que aquí se narran o se recuerdan o se vuelven a narrar o a pensar años más tarde, cuando el tiempo transcurrido les puede dar a los dos niños, luego adolescentes y finalmente jóvenes protagonistas de esta historia otra comprensión

acerca de los hechos o cuando las cosas que pasaron en el medio pueden darles a esos hechos un sentido diferente o más completo. Hay algo de eso: del completamiento de un sentido, del siempre frágil, precario, provisorio completamiento de un sentido, del sentido de un cuadro o en el sentido de una historia, en la búsqueda que esta novela relata, que esta novela es. Y por eso la novela no narra apenas la historia de la concepción, ejecución y exhibición –o exhibiciones– de esta tela, ni la del modo en que la misma se hizo parte de la educación sentimental de los dos protagonistas centrales de la historia, sino también la historia de la circulación de esa tela (y, con ella, de sus significados) en los años que seguirían a la muerte del propio Bettanin y de buena parte de los protagonistas de esta trama asombrosa. No vamos a reconstruir acá esa historia, que Lerman narra con particular maestría y alrededor de una hipótesis notable, que recoge inspiración en el mismo cuento de Poe, “La carta robada”, donde había ido a buscarla Emilio de Ípola, en su momento, para pensar las enseñanzas de un gran cuento policial de Borges, “La muerte y la brújula”. Hay algo de policialesco y de borgiano, en efecto, en el modo en que Lerman busca dar cuenta, en su novela, del misterio de este cuadro y de su historia.

Que se va construyendo en el mismo pasar de mano en mano de la tela y del mensaje o los mensajes que ella porta, que acaso ninguno de sus propietarios o custodios sucesivos pudo o pueda nunca terminar de conocer, pero que desde hace una punta de años vienen circulando junto con el cuadro mismo y con su exhibición en las escenas y circunstancias más variadas. Nadie entiende bien qué dona cuando dona algo. Nadie conoce el significado pleno de ninguna cosa. Pero es preciosa la hipótesis de Lerman de que hay algo que alguien sí le dijo a alguien, hablando con el cuadro de Bettanin de fondo, en cierto discurso de reconocimiento de una derrota electoral en 2009. (Aludí hace un momento a “La muerte y la brújula”; ¿no hay algo de la astucia de “El jardín de los senderos que se bifurcan” en la idea de Lerman sobre el modo en que deberíamos analizar ese discurso: el mensaje, dirigido a uno solo en medio de un texto o de un discurso que leerán o que oirán millones, que habría estado cifrado –no dicho: mostrado– en ese discurso?) Nadie sabe que va a morir poco después. Poco después de una charla con su hija, poco después de un discurso con un Bettanin de fondo. La historia de ese cuadro, de la circulación y de las posibilidades que hemos tenido y que tenemos de ver este cuadro después de ese

discurso y de la muerte del autor de ese discurso, es extraordinaria y llega hasta nuestros mismos días. Las páginas finales de la novela de Lerman la cuentan con detalle.

A nosotros nos queda apenas sugerir, antes de terminar, cuál puede haber sido ese mensaje que Néstor Kirchner, si Lerman tiene razón, habría querido transmitirle al anterior dueño del cuadro que ese día eligió tener a sus espaldas. Lerman le hace decir sin decir “Me ganaste la elección, pero me quedé con el cuadro”. El tono burlón en el que esa frase busca traducir el presunto mensaje del político santacruceño es ampliamente verosímil. Pero no sé si ese chiste era lo único que contenía ese mensaje, la elección de ese cuadro como mensaje. Quizás lo que quiso recordarle Kirchner a su antiguo amigo y ahora adversario era que ese cuadro que había sido de uno y ahora era del otro destacaba muy nítida, abajo a la derecha, a una joven revolucionaria a la que ya dijimos que no resulta inadmisibles pensar como la verdadera heredera, como la verdadera destinataria del legado que el cuadro nos presenta y como la legítima continuadora de la larga historia de luchas que allí se ven representadas. Sabemos de quién se trata, y ya escribimos su apellido: Bettanin. Pero apuesto a que a Néstor le interesaba más recordar y recordarle al otro, que acaso no había sacado las debidas consecuencias del asunto durante todos los años en los que el cuadro había lucido en su propia casa, el nombre de esa joven heredera. Se llamaba Cristina.



Fuera de serie (un fragmento)

La tercera carta que no te di

GABRIEL D. LERMAN (UNPAZ)
4 DE JULIO DE 2025

Todo recomenzó aquel 25 de mayo de 2013, en el Museo del Bicentenario. Cuando terminamos de filmar la larga lista de entrevistas allí en la parte de abajo del amplio salón, no salíamos del asombro de que a la izquierda del set donde filmábamos teníamos el espacio del mural Siqueiros, y a la derecha, frente a nosotros, engalanado, el marco notable de la pared de ladrillo a la vista de la antigua Aduana Taylor, buena luz, estaba el cuadro de Bettanin. Habíamos conocido su itinerario hasta allí. Pero en ese momento, cuando te invité a cenar a San Telmo y nos fuimos caminando por las mismas callecitas del casco histórico, las que trajino desde la adolescencia, las que caminamos esa otra noche de 1997 en que después nos fuimos al Teatro Roma. Lo que yo no sabía eran los detalles de por qué había llegado hasta el Museo de la Casa Rosada en 2011. ¿Por qué el cuadro

apareció públicamente, por primera vez en veinte años, en la conferencia de prensa que da Kirchner en 2009 desde la residencia de Olivos, cuando pierde las elecciones? En 2002, en la exposición Basta de Zonceras organizada en la Rural, lo que habían utilizado eran unas reproducciones fragmentadas del cuadro, pero no la tela original. Entonces, esa noche en San Telmo, me contaste la verdad. El cuadro había permanecido en manos de Felipe Solá, quien en 2003 es elegido gobernador de la provincia, acompañando a Kirchner en su proyecto político, que es elegido presidente. Aunque había tenido hasta el momento una relación distante, el trato se hace cotidiano e intenso. Ambos se necesitan. Solá, un dirigente joven formado en la histórica juventud peronista, pero de familia ligada al campo, es ingeniero, tiene un estilo personal trabajado, cierta picaresca seductora, y una ambición política que le hace advertir la importancia de abandonar el lastre de Menem y Duhalde, los dos dirigentes del peronismo con los que ha estado involucrado en la última década. Kirchner, en cambio, corre de atrás con antecedentes menos conocidos, ya que llega a Buenos Aires empujado por el viento patagónico. Todo le costará el doble a Kirchner, es decir, hacerse un lugar en el poder político del peronismo y del país, y además en proyectar una imagen nueva que provoca escisiones y contradicciones adentro y afuera de los campos ideológicos y prácticos hasta entonces conocidos de la política. Enfrenta a los militares y reabre los juicios de lesa humanidad de los años setenta. Enfrenta a la Corte Suprema, y nombra de manera transparente integrantes probos y con características de vanguardia nunca vistos. Enfrenta al poder económico y resuelve, al menos por mucho tiempo, el problema de la deuda externa. Enfrenta los esquemas estancados de la diplomacia y realinea al país con las naciones hermanas de América Latina. Enfrenta la inercia de un Estado vacío y retirado e impulsa políticas sociales, culturales y educativas activas e innovadoras. En pocos meses, aleja el fantasma de la disolución nacional de las crisis de comienzos de siglo, y reabre una memoria histórica de la militancia política y del peronismo, con un signo invisibilizado en muchas décadas, lo cual genera la apertura de una compuerta de la historia que hace un ruido descomunal e inspirador. Nada volverá a ser igual.

Mientras Kirchner pone al Estado en el centro del proceso político, amiga a las instituciones públicas con los organismos de derechos humanos y los movimientos sociales, comienza a entretejerse una identidad nueva al calor de una intensidad hace mucho

olvidada. Es un nuevo peronismo, es un llamado a la transversalidad con otros partidos y movimientos, es un llamado amplio a construir una agenda política y social nueva. Tanto el acto de apertura de la Ex ESMA, en marzo de 2004, como la Cumbre de las Américas en Mar del Plata en noviembre de 2005, son dos de los principales hitos donde Kirchner se para en el medio del ring y empieza a establecer con claridad una personalidad, un riesgo y una perspectiva. Y empieza a sumar y a ganar simpatías. En ese contexto, de máxima confianza, Felipe Solá les hace llegar el cuadro a Néstor y Cristina Fernández de Kirchner, convencido que esa obra debe estar en manos de quienes están protagonizando la transformación en la política nacional y quienes son los primeros en mucho tiempo en representar el campo nacional y popular con la dignidad y el coraje que no había tenido nadie desde los tiempos en que había quedado concluido nada más y nada menos que el cuadro de Bettanin que él había recibido de manera de la familia Jacovella, y había tenido en su casa durante tantos años. ¿Un regalo, un obsequio, una donación? ¿En calidad de qué se lo dio al matrimonio Kirchner? La etiqueta del acto en la técnica y la gestión de las obras de arte no estaba clara. Es decir, siendo Tulio Jacovella el dueño original de la obra, encargada de forma directa a don Alfredo Bettanin en el invierno de 1972, el pase de manos a Solá había sido en aras de preservar el valor artístico y, sobre todo, la relevancia política. Y además, posiblemente, el reconocimiento de un paladar refinado y una capacidad propietaria del propio Solá que le garantizaba a los Jacovella una custodia interesada y política a la vez. El objetivo estaba cumplido, aunque a un costo alto. Es decir, la historia del país no proyectaba ni permitía imaginar un destino adecuado y respetable en una entidad pública, sobre todo en el pasaje de la dictadura a la democracia, donde cualquier atisbo de ligazón al Estado repelía cualquier iniciativa, pero a la vez la discreción o la guarda en las sombras impedía a un público más amplio conocer la obra, asignándolo a un goce o conservación de carácter privado. Todo lo cual podía tener sentido en una obra perteneciente a un autor de índole universal, a una celebridad del mundo del arte ajeno a los vaivenes políticos o comprometido pero una dimensión realmente contraria a los sucesos contemporáneos. Todo lo cual no parecía ser caso el caso de Alfredo Bettanin y su familia, las dos generaciones que lo habían sucedido, todos comprometidos y activos militantes, dirigentes y/o profesionales del medio argentino. Tal vez nunca se terminó de resolver la idea de cuál podría ser el interés del mundo del arte sobre la obra, ni tampoco el mundo comercial de galerías, y

mucho menos se logró acceder a un juicio crítico estético de la obra de especialistas de arte argentino y latinoamericano que lo pusieran en perspectiva con los autores de los últimos años, que imaginaran línea de trabajo entre Antonio Berni y Ricardo Carpani, entre Marcia Schwartz y Daniel Santoro. Es que mucha agua había corrido bajo el puente desde la época anterior del mundo y la Argentina a esta, y todo lo que pudiera mirarse, pensarse, entreverse tenía una técnica, un sabor, una paleta y una forma totalmente distintas, tal vez espejada, tal vez horriblemente opuesta, perdida para siempre. Incomparable. Sin embargo, lo que parecía haber primado en Felipe Solá habría sido no tanto la carencia de información artística, o la voluntaria decisión de pasarla por alto, sino, por encima de las cosas, la de utilizar el cuadro como una verdadera carta guardada, como un as en la manga.

En algún momento, Solá descubrió que el cuadro portaba un sentido específico. Múltiple en lo estético y en lo histórico, pero bastante unívoco en lo político. Había empezado a jugar en él una comezón que le añadía un subtexto a la tenencia del cuadro diferente a la mera contemplación de un panel escolar o de una acuarela divertida. De pronto, y a medida que pasaban los años y su incorporación personal a la política transcendía los campos y los cargos, las áreas y las responsabilidades, hasta llegar prácticamente a la cúspide del poder, se dio cuenta de que ese cuadro en sus manos tenía otro sentido y otra explicación. Después de mucho tiempo de preguntarse por qué había sido depositario del mismo y qué haría en adelante con semejante objeto, el ex secretario de Estado, ex diputado nacional y ahora gobernador de la provincia cayó en la cuenta de que la finalidad debía ser, ni más ni menos, que política. Ese cuadro mural era una pieza testimonial, un mensaje escrito en una botella que había sido arrojada al mar de los tiempos, y había viajado por océanos turbulentos de dolor y desencuentro, de crueldad y vindicación. Era, por encima de todo, una carta con un mensaje. Y esa carta debía ser entregada a un destinatario. Y acaso Solá no supo tempranamente quién o quiénes serían los depositarios de ese símbolo plagado de íconos de dos metros cuadrados por tres. Tal vez se preguntó por años a quién podía importarle esa explosión de escenas históricas. Tal vez creyó que el descarte mismo del tiempo, un agujero negro de la negación y el olvido, se tragarían a los acontecimientos y a los cuerpos que allí eran protagonistas de la historia argentina. Que nadie volvería a nombrarlos ni serían colocados en sitial alguno.

Hasta que un día la vida política le hizo conocer a Néstor Kirchner. Y le hizo seguirle el paso, jornada tras jornada. Presidente y gobernador. Uno junto al otro. A los ponchazos, contra viento y marea, como fueron esos primeros tiempos de la llegada de Kirchner al gobierno, y todo su tiempo después. Marcando el paso, haciendo sentir al entorno, a la dirigencia política, y por intermedio de actos y hechos al conjunto de la sociedad, que él era diferente. Que Kirchner era el primer presidente en mucho tiempo que subía y bajaba del lado del pueblo. Y sin duda esa comprobación, que Solá confirmó y certificó una y muchas veces al acompañarlo en recorridas, en medidas concretas, lo llevó a tomar una de las decisiones más importantes que tomaría en su vida política.

Hacía tiempo que se conocía su separación de Teresa González Fernández, con quien se había casado en 1982. Familia de buena posición económica, el cuidado y el disfrute de una interesante colección de obras de arte eran parte de las inquietudes compartidas entre Felipe y Teresa. Un día, tras mucha cavilarlo, el dirigente bonaerense decide obsequiar el cuadro mural de Bettanin a Néstor y a Cristina, en la seguridad de que está efectuando un acto de justicia poética y, acaso, de reparación. Piensa que tal vez tuvo ese cuadro tanto años porque debía dárselo a alguien, a quien correspondiera en mano, como si hubiese sido una verdadera misión. No era solo un tema de propiedad de la obra de arte sino del contenido político que había en las imágenes allí plasmadas, pero también en la historia del autor y sus hijos. Distanciado de Teresa González, entiende que dispone del cuadro y no se siente obligado a explicarle lo que hará. Algo había que hacer con esa obra, y ése algo era algo excepcional como su propia historia: decide regalárselo al matrimonio Kirchner.

Cuando Edgar Allan Poe, en su cuento *La carta robada*, revela al lector la técnica utilizada por el detective Auguste Dupin para encontrar la carta, señala que consiste básicamente en colocarse en la mente del autor de los hechos, no en interpretar los hechos desde una posición exterior que incluya la creencia de cuáles serían las mejores opciones para ocultarla, es decir, buscar diferentes sitios fuera de la vista inmediata de quien quisiera encontrar el objeto. Para Dupin es mejor penetrar en la forma de razonar de quien ocultó la carta antes que en el escenario donde fue ocultada. Pero la carta ha sido ocultada sin ser ocultada, y ésa es la primera paradoja del procedimiento de ocultamiento. La carta había estado allí, arriba de la chimenea, todo el tiempo. A la vista de quien quisiera.

Pero el relato sigue, y la mirada de Dupin, aquella que coincide con la verdad porque es la verdadera mirada, la que saca a la luz aquello que estaba oculto, sin embargo, no es la última mirada clave de la narración. La última mirada es la mirada del ministro, dueño de casa, ya que, al ser descubierta la maniobra por el detective, y la carta reemplazada por otra sin que él lo sepa, el ministro verá eternamente la falsedad de la carta pender de la chimenea de su casa, creyendo que es la verdadera carta que él robó.

¿Supo Felipe Solá por qué y a quién estaba obsequiando el cuadro? ¿Entendió que ese acto implicaba el traspaso de una verdad que emanaba como un símbolo del cuadro? ¿Pudo advertir que el símbolo no era solamente el contenido iconográfico del cuadro, ni siquiera su título, sino la tenencia en sí del cuadro? Algo había pasado con el cuadro, y no era solamente lo que allí había sido retratado y esbozado sino el movimiento posterior de la obra según el lugar que había ocupado. El sentido de las cosas pueden ser palabras, objetos, síntomas, relaciones humanas, nombres. Porque el sentido surge cuando se inscribe en alguna serie, al relacionarse con otros sentidos que a su vez estructuran un contenido mayor. Y el punto de apoyo, el momento y lugar de inscripción de ese sentido, es cuando se anuda a otro significado para una producir una significación superior, específica, nueva.

Tal vez Solá comprendió el significado político del cuadro como expresión artística, pero no adquirió de inmediato el significado último de lo que había producido al concretar su ofrenda. Tardó en darse cuenta del sentido profundo que había tenido su donación, y solo entró en su cabal saber y entender, el día en que vio la conferencia de prensa Kirchner desde la residencia de Olivos, al día siguiente de las elecciones parlamentarias de 2009. ¿Por qué? Porque dos años antes, a mediados de 2007, cuando se acercaba la finalización de los mandatos de ambos, Kirchner toma la decisión trascendente de no ir por la reelección y, a cambio, propone la candidatura de Cristina Fernández de Kirchner, hasta entonces senadora nacional, y primera dama. Felipe Solá ya no podía optar por la reelección como gobernador, y le quedaba como próximo paso en su carrera política el retiro, ocupar un cargo en el gabinete nacional, en el esquema de la diplomacia argentina, o directamente en el Parlamento. Esto lo ha contado en sus memorias el propio dirigente, y sobre las desavenencias que esta circunstancia le trajo con Néstor Kirchner. Finalmente, ese año encabezó la lista de diputados nacionales del Frente para

la Victoria por la provincia de Buenos Aires, posición que, de ganar, suele derivar luego, dentro del esquema de los oficialismos, en la ocupación de la presidencia de la Cámara de Diputados. Esto no ocurrió, y al poco tiempo inició un distanciamiento creciente con el kirchnerismo, que se acentuó sobre todo a partir de votar en contra de su bancada, el 17 de julio de 2008, cuando se debatía el proyecto de ley de retenciones móviles al sector agrario. Con serias divergencias, en noviembre de ese año anunció la decisión de separarse del bloque oficialista y formar uno propio con otros peronistas disidentes. Al año siguiente, en las elecciones de medio término, volvería a presentarse como candidato a diputado, pero esta vez en una lista opositora, acompañando en segundo término a Francisco De Narváez. Kirchner, por su parte, que ya no ocupa ningún cargo electivo, decide encabezar personalmente la lista oficial en la provincia de Buenos Aires. Y hasta allí van, cada uno por separado, en listas distintas, hasta el día de la elección. Para el gobierno, es una jornada dramática. A solo dos años retirarse con los niveles más altos de aprobación hacia un presidente de los que se tenga memoria, Kirchner baja al llano y pone el cuerpo, dispuesto a defender el gobierno de Cristina, asediado por todas partes. Solá, que también ha dejado hace poco la gobernación, pone el cuerpo contra el gobierno que hasta hace muy poco no imaginaría enfrentar. Es un choque de trenes, aunque disimulado porque a la cabeza de la lista hay otro nombre y Solá va segundo. Para el gobierno es el todo por el todo, para el resto del sistema político también es todo. Y Kirchner pierde por dos puntos. Y gana la lista de Solá.

Hay una explicación para todo, pero seguramente hay una parte de los actos que no podemos explicar completamente. Tomamos decisiones haciendo un cálculo de posibilidades y efectos, pero tal vez no todo queda elaborado de antemano. Pero sí es posible inferir que la respuesta política y personal que toma Néstor Kirchner esa madrugada en que pierde las elecciones ante De Narváez y Solá, posee una fortaleza y una debilidad impresionantes. Como casi todas las decisiones políticas que se le han conocido. Porque lo primero que anuncia Kirchner es su renuncia al Partido Justicialista, que muchas veces se toma por metonimia del peronismo, pero del cual es apenas un signo más. Y esto Kirchner siempre lo supo. Y acto seguido, nombra en su lugar a Daniel Scioli y a Alberto Ballestrini, dos personajes menos conocidos que los liderazgos bonaerenses hasta entonces vigentes, el primero un recién llegado a la provincia, y en el segundo caso un

dirigente territorial de La Matanza. Pero lo impactante de esa conferencia, de las que hay fotos y evidencias muy explícitas, es que se realiza en una sala de la residencia de Olivos, utilizando como telón de fondo nada más y nada menos que el cuadro de Bettanin. Como si Kirchner quisiera darle un mensaje privado, en público, a Solá. Como si le dijera, de alguna manera: “Me ganaste las elecciones, pero me quedé con el cuadro”.

Pero podemos pensar algo más. ¿Decía el cuadro algo específico sobre el peronismo? Es claro que en la historia política que trabaja el cuadro, el tercer lugar histórico lo ocupa Perón y el movimiento peronista. En este sentido, podría decirse que Kirchner le sugiere que no se confunda, que el peronismo ha quedado de su lado. Frente a eso, el primer gesto de asombro de Solá pudo haber sido, precisamente, esa comprobación. Les he regalado el cuadro a Néstor y Cristina, ya no hay vuelta atrás. Sigue sin resolverse un significado último y definitorio: ¿cuál es el sentido del cuadro y por qué no ha podido verse públicamente, enseñado, apreciado, disfrutado por el pueblo, en un espacio público, en un Museo? ¿Qué representan esos jóvenes que rodean al Perón grande, hombre mayor, de civil, previsiblemente el del regreso, ya mítico, el tercer Perón? Son jóvenes armados, con libros y fusiles. Son de la JP y de la Tendencia. Y entre los jóvenes que rodean a Perón se encuentran dibujados los hijos de Alfredo Atilio Bettanin, militantes montoneros. Y esta escena se recorta del conjunto al poseer una evidente impronta contemporánea, actual, que la destaca del resto de las figuras y emblemas. Y que por lógica es la escena presente, la última, la que remata el destino histórico del cuadro. Podemos arriesgar que el significado último del panel histórico de Bettanin es la expresión de Evita: “El peronismo será revolucionario o no será”. ¿Es por esta razón que Felipe Solá les regaló el cuadro a Néstor y a Cristina? ¿Había encontrado por fin, después de tantas décadas, a quien realmente volvería a encauzar al peronismo en su vertiente revolucionaria, transformadora, estandarte del movimiento nacional?



Dossier. Día de la independencia

¿Para qué sirve la historia?

9 DE JULIO DE 2025

El pasado 1 de julio –a propósito del Día del Historiador–, el historiador, docente y escritor Federico Lorenz compartió en las redes sociales el célebre comienzo de Apología para la historia o el oficio del historiador de March Bloch, en el que el fundador, junto a Luciene Leuvre, de la Escuela de los Annales, recuerda una anécdota de unos años atrás en la que un niño le pregunta a su padre: “Papá, explícame para qué sirve la historia”.

En el mundo de las fake news y de la inteligencia artificial y en medio de los fuertes ataques del gobierno a las universidades, al periodismo y a las instituciones de ciencia y tecnología, quisimos recuperar esta vieja pregunta y formularla a algunos historiadores. Y entonces: ¿Para qué sirve la historia?



La historia nunca se repite

FELIPE PIGNA (UNGS)
9 DE JULIO DE 2025

Vivimos tiempos de profundos cuestionamientos a valores que creíamos instalados definitivamente en el haber de la sociedad argentina. El pronunciamiento de la sentencia del Juicio a las tres primeras juntas de la última dictadura en diciembre de 1985, calificándola como perpetradora de “un plan criminal perpetrado por de Estado” ratificado por sucesivos juicios y condenas los represores; los derechos soberanos nacionales sobre las Islas Malvinas; la defensa del ecosistema; las cuestiones de género y la historicidad de nuestros pueblos originarios, parecían formar parte del patrimonio de una sociedad adulta que había aprendido de las lecciones de la historia. Pero, desde el regreso del neoliberalismo al poder en 2015 se puso en marcha una campaña mediática que se sostuvo

en el tiempo y recibió, últimamente, el “invalorable” aporte de los neofascistas autodenominados “libertarios”.

La idea no tiene nada de novedosa y se inscribe en la corriente negacionista europea de los años 80 del siglo XX, encabezada por el “historiador” inglés David Irving que insistía en negar el Holocausto hasta que fue condenado por los tribunales. Esta vertiente reapareció con fuerza alentada con la llegada al poder de personajes como Donald Trump o Jair Bolsonaro, que se presentaron orgullosamente en sociedad como racistas, misóginos, fascistoides, enemigos declarados de los defensores del medio ambiente y necios negadores del evidente y dramático cambio climático.

Es en este clima es que debemos, quizás más que nunca, enseñar historia dentro de un modelo escolar añejo y en crisis. La crisis del modelo escolar es de vieja data, pero hoy en día presenta signos inequívocos. La segmentación social dentro del sistema educativo, particularmente en las grandes áreas urbanas es impresionante. La escuela pública, hoy alberga fundamentalmente a los estratos sociales más bajos de los sectores populares, a un porcentaje de la clase media empobrecida. Por lo tanto, los diagnósticos sobre el sistema educativo deben hacerse teniendo en cuenta esa fragmentación que determina la calidad del sistema educativo según el estrato social al que se pertenece. No hay “una” educación y no hay “una” escuela sobre la cual teorizar. Pero si podemos decir que el modelo educativo vigente con su modelo expositivo, que brinda un exclusivo protagonismo al docente, como portador del conocimiento y al alumno como receptor pasivo, atrasa décadas. La escuela hace décadas que ha dejado de ser la fuente única del conocimiento para el alumno que tiene a su alcance diversas fuentes de información sobre cada una de las materias dictadas en el sistema formal, particularmente las del área de ciencias sociales. Programas de TV, productos especiales de YouTube y podcasts y últimamente videos de Tik Tok, compiten “deslealmente” con la exposición docente.

Lo primero que deberíamos tener en cuenta es que el acto educativo es dialéctico y que, sin el ida y vuelta necesario, la elaboración de conceptos propios por parte del alumno, que es nuestro principal objetivo, se hace imposible, más allá de las evaluaciones, expresiones efímeras que no reflejan un real conocimiento del tema. Recordemos nuestra época

ca de estudiantes lo que nos ocurría, en la mayoría de los casos, cuando terminábamos de dar un examen con el contenido estudiado para el mismo.

Creo que debemos incorporar a nuestra clase todos esos elementos de los que el alumno dispone y sobre todo escuchar sus inquietudes sobre los temas a desarrollar. Ante todo, en nuestra disciplina, cuando hablamos de historia argentina, dejar en claro que aquellos hechos y procesos que a nuestros alumnos le parecerán lejanos y ajenos, ocurrieron en este espacio y no en una galaxia muy, muy lejana. Eso ayudaría a entender la continuidad, que somos producto de lo que fuimos, que nuestro pasado se hace presente condicionando y en algunos casos determinando nuestra cotidianeidad. Y también permitiría discutir ese concepto expresado tan frecuentemente por los medios: “la historia se repite”. Si bien las similitudes entre procesos pasados y presente resultan tentadoras para expresar esa frase, por ejemplo, la crisis de 1890 con la de 1989 o la del 2001, es importante argumentar que la historia nunca se repite, sino que en realidad continúa y que la persistencia de ciertas causas estructurales determina efectos similares en distintos momentos. Pero no es una repetición, es una continuidad que hace necesaria su detección lo que permitirá hablar de los problemas estructurales de la Argentina.



La historia como intervención crítica frente a un presente hostil

FEDERICO CORMICK (UBA/CONICET/UNM/UNPAZ)
9 DE JULIO DE 2025

No parece un hecho fortuito que la pregunta por el sentido de la historia de uno de los más destacados historiadores del siglo XX, el medievalista Marc Bloch, fuera lanzada en las excepcionales condiciones de su detención por el nazismo como miembro de la resistencia. Quien junto a Lucien Febvre, abriera paso en Francia a esa revolución historiográfica antipositivista que fueron los Anales, sostenía entonces que la *ciencia de los hombres en el tiempo*, necesitaba *unir el estudio de los muertos con el de los vivos*. Al caracterizar *El oficio del historiador*, Bloch apostaba a la convergencia entre una comprensión del presente desde el cual se hacía historia y una rigurosidad profesional que se emancipaba del imaginario de leyes regulares de la humanidad. En esta senda, la pregunta *Historia para qué* orientó una influyente compilación mexicana de los años '80 que

ponderaba la complementariedad entre una función teórico-explicativa de la historia y una función social que estaba atravesada por las disputas presentes de proyectos sociales, y alentó también un ciclo de debates argentinos que 30 años después retomaron aquellas aspiraciones, destacando la influencia de la enseñanza, la investigación, el estudio y la divulgación de la historia para la formación de un pensamiento crítico.

Si en cada uno de estos momentos, las y los historiadores buscaron clarificar las respuestas que la historia podía dar a las crisis disciplinares (y humanitarias), el escenario contemporáneo parece profundizar aquella demanda. En un mundo atravesado por fake news y discursos ultra-breves para redes sociales, el uso público de la historia parece alejarse aún más de las dinámicas de la academia. Sin embargo, son esas mismas condiciones las que ponen de relieve la potencialidad de una intervención crítica desde la historia frente a una realidad hostil. En un sentido primario, la historia da herramientas para el conocimiento de experiencias reales en un campo minado, no solo por interpretaciones en disputa, sino por mentiras abiertas que se despliegan a fuerza de repetición hipermediatizada. Evidentemente la historia tiene herramientas para reconocer la irrealidad de aspectos del pasado que hoy son desplegados como justificaciones del presente y de proyectos futuros (ya que conoce, por ejemplo, que Argentina no fue primera potencia mundial, ni Hitler dirigió un proyecto socialista). Pero además, aunque no puede anticipar el futuro, la historia aporta pistas de lo que somos como comunidad, de las prácticas que podemos desplegar, desde intensas solidaridades hasta políticas genocidas, que permiten someter a crítica el presente de nuestras definiciones y proyectos, y evaluar perspectivas futuras de sociedad. Si ambas dimensiones implican un trabajo comprometido de las y los historiadores, a ello se suma en la hora actual la responsabilidad ética de defender aquellos ámbitos de producción y difusión histórica y científica (CONICET, Universidades, Centros de memoria, Museos históricos) que están siendo desguazados, poniendo un dique de contención a la desmemoria y al culto ideológico de la ignorancia, aportando con ello a una perspectiva social crítica y solidaria para nuestro país.



La pasión por narrar y contar historias

FABRICIO LAINO (EIDAES-UNSAM/CONICET/UNPAZ/UBA)
9 DE JULIO DE 2025

Más que cuestionarnos para qué sirve la Historia, quizás la pregunta sea por qué nos gusta tanto: por qué la necesitamos casi como una pulsión vital. En todas las sociedades de las que tengamos registro ha existido una evidente pasión por escuchar y narrar historias, y entre ellas estuvieron siempre, en un lugar destacado, aquellas que rememoran acciones, grupos y personas notables del pasado.

Este impulso nace en principio, creo yo, de la simple curiosidad. La voluntad de saber nos ha llevado durante siglos (y aún hoy) a intentar desentrañar los misterios de pueblos y civilizaciones cuya historia se difumina en los pliegues del tiempo. En una época dominada por la lógica utilitarista, es indispensable reivindicar el mero deseo de conocer,

de formular preguntas y buscar respuestas, como una de las mayores virtudes humanas, motor del desarrollo intelectual y científico y de los progresos sociales y políticos.

Es evidente, con todo, que el impulso por registrar, narrar y rememorar el pasado se vincula también con factores sociales más profundos. “El pasado nunca muere. Ni siquiera ha pasado”, escribió alguna vez William Faulkner. Lo que somos aquí y ahora es la consecuencia de las muchas cosas que hicimos y fuimos en el pasado; de lo que nos enseñaron, lo que aprendimos, lo que elegimos, lo que rechazamos. Nuestro pasado nos habita como una fuerza espectral que nos rodea y se hace *presente* en sus múltiples efectos, incluso cuando no seamos plenamente conscientes de ello. Así también el pasado de las sociedades se manifiesta en su presente: procesos, ideas y figuras históricas continúan moldeando la realidad social, económica, política y cultural.

Volver la mirada hacia ese pasado, de manera atenta y crítica, nos puede ayudar entonces a comprender mejor nuestro presente. Pero todavía hay más: si el pasado ha forjado lo que *somos*, recordarlo de cierto modo será indudablemente parte constitutiva de nuestra identidad. Esa trama de recuerdos compartidos constituye la memoria colectiva que da sentido de pertenencia a un grupo. Por supuesto, como las sociedades son heterogéneas y están marcadas por múltiples fracturas y conflictos, no hay una sino múltiples memorias, en ocasiones antagonistas, encarnadas por distintos grupos sociales.

Es en esa incesante y disputada elaboración del pasado, impregnada de la voluntad de saber y la expectativa de comprender(nos), que se inserta la Historia como disciplina. Mediante un método crítico y sistemático de análisis y contraste de fuentes, las y los historiadores profesionales buscamos contribuir al conocimiento colectivo. La disciplina histórica va más allá de las anécdotas y las fechas, para reconstruir procesos, explicar causas y comprender a los actores sociales.

Conocer el pasado nos permite decidir qué preservar, qué transformar y qué dejar atrás. Nos muestra que lo que hoy consideramos natural —la democracia, los derechos, las libertades— no cayó del cielo, sino que es fruto de batallas libradas antes que nosotros. Y es precisamente esa capacidad de interpelar críticamente el presente y abrir caminos para imaginar el futuro lo que convierte a la Historia en un saber fundamental en los tiempos que corren.



El conocimiento histórico como herramienta de transformación social y popular

PAULA KLACHKO (UBA/UNLP/UNPAZ/UNDAV)
9 DE JULIO DE 2025

La historia es la política del pasado. La política es la continuidad de la guerra y de la economía por otros medios. La historia es la arcilla con la que se ha construido el presente, que es parte y resultado del flujo histórico. A la historia la revisamos e interpretamos desde los desafíos y alineamientos del presente.

Conocer la historia es desandar las raíces profundas que nos trajeron hasta aquí desde la dialéctica de la lucha de clases. En todo tiempo y lugar somos las personas las que forjamos la historia, pero no lo hacemos a nuestro libre arbitrio, bajo circunstancias

elegidas por nosotrxs mismxs, sino bajo aquellas que existen y nos han sido legadas por el pasado,¹ especialmente las condiciones económicas.

La historia puede ser entendida como una multiplicidad de “innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante: el acontecimiento histórico”.² Y a pesar de que algunas corrientes historiográficas ponen el énfasis en las trayectorias individuales de grandes personalidades, estas no son más que personificaciones de los intereses en disputa y de las relaciones fuerzas de cada momento histórico en el que los sujetos protagonistas son colectivos humanos. La lucha de clases se manifiesta así mediante enfrentamientos sociales librados entre fuerzas social-políticas (alianzas de diversas fracciones sociales de distintas clases sociales) cuyo carácter de clase está dado por la fracción que conduce la alianza.

No hay ciencia social que pueda desarrollarse sin el conocimiento histórico como base, al tiempo que la historia no puede entenderse sin las dimensiones económicas, políticas, culturales, sociológicas y otras que configuran cada situación, hecho o proceso histórico.

Desde su nacimiento oficial, las ciencias sociales y humanas, ligadas a la preocupación de las nuevas clases dominantes burguesas por la generación y consolidación de un nuevo orden social, fueron artificialmente fragmentadas y formateadas por el positivismo. Luego del auge en el siglo XX de importantes corrientes teóricas que abordaron desde distintos paradigmas la comprensión y explicación de las totalidades sociales, con la unipolaridad emergente del triunfo del capitalismo en la guerra fría, a partir de 1990, se retoma y se refuerza esta operación fragmentadora. El giro posmoderno nos llevó a un relativismo y subjetivismo a ultranza, banalizando la explicación sociohistórica a través de la moda de la microhistoria, la microsociología, etc. Los hechos abordados aisladamente resultaban totalmente irrelevantes, como pequeñas parcelas sin conexión entre sí. La ciencia social hegemónica anestesiada y superficial dejó de ser una herramienta útil frente a las catástrofes sociales de miseria humana que traía el capitalismo imperialista recargado y salvaje en su fase neoliberal. Pero hubo resistencias y nuestras disciplinas

1 Marx, K. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, cap. 1, ediciones varias.

2 Engels, F. (septiembre de 1890) Carta a José Bloch. Königsberg, Londres.

en América Latina renacieron con vigor de la mano del revisionismo histórico del ciclo progresista del siglo XXI.

La historia es campo de disputa y como toda actividad humana se realiza (seamos conscientes o no) a favor y desde una concepción del mundo: marcos teórico-políticos, que, en tanto conocimiento acumulado de la humanidad, siempre están en construcción. Es por eso que no existe neutralidad, pero sí objetividad científica. Cada historiadorx, como intelectual orgánicx, deberá “decidir a qué intereses, y por lo tanto a que fracciones o clase social, a qué campo, a qué bando, tendrá como referente de su actividad como intelectual; y, por lo tanto, cuáles serán los problemas fundamentales que deberá abordar y con qué instrumentos”.³ Se van alcanzando grados de aproximación a la verdad sobre los hechos de la realidad histórica que nos explican el entramado del presente, nos muestran los mecanismos de dominación del pasado y las experiencias de resistencias y luchas populares acumuladas. No empezamos de cero: aprendamos de la historia.

3 Iñigo Carrera, N. (octubre de 2000) ¿Qué Historia? ¿Qué militancia? En *Jornadas Historia y militancia*, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).



La historia como principio de ilusión

NATALIA CASOLA (UBA/CONICET/UNTREF)
9 DE JULIO DE 2025

La historia como principio de ilusión: lo que hoy es, dejará de ser inexorablemente. En tiempos como el que nos toca vivir, plenos de incertidumbre y con la sensación de habitar la precuela de una distopía, aferrarnos a este principio de mutación es una invitación a la acción transformadora, a pensar las crisis como momentos para reinventar el deseo, para la creación. La historia hace su aporte al presente mostrando que el pasado (los pasados) dejó una huella, un movimiento de continuidad en el constante cambio. El registro narrativo de ese hilo rojo que une la trama humana no es otra cosa que la experiencia, el pensamiento y la capacidad de creación de quienes estuvieron antes. Marc Bloch decía que allí donde huele la carne humana el historiador sabe que está su presa. Pienso que en esa oración la palabra clave es “huele”. El olfato como un sentido absolutamente neces-

sario para calibrar qué clase de química humana estaba presente en un momento, lugar y situación determinada. Qué ideas, miedos, odios, imperativos y sueños se adueñaban de una situación. Para entender por qué lo que en un momento resulta inenarrable, en otro, se vuelve parte del paisaje naturalizado. En un sentido opuesto, también, por qué lo que parece imposible se transforma en una necesidad impostergable. Lo primero pasa con las tragedias y lo segundo con las revoluciones. Por eso, nunca dejan de convocar preguntas, porque en su propia excepcionalidad anida la certeza de que siempre es posible otro escenario. Pero, la historia también sirve para combatir el narcisismo con que muchas veces transitamos el presente. Hay un chiste de historiadores que remata con: “es más complejo”. Y sí, siempre es más complejo. No somos ni los que menos, ni los que más sufrimos. La historia oral, las canciones, la literatura y el arte están ahí para recordarnos que cada generación vivió su tiempo con ciertas dosis de pesadumbre y de temor al futuro, pero también con esperanza de dignidad. De que la vida valiera de algo, que fuera digna de acciones nobles y útiles para las generaciones siguientes. Quizás por eso la historia y la memoria, que no son lo mismo, caminan siempre de la mano. Entonces, ¿para qué sirve la historia? Para entender que siempre, pero siempre, podemos construir otra posibilidad.



Toda historia es política

MAXIMILIANO MOLOCZNIK (UNO)
9 DE JULIO DE 2025

La utilidad de la Historia está dada por ser esta disciplina una de las herramientas indispensables para comprender la Política. La Historia es, en realidad, la política del pasado y la política es la Historia del presente. Es innegable la continuidad entre Historia y Política porque si desconocemos de dónde venimos y quienes fuimos como país no podremos comprender nunca donde estamos y, mucho menos, hacia dónde vamos.

Entiendo también a la Historia como a una militancia, por ende, no suscribo la idea de que la escritura de la Historia quede exclusivamente en manos de sectas académicas encapsuladas en pequeñas capillas alejadas de la vida y del sentir de nuestro pueblo. Estas sectas son las que producen esos papers insulsos y anodinos que habitualmente

leemos, socializados en cenáculos cerrados y en “*discusiones de entendidos*”. Creo que la escritura de la Historia debería ser una suerte de un campo de batalla en el cual deberían poder confrontarse (si tuviéramos una democracia sana, madura y pluralista) distintas hermenéuticas sobre el pasado, respetando, naturalmente, el rigor metodológico, la rigurosidad heurística y la ortodoxia del método.

No creo tampoco en la objetividad del historiador, creo en su honestidad intelectual, por eso, no suscribo que existan pequeñas “*vanguardias iluminadas*” que, sintiéndose portadoras de la supuesta antorcha olímpica del saber científico, utilicen los recursos del estado para “cobrar peajes historiográficos” que no son otra cosa que la fachada que usan para defender celosamente el monopolio sobre las becas, los cargos y los recursos del Estado con la excusa de “proteger” al campo intelectual del “virus” de la subjetividad ideológica y política.

No creo tampoco ni en falsas “*neutralidades valorativas*” ni en la Historia creada por esas “manos expertas” de los burócratas de las Academias, casi siempre dedicados también a validar producciones historiográficas socialmente irrelevantes o a pontificar desde sus púlpitos estableciendo el canon y los sellos de científicidad de las producciones haciendo alarde de un poder casi inquisitorial.

En suma, como estoy persuadido de que en el estudio de la Historia está contenida la disputa por el presente creo que no es posible practicar ni la “asepsia hospitalaria” ni “la ciencia libre de valores”, por ende, sostengo (y así lo he hecho toda mi vida) que hay que escribir la Historia desde los márgenes de la cultura oficial. El historiador, en mi concepción, debe ser un libre pensador, un francotirador agazapado en los techos, dedicado a producir pensamiento crítico que aporte a la tarea intelectual y política de construir los caminos para lograr la liberación nacional y social de nuestra querida Patria Chica argentina y de nuestra Patria Grande latinoamericana.



Presente, pasado, porvenir

MARCOS SCHIAVI (PARIS 8/UBA/UNLP/UNTREF/UNDAV/UNAJ)
9 DE JULIO DE 2025

Primero, citamos a Benjamin, a Cooke y a Eliot según Emilio Renzi: “El cronista que hace la relación de los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños responde con ello a la verdad de que nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por perdido para la historia”. “Es decir que el pasado está presente. Pero el pasado es raíz y no programa; el pasado es el reconocimiento de los pueblos consigo mismo que se hace muy agudo en las épocas revolucionarias, pero no es la vuelta al pasado, es la proyección del pasado hacia el porvenir, porque el presente envuelve el pasado y encierra también el porvenir”. “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo tal como verdaderamente fue. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relumbra en un instante de peligro”. “We had the experience but missed the meaning. And approach to the me-

ning restos the experience”. “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío sino el que está lleno de “tiempo del ahora”. Así, para Robespierre la antigua Roma era un pasado cargado de “tiempo del ahora” que él hacía saltar del *continuum* de la historia”.

La historia sirve para muchas cosas, está claro. En este caso elijo centrarme en que la historia nos obliga a pensar en el tiempo. Es de lo que está hecha. Nos lleva a pensar en el ovillo que une el pasado, el presente y lo que está por venir. Frente a la ansiedad de una época que pide todo el tiempo una alquimia ahistórica que construya felicidad sin mayores luchas ni antagonismos, la historia es genealogía, fricción y experiencia. Es tiempo. Uno no homogéneo, no lineal, uno donde podemos vivir todos los días como si fueran el mismo interminable día, pero que ante momentos bisagra, la cadencia cambia y se acelera radicalmente. Corre para adelante pero también (sobre todo) para atrás: una época en búsqueda de sus pasados. El 17 de octubre fue un típico día bisagra, también el 29 de mayo. La historia nos enseña sobre la paciencia, sobre lo inevitable de atravesar experiencias para poder tomar conciencia, mientras a su vez nos refuerza la necesidad de la interpretación teórica de esa misma experiencia.

La historia sirve para proyectar. Cualquier programa político que mire hacia el futuro necesita una raíz, pues, recordemos, la política se reproduce por gajos, no por semillas. Ese programa debe incluir lo perdido, ya que los proyectos derrotados son parte necesaria de cualquier victoria, les dan forma. ¿Acaso la Constitución mexicana de 1917 no es también resultado de los ejércitos vencidos de Villa y Zapata? Ese programa modela a su vez su pasado, le marca fronteras, se apodera de una parte, sacrifica el todo. Elige su génesis. En síntesis, la historia sirve para definir a que fragmentos de nuestras experiencias queremos volver cuando llegemos al porvenir.

Tiempo y programa; paciencia, experiencia y teoría. Cómo citamos antes, el pasado es el reconocimiento de los pueblos consigo mismo: para pensar las derrotas, para soñar sus revoluciones, la historia es felizmente indispensable.



El barro de lo que fue

MARA ESPASANDE (UNLU/UNLA)
9 DE JULIO DE 2025

El viejo apotegma “la Historia es maestra” ha resonado durante mucho tiempo en el imaginario popular, al igual que aquella fórmula escolar que sostiene que “la historia sirve para no repetir los errores del pasado”, aunque sabemos que no se trata de simples “errores”, sino de acciones deliberadas, planificadas y ejecutadas por quienes se beneficiaron de ellas. En todo caso, el pasado emerge como portador de una sabiduría a la cual los y las historiadoras deberíamos ser capaces de interpretar y transmitir.

Sin embargo, desde finales del siglo XX y con la crisis de la modernidad en Occidente, el vínculo de los pueblos con sus pasados ha sufrido un paulatino pero constante debilitamiento. En pleno proceso de cuarta –o incluso quinta– revolución industrial, donde lo

que acontece en el presente es susceptible de fácil manipulación, cuánto más el pasado, cuyo abordaje implica necesariamente, la mediación de las fuentes y los vestigios de otros tiempos.

Paradójicamente, la segunda década del siglo XXI en el mundo Occidental ha estado marcada por la emergencia de nuevas (o no tan nuevas) derechas que apelan a la Historia, una pieza central en su construcción discursiva e identitaria. Un pasado que se considera “glorioso”, “perdido” como consecuencia de los avances sociales del siglo XX. Así, la disputa por la interpretación del pasado vuelve a ser parte del debate público, recordándonos que hablar (o *hacer*) Historia es también hablar (o *hacer*) Historiografía. Ya nos alertaba Arturo Jauretche que existía una Política de la Historia mediante la cual los sectores dominantes habían inculcado una cierta imagen del pasado y que por eso resultaba necesario reflexionar sobre “la importancia política del conocimiento de una historia auténtica; sin ella no es posible el conocimiento del presente, y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro”. El vínculo entre lo que fuimos, los que somos (y estamos siendo) y nuestro devenir se encuentra íntimamente ligado al sentido de conocer y estudiar nuestra Historia. Agrega este pensador nacional: “porque el hecho cotidiano es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será, que no por difuso es inaccesible e inaprensible”.

Hacer inteligible quienes somos como comunidad nacional, qué conflictos nos atravesaron, qué intereses se enfrentaron a lo largo del tiempo, constituye, sin dudas, un aporte que la Historia seguirá brindado aun en tiempo de la IA. En una obra reciente, Patrick Boucheron afirma: “la historia es también, más que cualquier otra cosa, el arte de dosificar las sorpresas”. En un contexto marcado por la aceleración y el volumen creciente del flujo informativo, volver la mirada hacia atrás, analizar los cambios, pero también las continuidades y los procesos de lenta transformación, puede darnos claves para comprender el vertiginoso presente. Así, evitaremos que cada acontecimiento no resulte un hecho “sorpresivo” dejándonos en una actitud contemplativa o de inacción. Todo lo que sucede, como decía Jauretche, tiene sus orígenes *en el barro de lo que fue*. Sumergirse allí aportará herramientas valiosas para analizar lo que hoy nos ocurre y ser capaces de no rendirnos ante la aparente inevitabilidad de lo que acontece.



La historia siempre vuelve del futuro

HERNÁN BRIENZA (UNA/UBA/UNLP)
9 DE JULIO DE 2025

Creo que la historia sirve en su propio contexto, es decir, la historia sirve si hay futuro. Y por supuesto, sirve para todas esas cosas que se dicen, que decimos siempre, esos lugares comunes que se dicen: para no repetir errores, para pensar alternativas en el presente y en el futuro. La historia sirve para para construir identidad. Sirve en efecto para todos esos lugares comunes que siempre decimos que sirve la historia. Pero creo, fundamentalmente, que la historia sirve en su contexto. Y sirve si el contexto, si el presente tiene sentido. Si ese presente tiene sentido, y ese futuro tiene sentido, la historia recupera su sentido, su sentido verdadero, no su sentido museológico, ese que está más vinculado a la especulación sobre qué ocurrió en un tiempo diferente al nuestro. Creo que la historia sin el presente y sin el futuro es un mero deporte. Un deporte intelectual, pero un deporte al

fin. Un juego. La historia tiene sentido si podemos proyectar esas experiencias hacia el futuro, pero en un momento en el cual el mundo parece no tener futuro. Y cuando digo “no tener futuro” no me refiero a no tener días por venir, sino a no tener la posibilidad de cambiar el presente. A no imaginar otro sistema que el que estamos viviendo. A no imaginar otra forma de vida que la que estamos teniendo. El fin de la historia es justamente eso: no poder imaginar un futuro diferente. Y habría que preguntarse, tendríamos que preguntarnos, todos, si, en términos contextuales, no estamos ante un fin de la historia. Aunque la historia siempre vuelva. La historia siempre vuelve. Pero creo que no vuelve del pasado. La historia siempre vuelve del futuro.



Alfredo, las historias, la Historia y cambiar el mundo

KARIN GRAMMÁTICO (UNAJ/UBA/UDESA)
9 DE JULIO DE 2025

No recuerdo el momento exacto ni las circunstancias en que me enteré que mi abuelo Alfredo, el papá de mi mamá, era analfabeto. Sí, en cambio, la congoja que me embargó cuando lo supe. Tristeza porque tenía impedida la posibilidad de que las palabras lo llevaran a conocer el fondo del mar con un submarino, o a alegrarse con las aventuras de un marinero en Malasia. Jamás pudo escribir una tarjeta de Feliz Día de la Madre, ni una carta de amor a Ilda, mi abuela. Y, sin embargo, había otra pena que me afectaba: no hacía mucho en la escuela nos habían enseñado que la Historia comenzaba con la escritura. Entonces, ¿Alfredo no tenía historia? Pero sí la tenía. ¿Quién la iba a escribir?

Adoraba escuchar las historias de mi familia: la llegada de mis abuelos maternos a Buenos Aires desde la provincia de Entre Ríos, a mediados de los años cuarenta. Los carnavales de mis padres, por entonces novios, en el Club Sol de América de Ciudadela en los años sesenta. Las aventuras de mi tío Jorge en el taxímetro. El descubrimiento de que podía haber gente “sin historia”, dio lugar a un nuevo deseo. Ya no alcanzaba con escuchar.

Aquella inquietud infantil reverbera en el presente de mi oficio. Hice de la propuesta de Joan Kelly-Gadol de “restituir a las mujeres en la historia y devolver la historia a las mujeres”, mi camino historiográfico.

La historia no posee una utilidad práctica ni es eficiente en los términos que requiere la lógica capitalista, pero nos ofrece algo más valioso: permite rescatar del olvido las voces que fueron silenciadas, las experiencias que no encontraron lugar en los grandes relatos oficiales, en el discurso de los vencedores.

La historia no es el túnel del tiempo ni una mera contemplación de lo pretérito. Vamos a ella porque nos preocupa el hoy. Tenemos en el pasado un repertorio de experiencias humanas dispuestas para pensar el presente y para imaginar futuros. Nos ayuda a comprender que lo que parece natural e inevitable es en realidad histórico y, por tanto, se puede transformar.



La historia como forma de resistencia

ELÍAS PALTÍ (UNQ/UBA/CONICET)
9 DE JULIO DE 2025

¿Para qué sirve la historia? Una pregunta difícil. Viene ya cargada, además, con un supuesto implícito. Lo que se lee por detrás de ella es ¿para qué el estudio del pasado nos sirve al presente? Dicho de otra forma, ¿la práctica historiográfica tiene realmente alguna utilidad o se trata de una mera vocación de anticuario? Apelar al lugar común de que el conocimiento del pasado resulta necesario para evitar cometer los mismos errores, etc., sería la opción más sencilla, pero también la menos productiva. Ayuda poco o nada a reflexionar acerca de las complejas relaciones entre pasado y presente.

Sería también la opción menos convincente para los historiadores profesionales recelosos de aquellas perspectivas que tienden a proyectar sin más sobre el pasado nuestras propias

preocupaciones presentes, tratando de encontrar en él respuestas que nos resulten aún válidas. Esto, se piensa, supondría el borramiento mismo de la historia. La práctica histórica podría definirse, precisamente, como el arte de establecer distinciones. No sería un buen historiador quien no pudiese discernir, por ejemplo, el siglo XVII del siglo XXI, o pensase que las soluciones practicadas entonces podrían replicarse en un contexto ya muy distinto como el actual; en fin, como si el tiempo transcurrido desde entonces fuera algo indiferente, algo que pudiese llanamente desdeñarse.

Lo que cabría plantearse aquí es ¿por qué, por ejemplo, la expresión de “el arte por el arte” pudo legitimarse socialmente pero no la del “conocimiento histórico por el conocimiento histórico”?, ¿por qué el simple afán de saber está tan desacreditado en este campo? Sabemos, por otro lado, de la imposibilidad de trasladarnos al pasado, que nuestras visiones del mismo se encuentran siempre condicionadas por el lugar desde donde lo miramos. Aun así, me resisto a aceptar que la escritura histórica sea un mero reflejo narcisista de nosotros mismos. Más precisamente en mi rol de historiador intelectual, el interrogante que nos atormenta a quienes trabajamos en este campo de estudios es: ¿hasta qué punto podemos realmente acceder a las ideas de quienes nos precedieron sin confundirlas con las nuestras? Una pregunta opuesta a la anterior pero no menos difícil de responder.

Debo confesar, sin embargo, que tampoco pude resistir a la tentación (o quizás al chantaje) de tratar de justificar mi labor como historiador intelectual en función de sus posibles repercusiones presentes. Mi respuesta ante tamaño desafío pasa por el intento de unir ambos interrogantes: es precisamente la capacidad de acceder a ideas y universos conceptuales muy distintos a los nuestros, evitando confundirlos, lo que nos permitiría cobrar conciencia respecto de la relatividad de nuestros propios valores, formas de vida y de pensamiento presentes, esto es, desnudar la radical contingencia de sus fundamentos, desnaturalizarlos. Esto sería, pues, para lo que la historia serviría.

Sé también que es esto lo que despertaba el resquemor de Nietzsche, lo que percibía como el mayor peligro del historicismo. Como decía en *Uso y abuso de la historia*, todo organismo solo puede aceptar la dosis de historia que pueda resultar asimilable a su metabolismo, más allá de lo cual se vuelve mórbido. Y quizás tenga razón. Hay

algo morboso en esta impenitente vocación por minar nuestras certezas más arraigadas, aquellas sobre las cuales descansa nuestra existencia colectiva. O quizás no. Quizás lo morboso radique, por el contrario, en aferrarse sin reflexión alguna a aquellos supuestos vitales que hacen a nuestra condición actual. No tengo una respuesta que se encuentre libre de objeciones. Solo una inclinación natural a resistir esta última opción es lo que mueve mi interés por la historia, solo a ella obedezco. Sé, en fin, que no es una respuesta al interrogante que nos convoca, solo una forma posible de pararse frente a ella.



Para no evitarle a la casta Clío contactos demasiado ardientes

PATRICIA FUNES (UBA/CONICET)
9 DE JULIO DE 2025

La escritura de la historia es un oficio. Hay muchas otras formas de desandar los ayeres porque afortunadamente nadie tiene “el monopolio legítimo” de la representación del pasado. Por supuesto su profesionalización abre un acumulado de capas procedimentales y de sentidos desde la antigüedad clásica hasta hoy. Heródoto la nombró con esa palabra ascética “historia” que aún conserva: silencia a los dioses y viaja, mira, escucha, interroga, es decir investiga, humanamente sobre los hombres, consciente que ese saber humano es siempre inacabado.

Sin embargo, el estatuto de los estudios históricos se disciplina en el siglo XIX. Con ethos positivistas concatenaba documentos y objetividades enhebradas a causalidades

para narrar aquello que “realmente” ocurrió. La historia no tiene “logos” en su desinencia, pero imanta hacia otros lugares: la ejemplaridad, por caso. Clío (su musa inspiradora clásica) significa “la proclamadora”. En ocasiones se la muestra con una trompeta, sus documentos y una clepsidra, herramienta para robarle tiempo al pasado ¿Para qué? para crearle una nación al Estado o despertar a la bella durmiente con fuentes fidedignas, el borramiento del historiador, y protocolos críticos, marcas que también viajarían con sus universales colonizadores. Algo paradójicamente, en nuestra América siguió el mismo derrotero, pero esa historia construyó la nación no a partir de su pasado sino contra él. Nada del pasado originario ni colonial merecería la pena ser narrado. La Historia se llenó de mayúsculas y hombres célebres tallados con palabras tan contundentes como los bronce de las estatuas ecuestres. Probablemente nunca la historia haya sido más política (en al menos dos sentidos) y nunca tan eficaz como forjadora de identidades desde el poder, con sus inclusiones y exclusiones. Esa fundación la pone en una línea de combate.

De la reacción a esos preceptos positivistas y su superación en un movimiento intelectual, que excedía pero que impactaba decisivamente en la historia, la Escuela de los Annales y el marxismo inglés produjeron una suerte de big bang: lo social-polifónico, la economía, las estructuras, el espacio y el tiempo reconsiderados, el diálogo con otras disciplinas, la ampliación de la idea de archivo, la memoria y el testimonio. Se estiraron “esas voces que nos vienen del pasado”, con conceptos, métodos, sujetos y predicados, escalas y también una escritura que no resigna afectos ni politicidades.

Siempre regreso a ese libro sabio de Marc Bloch. Menos en términos de “apología” y más en términos de significados del oficio, por ejemplo, las temporalidades y las historicidades “el plasma mismo en que se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad”. Allí en potencia está el diástole y sístole del corazón de la historia: continuidades y rupturas. También, entre Cronos (ese tiempo previsible, secuencial, medible) y el caprichoso Kairós: un lapso de tiempo, un momento indeterminado en que todo sucede y que tiene la potencia de lo impredecible. Y para fundamentar, por ejemplo, la legitimidad de hacer historia de tiempos cercanos a los nuestros, y aún viva en las memorias de muertos y desaparecidos y en la transmisión de los sobrevivientes ante provinciales dictaminadores: “que los hechos más cercanos a nosotros son rebeldes a todo estudio sereno [y], solo desean evitar a la casta Clío contactos demasiado ardientes”. Disculpen el

símil, pero en “nuestra” experiencia como investigadores y educadores, quizá seamos un poco los “Salieris de Bloch”, porque allí hay una música que suena a afinidades electivas.

¿Para qué? ¿Por qué? Porque estira y densifica un presente cada vez más famélico y volátil que nos vuelve a merced de vientos huracanados que parecen eternos e inmutables sin el ancla creativa y sin nostalgias de un pasado en el que esas tormentas parecían eternas e inmutables. Y siempre hubo algo nuevo bajo el sol en el futuro del pasado y eso es experiencial, no ejemplar: ilumina horizontes de posibilidades. Dialogar con el pasado despierta contingencias, curiosidades e ilusiones que nos vuelven más humanos. Quizá, también, para estar menos solos colectivamente, si somos capaces críticamente de no evitarle a la casta Clío contactos demasiado ardientes.



La historia es un arma cargada de futuro

FEDERICO LORENZ (UNLU/UBA/CONICET)
9 DE JULIO DE 2025

“El desconcierto del hombre ante el presente es resultado de su ignorancia del pasado”. Con esta frase, el historiador francés Marc Bloch, fusilado por los nazis en 1944 y autor del clásico *Apología para la historia o el oficio del historiador*, sintetizó la utilidad de su disciplina. La historia no es un mero registro de fechas y héroes, sino una herramienta para comprender las raíces de nuestros problemas, los mecanismos del poder y las luchas que han dado forma al mundo en que vivimos. En un mundo acelerado, donde lo urgente desplaza a lo importante, pensar históricamente nos obliga a detenernos y preguntarnos: “¿Cómo llegamos hasta aquí?” Marc Bloch, pionero de la Escuela de los *Annales*, insistía en que el pasado no debía estudiarse como algo muerto, sino como un proceso vivo que dialoga con el presente. Una crisis política, las desigualdades sociales o

incluso las discusiones sobre la identidad no se explican solo desde la inmediatez: son el resultado de largas trayectorias.

En su *Apología...*, Bloch escribió durante la Segunda Guerra Mundial, mientras Europa caía bajo la bota nazi. En lugar de refugiarse en el academicismo, defendió la idea de que el historiador debía ser un ciudadano comprometido: su trabajo ayudaba a desentrañar las mentiras de la propaganda y a encontrar salidas en momentos oscuros. No disoció el oficio del compromiso social, sino que ejercerlo era la forma de comprometerse, hasta dar la vida en su caso.

Hoy, frente a pandemias, conflictos bélicos o crisis ambientales, la historia ofrece ejemplos de cómo las sociedades enfrentaron adversidades en el pasado: es decir, es posible pensar que, si en el pasado los seres humanos superamos circunstancias extremas y muy difíciles, hoy también. El pasado no se repite, pero “rima” con el presente, late: las estructuras de poder, los miedos colectivos y las resistencias tienen ecos históricos.

La utilidad de la historia, entonces, no está en alimentar nostalgia, sino en dotarnos de herramientas para actuar. Bloch murió por defender sus ideas en un mundo en guerra; su legado nos recuerda que el conocimiento histórico es un acto de resistencia. La memoria es un campo de batalla, y la historia, cuando se ejerce con honestidad, es una trinchera contra el olvido y la manipulación. Pero, además, una herramienta para saber que si quienes nos precedieron imaginaron futuros mejores, nosotros podemos hacerlo también.

La historia sirve para el encuentro entre las generaciones, para reconocerse en una genealogía política, para imaginar futuros posibles. Pero para eso requiere esfuerzo y atención constantes, honestidad intelectual y, sobre todo, poner el cuerpo, evitar el encierro en un mundo erudito paralelo y sin vasos comunicantes con la sociedad viva, con ese olor a sangre humana que tanto estimuló la curiosidad de Bloch. Para eso, los historiadores deben asumirse parte de las sociedades que estudian, ya que como escribió en las primeras líneas de su *Apología*: “no imagino mejor elogio para un escritor que saber hablar con el mismo tono a los doctos y a los alumnos”.



Barras, militantes y mafias

PILAR FIUZA CASAIS (UBA/CONICET)
15 DE JULIO DE 2025

Comencemos con un breve repaso de los hechos ocurridos en el mes de marzo. Miércoles tras miércoles, las manifestaciones de jubilados/as en el Congreso que tenían como reclamo principal un aumento en las jubilaciones que les permita sostener condiciones dignas de vida encontraban como única respuesta la represión. En este contexto, se produce algo inesperado: una convocatoria de distintas hinchadas a participar de la siguiente manifestación. Con espíritu maradoniano –y ante la falta de reacción de las organizaciones políticas y partidarias– deciden acompañar las demandas de los adultos mayores y romper con la naturalización de la violencia institucional instalada.

La marcha convocada el 12 de marzo a las 17 hs prometía masividad, con adhesiones de varias hinchadas; la primera en sumarse fue Chacarita Jrs., lo que impulsó que muchos otros clubes adhieran al reclamo, entre ellos Argentinos Jrs., Rosario Central, Ferro Carril Oeste, Atlanta, San Lorenzo, entre otros. Patricia Bullrich, Ministra de Seguridad de la Nación del gobierno de La Libertad Avanza aplica el protocolo anti piquetes y ordena el inicio de la represión a las 16 hs, una hora antes de la hora pautada para la convocatoria. Todas las calles aledañas al Congreso de la Nación estaban perfectamente cerradas por cordones de las cuatro fuerzas federales, el Servicio Penitenciario y la Policía de la Ciudad. Los camiones hidrantes, al grito de “vengan zurdos” mojaron a los manifestantes que habían llegado temprano. Los uniformados no hicieron distinción de ningún tipo, ni de género, ni etario, golpearon y detuvieron a mansalva a las personas que se encontraban en el lugar. Dispararon gases que estuvieron prohibidos hasta la asunción del actual gobierno en 2023, lo que dio por resultado más de cuarenta heridos, entre ellos una mujer de 87 años que cae desplomada en el piso por un golpe policial y Pablo Grillo, fotoperiodista que, tras haber recibido el impacto de un gas lacrimógeno en su cabeza, sufre una fractura de cráneo con pérdida de masa encefálica.

Bullrich se esforzó en que el terreno esté allanado legalmente para la represión. La noche anterior, a través de la resolución 321/25 del Ministerio de Seguridad de la Nación, se decidió extender la aplicación del derecho de admisión de clubes deportivos a “toda persona que afectara la seguridad, el tránsito u orden público, o incurrieran en hechos violentos” en el marco de una manifestación en la vía pública o en lugares abiertos al público en general. La medida, que amenazaba con quitarle a los hinchas que se manifiesten la posibilidad de ir a la cancha, subía el tono de la confrontación.

Nos encontramos ante un significativo cambio en los alcances de esta resolución: si hasta aquí el derecho de admisión caía sobre quienes habían incurrido en transgresiones normativas en el marco de espectáculos deportivos, la resolución elimina esa definición y lo convierte en plausible de aplicarse en cualquier contexto que implique una congregación de personas. En breve volveremos sobre esta cuestión, pero dejamos acá lo que rápidamente se puede leer de esta medida y que parece la apuesta de la construcción discursiva de la derecha radical en el gobierno del Estado: toda persona que se manifiesta

es potencialmente un “barra”, eso es, una persona violenta e incivilizada y como veremos inclusive, mafioso y criminal.

Una obsesión que no es nueva

La “lucha contra las barras” no es un aspecto novedoso de las políticas securitarias de la derecha radical en el gobierno del Estado. Contrariamente, quienes vienen trabajando la cuestión han mostrado que, al menos desde el retorno democrático en la Argentina, las denominadas “barras” han venido funcionando en los medios de comunicación y en las políticas públicas como una suerte de chivo expiatorio que reduce la problemática de la violencia en el fútbol a la existencia de un puñado de “violentos” y “anómalos” que es preciso erradicar para que el fútbol sea la fiesta pacífica y armónica que presuntamente alguna vez fue. En ese sentido, la simplificación de la problemática llevada adelante desde el campo mediático, político y estatal, que pone el foco sobre los barrabravas ha sido directamente proporcional con la invisibilización de otros agentes, de mayor poder, que son parte de estos entramados.¹ Este doble movimiento, que implica, por un lado, la estigmatización y sobre-visibilización de las barras y la invisibilización de otros actores poderosos con responsabilidades en la problemática veremos, llega a su paroxismo en las dos gestiones de Patricia Bullrich al frente de la cartera en seguridad.

La impronta “antibarras” marca la experiencia política que había venido a poner fin a la “década larga” kirchnerista: la gestión Cambiemos. Precisamente, esta problemática aparece en el marco de la persecución de las denominadas “mafias”, uno de los lineamientos centrales de Bullrich durante el período 2015-2019. En este punto resulta importante un paréntesis. En efecto, en la llamada “guerra contra las mafias” se pone en juego lo que entendemos como un elemento central del gobierno de la cuestión securitaria en el neo-liberalismo post-kirchnerista en Argentina: el despliegue de una particular organización de la mirada, esto es, de una suerte de gobierno óptico,² que pone el foco sobre grandes

1 Garriga Zucal, J.; Murzi, D. y Rosa, S. (2020). El tripe pacto: Del gobierno de la seguridad a la regulación de la violencia en el fútbol argentino. En J. Garriga Zucal y L. Panizo, *Sufrir, matar y morir. Contribuciones a la socio-antropología de las violencias y las muertes*. (pp. 115-132) Buenos Aires: Teseo Press.

2 Deleuze, G. (2014) *El poder: curso sobre Foucault*. Buenos Aires: Cactus.

entramados delictivos pero de una forma selectiva: echa luz sobre los mercados ilegales asociados a los territorios donde habitan o transitan los sectores populares al tiempo que deja en la oscuridad los entramados delictivos que operan en territorios donde habitan o circulan las clases medias y altas. Así, mientras que otros entramados de ilegalismos que tienen como protagonistas a sectores poderosos como pueden ser las cuevas financieras que se emplazan en el microcentro de las grandes ciudades argentinas y barrios privados o la evasión impositiva que opera en los territorios que caracterizan al complejo oleaginoso y sojero argentino, no aparecían como parte de la agenda de la “lucha contra las mafias”, redes de ilegalismos como el de las barrabravas o mercados populares como “Salada” sí fueron sistemáticamente remarcados durante este período y vuelven a serlo en la gestión de La Libertad Avanza.

Pero vayamos a las políticas que se implementaron para el abordaje del problema de las “mafias del fútbol”. Recordemos que la gestión Cambiemos creó el programa “Tribuna Segura” (Resolución 833/18). Su lanzamiento en octubre de 2018 implicó que toda persona, al momento de asistir a un partido, se vea obligada a acreditar su identidad ante las fuerzas de seguridad quienes, mediante el acceso a un *software*, deben controlar si pesa sobre ella una restricción de ingreso a los estadios de fútbol, denominada como “derecho de admisión”. La creación de este reglamento por parte de la gestión Cambiemos es significativa, en tanto implica que por primera vez el Estado argentino asume la potestad de generar prohibiciones administrativas de concurrencia a estadios de fútbol, competencia que hasta el momento estaba en manos de los clubes. Puntualmente, el reglamento prohíbe la posibilidad de asistir a eventos futbolísticos a todas las personas que estén condenadas, procesadas o elevadas a juicio respecto a delitos incluidos en la Ley N° 23.184, a todas las personas que hayan sido condenadas por delitos dolosos a más de 3 años prisión; a aquellas personas que estén sancionadas por una contravención que haya sido cometida en el marco de un espectáculo futbolístico y a todas las personas que hubieran tenido conductas violentas contra las personas o las cosas, hayan ingresado a lugares no permitidos o dificulten el “normal desenvolvimiento de un espectáculo futbolístico”.

Dos cuestiones nos interesan resaltar de esta política. En primer lugar, es preciso señalar que la exclusión de la asistencia a partidos de fútbol de personas que hayan tenido contravenciones constituye una decisión que, ya desde ese momento, permitió perseguir

y sancionar ilegalismos menores que, en estos discursos securitarios se asocian a las “barrabravas”, pero que no necesariamente las implican. La venta de comida alrededor del estadio, la compra de entradas de reventa, o el ingreso con carnet ajenos entran dentro de esta categoría. En segundo lugar, las disposiciones a las que hicimos referencia dejaron un importante margen de discrecionalidad al Poder Ejecutivo, puntualmente al Ministerio de Seguridad de la Nación, a través de la Dirección Nacional de Seguridad en el Fútbol, para establecer aquellas conductas que puedan ser catalogadas como un riesgo para un “normal” desarrollo de un partido de fútbol. En efecto, como bien señala Diego Murzi³ en un trabajo sobre la cuestión, hacia finales de la gestión de Cambiemos, quien había sido alcanzado por el “derecho de admisión” no contaba con información sobre la duración de la prohibición, los motivos que la justificaban y cómo se salía de esos listados. Más aún, muchos hinchas con derecho de admisión no estaban avisados que integraban esas listas, y cuando se presentaban en el estadio para ingresar se les labraba una nueva contravención y se les extendía la prohibición de concurrencia. En resumen, el Programa Tribuna Segura implicó una ampliación de las sanciones por vía administrativa y extra penal en contextos deportivos, y también, de la arbitrariedad estatal para la toma de esas decisiones, quedando por fuera del marco de derecho.

Otro lineamiento de la gestión Cambiemos orientado a la persecución de las “barras” refiere al proyecto “Ley contra las mafias del fútbol”. El proyecto se proponía reemplazar la Ley N° 23.184 que en 1985 estableció un “Régimen Penal y Contravencional para la Prevención y Represión de la Violencia en Espectáculos Deportivos”. El mismo no solo buscaba sancionar conductas violentas perpetradas por los líderes de esos entramados delictivos, sino que se proponía avanzar sobre las “formas de financiamiento” de las barras, apuntando contra un conjunto de prácticas que ocurren en contextos de espectáculos deportivos, como ser la venta de entradas no autorizadas o falsas, la venta ambulante o el cuidado de vehículos realizado por los “trapitos”. En ese sentido, era eficaz en anudar un conjunto de transgresiones normativas asociadas a los sectores populares, como la venta ambulante o la actividad de los “trapitos” como hechos mafiosos, propios de asociaciones ilícitas, estableciendo penas de prisión significativas para conductas que

3 Murzi, D. (2019). El fútbol como campo de batalla: Un análisis de la gestión de seguridad deportiva argentina en el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019). *Espacio Abierto*, 29 (2) (pp. 130-154).

al momento constituyen contravenciones, es decir, no pueden implicar penas de prisión. Sin buscar soslayar los daños o las violencias que puedan significar algunas de las transgresiones normativas sobre las que ponía el foco Bullrich durante la gestión Cambiemos, como puede ser las realizadas por cuidacoches, resulta necesario marcar la intensificación punitiva que se produce sobre actores que representan los eslabones más bajos –y por ende más fácil de ser alcanzados por el sistema penal– dentro de estos entramados delictivos vinculados a la actividad deportiva.

Barras somos todos: La Libertad Avanza sobre el derecho a la protesta

El 13 de marzo, día después de la represión, el Ministerio de Seguridad de la Nación mediante un comunicado oficial informa que fueron detenidas 124 personas en la manifestación en el Congreso. En el marco de la causa que se inició respecto de 114 de los detenidos, intervino la jueza Karina Andrade, a cargo del Juzgado Penal, Contravencional y de Faltas N° 15, de la Ciudad de Buenos Aires, quien en la mañana del jueves 13 de marzo ordenó la inmediata liberación de las personas que habían sido captadas por las fuerzas de seguridad. En los argumentos advertía que del informe policial no surgían las circunstancias de modo, tiempo y lugar en los que habían sido detenidas las personas. La ausencia de esta información impedía, según la jueza, “realizar un control de legalidad y razonabilidad sobre la detención”. Andrade responsabilizó de estas irregularidades a las fuerzas de seguridad y ordenó la liberación de los detenidos. Al conocer la resolución, desde el Ministerio de Seguridad de la Nación no tardaron en salir a denunciar por redes sociales que se trataba de una “jueza militante”, que no había cumplido con su deber y que sería denunciada por prevaricato.

Desde el gobierno de La Libertad Avanza se respondió con distintos argumentos a las denuncias de represión violenta. Así, la ministra señaló que en verdad se trató de una movilización que no tenía como fin defender a los jubilados. En una charla con Luis Majul, el periodista de La Nación, a pocas horas de ocurrida la represión ilegal, la funcionaria argumentó que la participación de “barras bravas” y militantes políticos y gremiales buscaba generar una supuesta “desestabilización” del gobierno. Señaló, además, que la

movilización estuvo impulsada por “barrabravos bancados por intendentes y concejales”. Al brindar un ejemplo concreto de las personas detenidas dijo que: “Uno de los que está preso, que dicen que es un periodista, estaba en el Ministerio de Justicia y era candidato de Lanús de Julián Álvarez. Se llama Pablo Grillo, es un militante kirchnerista que hoy trabaja en la Municipalidad de Lanús con Julián Álvarez”. Con estas palabras, la ministra se refirió al fotoperiodista, quien no había sido detenido durante la manifestación sino trasladado de urgencia al Hospital Ramos Mejía por el traumatismo de cráneo producido por un disparo de gas lacrimógeno. Su carácter de trabajador municipal fue luego desmentido por Julián Álvarez, intendente de Lanús, y por su padre, quien también afirmó que no fue candidato en el referido municipio, sino que era un trabajador del Hospital Evita.

La comunicación de información falsa que se produce de forma deliberada por parte de autoridades del gobierno nacional⁴ respecto de los hechos sucedidos en la manifestación es un punto en el que resulta importante detenernos. Se trata, en efecto, de un *modus operandi* que no es nuevo, sino que ha sido caracterizado como una de las singularidades de estas nuevas derechas radicalizadas. Ezequiel Ipar cosecha el término *hate news* para hacer referencia a esas noticias que “contienen falsedades e impulsan su dimensión performativa a través de engaños, pero se diferencian de los anteriores por el hecho de que se orientan a construir un contexto lleno de prejuicios agresivos y a normalizar una serie de conductas violentas, que movilizan el racismo, el antisemitismo y una desconfianza absoluta en la democracia”.⁵ En efecto, de las investigaciones sobre el uso de *hate news* surge que uno de los efectos más comunes de este tipo de discursos es legitimar el recurso de la violencia contra otros/as a quienes previamente los discursos han despreciado y desvalorado.⁶ Pues bien, esto es precisamente lo que los discursos securitarios de La Libertad Avanza descritos previamente están produciendo: el ejercicio de violencia

4 Fernando Soto, director Nacional de Normativa y Enlace Judicial del Ministerio de Seguridad de la Nación compartió un video que había previamente circulado en X en el que se veía un conjunto de micros escolares de Racing Club. El funcionario escribió “Esto no fue una ‘protesta social’, fue un desembarco de violentos organizados por mafiosos que defienden sus negocios. Las ‘barras bravas’ son asociaciones ilícitas”. Sin embargo, de acuerdo a la organización no Gubernamental *Chequeado* el video no es actual, sino que fue publicado por la cuenta de TikTok @racinghinchada el 2 de noviembre de 2022, en la previa de un partido.

5 Ipar, E. (2020). *Hate news* Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/hate-news/>

6 Ipar, E., Weglein, L. y Cuesta, M. (2024). *Discursos de odio: Una alarma para la vida democrática*. San Martín: UNSAM edita.

sobre los manifestantes, en este caso, Pablo Grillo, busca ser legitimado por la presunta pertenencia a ciertos grupos políticos y sociales como la “*militancia kirchnerista*” y los “*trabajadores estatales*”. Esto es, grupos que durante estos últimos años han sido objeto de una significativa estigmatización promovida particularmente desde sectores sociales, políticos y mediáticos afines a esta derecha radical.

Y aquí otra novedad: si la gestión Cambiemos había apostado a la institucionalización de políticas de criminalización de la protesta social a través de la promoción del “Protocolo contra la protesta social” y había tenido como eje de su discurso represivo a los “piqueteros”, la gestión de La Libertad Avanza va más allá y señala y visibiliza cada vez más sujetos merecedores de represión. Este gesto es el efecto de un movimiento discursivo clave de esta gestión de derecha radical: producción de una cadena de equivalencias entre barrabravas, piqueteros, militantes kirchneristas, militantes de izquierda y trabajadores estatales organizados. *Hate news* mediante, la gestión de La Libertad Avanza es eficaz en extender la estigmatización social como violentos también a los activistas políticos y sindicales y establecer así una suerte de sinonimia entre una serie de figuras disímiles que constituyen los protagonistas de la resistencia a las políticas de ajuste del gobierno.

Una publicación de la ministra en X es elocuente de este gesto de la derecha radical. Allí refiere a la detención de un centenar de piqueteros, militantes y barrabravas quienes son definidos como “violentos” y como expresión de “la decadencia en la que se encuentra el país”.⁷ El video es acompañado con imágenes de una persona no identificada que ataca a una moto de un efectivo policial en lo que presuntamente se muestran como las inmediaciones del Congreso de la Nación.

En ese sentido, una última característica a señalar sobre el gobierno de la cuestión securitaria de la Libertad Avanza es la producción de reformas legales que se presentan como una forma de perseguir a los grandes entramados delictivos, pero que tienen como efecto principal criminalizar la protesta social. En el *tweet* se puede leer cómo Bullrich

7 Aquí el texto completo de la publicación (compartida el 12/4/2025): “Los violentos detenidos hoy muestran lo peor de la decadencia que estamos dejando en el pasado. Detuvimos un centenar de violentos piqueteros, militantes de agrupaciones políticas y barras bravas, que son integrantes de organizaciones criminales que operan con total impunidad desde hace años. Con la nueva Ley Antimafia, los más de 100 detenidos enfrentan penas de hasta 20 años de prisión. Se terminó el tiempo de los aprietes, la extorsión y el negocio del miedo. Vamos a dismantlar estas estructuras delictivas. En Argentina manda la ley, no los barras, ni la izquierda”.

hace responsable de la represión al accionar violento de “piqueteros”, “militantes de agrupaciones políticas” y “barras bravas” y amedrenta con la aplicación de la llamada flamante “Ley Antimafias” promovida por la ministra y aprobada por el congreso en sesiones extraordinarias el 9 de marzo de 2025. La promulgada ley, formalmente denominada como “Ley de Organizaciones criminales” tiene como marca “tipificar una nueva modalidad de persecución penal sobre el crimen organizado, tomando los crímenes de bandas y adjudicándoselos a todos sus integrantes”. Puntualmente la ley considerará el “delito más grave cometido por la organización criminal” que hubiera sido perpetrado por cualquiera de sus miembros y que tenga la pena más alta. Es decir, es una ley que abiertamente, elimina toda distinción entre los sectores más poderosos y aquellos más bajos y generalmente más visibles de estas presuntas cadenas delictivas y que recae con mayor fuerza sobre aquellos que tienen menos responsabilidades.

La ley cosechó críticas de organizaciones de derechos humanos, agrupaciones de jueces y especialistas en la temática. Se plantea que tiene como particularidad ampliar el alcance de las acciones que pueden ser consideradas “mafias”. Esto es, incorpora una interpretación legal muy amplia plausible de prestarse a un uso discrecional que vulnere el ejercicio del derecho a la protesta.⁸ Sin ir más lejos, es la interpretación que la propia ministra pone en juego en su publicación en redes sociales al plantear la necesidad de aplicar esta Ley a quienes participaron de la protesta y presuntamente cometieron acciones violentas. En torno a ello, vemos que en la nueva gestión de Bullrich en el gobierno de la Libertad Avanza, se refuerza el carácter ya presente en la gestión anterior respecto de las luchas contra las mafias al tiempo que se innova. La puesta en foco de la figura de “mafias” lejos de visibilizar y perseguir a los grandes ilegalismos de los sectores de poder, tiene como efecto sobrevisibilizar las transgresiones normativas asociadas a los sectores populares. Sin embargo, es utilizada ahora, para criminalizar no ya delitos contra la

8 En el artículo f de la ley define como asociación ilícita a aquellos grupos de tres o más personas que “durante cierto tiempo, en áreas geográficas determinadas y bajo ciertas modalidades operativas, actúan concertadamente con el propósito de cometer delitos especialmente graves”, entendiéndose tráfico de drogas, de personas, homicidios pero también lesiones, amenazas, intimidación, estragos. En el artículo siguiente se establecen las condiciones que deben reunir las organizaciones para encuadrar en el tipo penal; lo que resulta llamativo de esto es el inciso d), en el que se establece que los actos que lleve adelante la organización “se produjeran para amedrentar a la población en general o a ciertos sectores de la población, o para intimidar a las autoridades ejecutivas, legislativas y judiciales, o a las fuerzas armadas, fuerzas policiales y de seguridad”.

propiedad sino para poner entre paréntesis uno de los derechos básicos de la democracia como es el derecho a la protesta, al declarar a los manifestantes como “mafiosos”.

Y aquí una reflexión: la persecución a las transgresiones normativas de los sectores populares a partir de la figura de las mafias comienza a desplegarse en la gestión de la ministra Bullrich al frente de la cartera de Seguridad durante el gobierno de Cambiemos y permite vislumbrar no (solamente) una obsesión particular de una funcionaria, sino fundamentalmente una continuidad entre una derecha que era definida como moderada y una derecha que se presenta como radical. En materia securitaria, la gestión Cambiemos es condición de posibilidad para el despliegue de discursos estales que contradicen cada vez más abiertamente las garantías democráticas. O dicho más precisamente, si de corrimiento de consensos democráticos en materia securitaria hablamos, no hay gobierno libertario sin gobierno de Cambiemos.



Frantz Fanon, nuestro contemporáneo

ALEJANDRO DE OTO (UNJS/CONICET)
20 DE JULIO DE 2025

Un sondeo entre los lectores de Fanon sobre la vigencia de su pensamiento en estos tiempos difíciles revelaría una extensa lista de motivos: desde la curiosidad intelectual hasta una visión programática de los procesos emancipatorios que, con sus luces y sombras, configuraron el mundo contemporáneo. Sin embargo, en lugar de enumerar cada uno de ellos, optaré por una aproximación más directa: presentaré, a modo de resumen ampliado, lo que considero los aspectos más cruciales de su obra y una respuesta implícita a la pregunta de por qué lo considero nuestro contemporáneo.

Su obra intelectual emerge como una cantera inagotable de ideas y desarrollos críticos, producidos en el período de la descolonización de mediados del siglo XX. Sus escritos

no solo ofrecen un vocabulario distintivo para abordar la subalternidad, el colonialismo, el racismo y la liberación, sino que también se postulan como protagonistas en la discusión sobre la subjetividad dentro de los procesos coloniales y descolonizadores. Fanon traza así una conexión intrínseca entre la política, la historia y los contextos específicos, marcando un hito en la memoria epistémica poscolonial. Su pensamiento, lejos de ser un mero objeto de estudio histórico, mantiene una inusitada vigencia, en contraste con otros textos de su tiempo, debido a sus dimensiones epistemológicas, políticas y morfológicas. La capacidad heurística de su crítica trasciende las limitaciones contextuales, articulándose eficazmente en nuevos contextos de enunciación y lectura, dado que las dimensiones relativas a los sujetos subalternos, colonizados y alienados, en su obra continúan teniendo un impacto directo en los planos epistemológico y político. El conocimiento que despliegan esos sujetos y el espacio de articulación de la lengua, el cuerpo y el territorio en la política poscolonial son ejes centrales de su análisis. La escritura de Fanon es decisiva al sugerir que el proceso de subjetivación se liga intrínsecamente a la resistencia del individuo y a su rol en la descolonización y la cultura nacional. Su obra despliega un amplio abanico de opciones y problemas, revelando las zonas ambivalentes donde las identidades culturales y políticas se complejizan.

La articulación de estas ideas en Fanon tiene lugar en lo que se denomina la “dimensión morfológica” de su obra, que opera en un nivel tanto conceptual como relacional. Esta dimensión que articula nociones claves como la lengua, el cuerpo y la cultura nacional, constituye el entramado sobre el cual se sostiene su narrativa y permite comprender la emergencia del sujeto y su subjetividad; no son meros pilares de una narrativa salvífica de la liberación, sino las dimensiones concretas y fenoménicas donde la política se teje pacientemente. Fanon emprendió un viaje intelectual que transformaría radicalmente las categorías de las humanidades y ciencias sociales de su época, impactando profundamente los espacios de crítica al colonialismo y sus procesos de subjetivación. Así, las discusiones contemporáneas sobre la subalternidad, la comprensión de las clases subalternas y los procesos de la colonialidad encuentran en sus textos anticipaciones cruciales, moviéndose más allá de las descripciones tradicionales.

La travesía intelectual de Fanon se puede dividir en fases claves que reflejan sus vivencias. La primera abarca su servicio como soldado francés en la Segunda Guerra Mundial, su

formación psiquiátrica y su aguda observación del racismo en la metrópolis y en Martinica, plasmada en *Piel negra, máscaras blancas*. Una segunda etapa se desarrolla durante su labor como psiquiatra en Blida, Argelia, donde su inmersión en la psique colonial lo condujo a la acción política en el Frente de Liberación Nacional argelino. De este período datan obras como *Sociología de una revolución*, sus columnas en *El Moujaidid* y *Los condenados de la tierra*. Aunque simplificadora, esta periodización simplemente describe las coordenadas mínimas seguidas en su viaje intelectual.

En *Piel negra, máscaras blancas*, Fanon profundiza en las formas de alienación en las sociedades coloniales, con Martinica como referente central. Su análisis se centra en la lengua y el cuerpo como ejes de la subjetividad. Allí muestra cómo la lengua colonial opera como un instrumento normalizador, midiendo la proximidad o distancia con respecto a los modelos metropolitanos. Sin embargo, más allá de la subordinación, esta lengua es el espacio donde la subjetividad se configura. La cita de Fanon es reveladora: “hablar es estar en condiciones de emplear, poseer la morfología de tal o cual lengua, pero es, sobre todo, asumir una cultura, soportar el peso de una civilización”. Este “peso” no es circunstancial; surge de una práctica y una historia concretas, donde la lengua colonial impone su fuerza, afectando profundamente las apropiaciones culturales y psíquicas. No es solo la lengua del colonizador sino también la que se genera en el propio contexto para articular la experiencia colonial, una advertencia crucial: explicar el colonialismo implica analizar la lengua que lo posibilita y le confiere estatus de conocimiento. Por ello, Fanon subraya la necesidad de que el lenguaje disponible se someta a una “tarea descolonizadora”.

Tal tarea implica una tensión fundamental: la confrontación del colonizado con una lengua que contribuye a su propia alienación. Fanon se sitúa en el punto más complejo del “decir subalterno”, cuestionando no solo si el subalterno puede hablar, para evocar la famosa pregunta de Gayatri Spivak, sino qué ocurre cuando la lengua colonial se transforma en una fuerza crítica que permite una existencia diferente. Es aquí donde introduce la crucial categoría de la “zona de no ser”, que describe como el lugar más abyecto de la experiencia colonial y, simultáneamente, como un sitio de posible surgimiento. Lo fascinante de esta inflexión en el pensamiento fanoniano es cómo esa misma lengua colonial, llevada al paroxismo en la “zona de no ser”, se convierte en lo opuesto a sí misma: una

zona de libre disponibilidad creativa. En este espacio, la confrontación con la alienación lingüística no lleva a la pasividad, sino a la activación de una resistencia que se materializa en la articulación de una conciencia crítica. La lengua, que aliena y subordina, se vuelve también el vehículo para la expresión de una subjetividad emergente y desafiante.

En *Los condenados de la tierra*, Fanon profundiza su concepción de la sociedad colonial como una entidad radicalmente fragmentada, entendida no como una división relacional de clases, sino como dos zonas sin conexión, sin reconocimiento dialéctico. Fanon escribe que la zona habitada por los colonizados y la zona de los colonos “se oponen, pero no al servicio de una unidad superior. Regidas por una lógica puramente aristotélica, obedecen el proceso de exclusión recíproca: no hay conciliación posible, uno de los términos sobra”. En este contexto de exclusión, el vocabulario disponible es meramente descriptivo, como si las cosas fueran una verdad natural e inmutable. El léxico del colonizador, al referirse al colonizado, revela un profundo desconocimiento de su humanidad, empleando un lenguaje zoológico que lo animaliza, como el propio Fanon describe: “a veces ese maniqueísmo llega al extremo de su lógica y deshumaniza al colonizado. Propiamente hablando, lo animaliza... El lenguaje del colono, cuando habla del colonizado, es un lenguaje zoológico”. Las descripciones del colonizador apelan a un “bestiario”, utilizando términos como “movimientos de reptil, del armadillo”, “emanaciones”, “hordas”, “peste”, “pulular”, “hormigueo”, “gesticulaciones”. Este lenguaje no es una figura retórica ni una metáfora, sino una descripción que el colonizador considera literal y verdadera.

Lo frontal de este lenguaje colonial es clave para Fanon, ya que no admite velos ni mediaciones dialécticas. Es una expresión directa que no requiere la representación tradicional. Aquí, la “zona de no ser” se manifiesta en el momento de máxima exterioridad, donde la lengua colonial opera sin un proceso de reconocimiento. Pero es una lengua que, paradójicamente, es a la vez representacional y no representacional. La animalización del colonizado no es un mero tropo, sino una enunciación directa y no metafórica. Este lenguaje da forma a las figuras y estereotipos del racismo, reduciendo la humanidad del colonizado a la nada, aunque paradójicamente, en su ambivalencia, repite ansiosamente los motivos de la diferencia, como Homi Bhabha tan lúcidamente lo ha señalado al pensar el discurso colonial. Y el lenguaje colonial, al ser performativo, no solo describe

el mundo, sino que lo produce y lo constituye, imponiendo categorías que cegan al colonizador ante la humanidad del otro.

Lo que podría parecer un déficit terminal (el “no ser” del negro, su exclusión de la ontología en la sociedad colonial), Fanon lo transforma magistralmente en una ventaja teórico-política. Sostiene que “mientras el negro esté en su sitio... toda ontología es irrealizable en una sociedad colonizada”. Sin embargo, el “no ser” no es una ausencia, sino una marcación mínima del paisaje histórico y social que, a la vez, impide cualquier regresión. La respuesta de Fanon a este “no ser” es una transformación activa, que busca romper la inercia colonial. Aunque los recursos para esta liberación son escasos y a menudo provienen del propio sistema colonial (incluida su lengua), la relación del colonizado con este lenguaje implica asumir sus coordenadas, pero también encontrar una incipiente posibilidad de subversión que demanda la presencia de la política, del cuerpo y del deseo. La concepción de Fanon devela una paradoja: la “zona de no ser” prefigura una existencia en la historia y el uso de un lenguaje que, si bien no es propio, se convierte en un medio para una nueva articulación. En esta intersección de la “zona de no ser” y el uso performativo de la lengua, el cuerpo colonial, como ensamble concreto e individualizado, se subjetiva. De este modo, describir el proceso de la lengua y el cuerpo coloniales equivale, para él, a describir la emergencia de una subjetividad que, a través de diversas formas históricas, se teje tanto en los espacios accesibles como en los bloqueados por la lengua colonial, trazando configuraciones temporales y corporales que remiten a prácticas y contextos específicos.

En la “zona de no ser”, el tiempo colonial también opera de modos asertivos y ambivalentes. Los asertivos se manifiestan al reemplazar toda idea de tiempo o experiencia por el modelo de comprensión occidental, por la colonialidad del tiempo, que adopta la forma de un tiempo progresivo y civilizatorio. Sin embargo, los registros ambivalentes persisten como parte de sus estrategias discursivas, y la adaptación de los sujetos a los discursos coloniales no es una determinación simple, sino un evento contingente donde la performance adquiere una importancia crucial. En el caldero desigual de la lengua (o, mejor dicho, de la diferencia colonial) y el cuerpo colonial fluyen tensiones y opacidades temporales. La “zona de no ser” se convierte en un eje central para entender que un pasado hipostasiado en relatos de identidad cultural no logra describir lo que ocurre en la

performance ni debilita la naturalización de los discursos civilizatorios o coloniales. La respuesta a este problema, para Fanon, reside en “el cuerpo”.

El cuerpo colonial, entendido como “corporalidad” (una red de relaciones sociales), se presenta como un plano complejo en su pensamiento. Muy temprano en su obra, Fanon comprende que la descolonización se juega en los cuerpos moldeados por el colonialismo, ya que estos son el punto de convergencia de la lengua colonial y las estructuras de dominio. La formación de este cuerpo marcado por el discurso racial, como se detalla en *Piel negra, máscaras blancas*, activa la “zona de no ser” al volverlo inadecuado y fuera de lugar para las prácticas de la vida.

Así, echando mano de la noción del esquema corporal de Merleau-Ponty, Fanon postula que todo cuerpo se relaciona con el mundo de forma no representacional, estableciendo un lazo natural con el entorno que ocupa y produce. Sin embargo, en sociedades colonizadas, esta conexión se interrumpe debido a la racialización. Dos capas limitan este esquema: un “esquema histórico-racial”, alimentado por mitos sobre los negros que menoscaban su capacidad de acción, y un “esquema epidérmico-racial”, que evidencia la imposibilidad de una existencia social para el cuerpo racializado. La anécdota narrada en *Piel negra, máscaras blancas*, del niño que grita “¡Mirá, mamá, un negro!”, ilustra cómo el esquema corporal se derrumba, dando paso al esquema epidérmico-racial. Fanon dirá que: “En este punto, no se trata de un conocimiento en tercera persona, sino en ‘triple persona’”, haciendo que como individuo sea “responsable a la vez de mi cuerpo, de mi raza, de mis antepasados”. Esta inadecuación final del cuerpo lo sitúa en la “zona de no ser” y en un tiempo desajustado. Pero la falta de sincronía no se debe a la evocación de un pasado no colonial, sino a la racialización en todas sus facetas, desde lo político hasta lo epistémico. De allí la insistencia fanoniana en que la crítica del colonialismo debe desenredar el cuerpo tramado en la lengua colonial y convertirlo en una oportunidad histórica y política. Postular la existencia de un esquema epidérmico-racial contribuye a la comprensión del cuerpo colonial al revelar cómo se introduce “un fundamento” en el modo de un estereotipo, fragmentando, a su vez, la posibilidad de un tiempo de la política que permita la cohesión social. La racialización esencializa y estereotipa los rasgos de dichos cuerpos, pero no les confiere capacidad de producir una temporalidad o política per se. No hay un ser propio del cuerpo colonial fuera de la trama que lo inmoviliza y

lo representa como “otro”. Lo ata a responsabilidades que operan como un mecanismo de condena: son cuerpos dañados, incapaces de recuperarse. Así, el proceso regresa a la “zona de no ser” sin resistencia ontológica.

La racialización entonces no es solamente un modo de constituir el espacio subjetivo en la colonialidad sino un modo de conocer, pero dado que Fanon es un contextualista, el cuerpo es siempre un cuerpo en situación, tramado en procesos de larga duración y enfrentado a sus opciones. El cuerpo colonial fanoniano, como corporalidad (es decir, el haz de relaciones sociales que lo configuran), traza una trayectoria histórica trágica más que dialéctica. Y como cuerpo concreto, resulta irrenunciable tanto teórica como prácticamente, reconfigurando con ello la noción de responsabilidad. Si hasta aquí esa responsabilidad producida por la racialización era negativa (en tanto describía “la tara congénita” que lo habitaba, de la cual debía hacerse cargo ese mismo cuerpo configurado por todos los males que los esquemas histórico-racial y epidérmico-racial habían inscripto en él), por el contrario, ahora es la advertencia crítica que obliga a considerar la tarea de la descolonización como una responsabilidad de la que no hay evasión posible. Entonces, es el deseo, como parte de la estructura trágica del pensamiento fanoniano el que hace que los cuerpos pasen de ser la manifestación de una tensión muscular (una imagen frecuente en la escritura de Fanon) a ser cuerpos de la política descolonizadora. No como instrumentos de la misma, sino como el campo de batalla configuracional.

En ambos casos el problema no es abstracto, y desde *Piel negra, máscaras blancas* hasta *Los condenados de la tierra*, va definiendo territorios precisos, pero en el segundo texto se manifiesta ya con posibilidades de inscribir una acción. El primero trata acerca de una experiencia subalterna clara y definida en tanto no afecta ninguno de los espacios simbólicos del mundo colonial que giran en torno del significante “Blanco”. Sin embargo, hay algo perturbador, para evocar nuevamente al trabajo de Homi Bhabha sobre el discurso colonial, en el hecho de la proximidad de los cuerpos racializados a una esfera, la de la mimesis, en donde, de acceder, el registro de la ambivalencia queda en una suerte de entredicho. El segundo, por el contrario, es el resultado de un cuerpo en tensión, muscularmente tenso, que cuando identifica hacia dónde debe dirigir la fuerza, desata un deseo que es de sustitución. Es el deseo de sustituir al colonizador por el colonizado, pero el lugar del colonizador requiere su presencia, no la de un suplemento. Por ello,

en este momento la percepción de lo subalterno se forma en las condiciones coloniales y produce una situación crítica para la idea misma de representación, para el modo de conocer que ella distribuye y para sus despliegues prácticos. Creo que Fanon no resuelve esto, sino que lo que hace es constituir dos relatos posibles sobre lo que sobreviene en el mundo poscolonial: la descolonización o un proceso de reproducción de la sociedad colonial más allá de las independencias políticas, con lo cual describe, sin ponerle el mismo nombre, la colonialidad del poder. De todos modos, lo que me interesa destacar es que el deseo es un articulador del pensamiento crítico y, por extensión de la política, al tiempo que no se trata de un deseo en abstracto, sino que se disemina por el universo de la cultura material.

Para cerrar este recorrido (resumido y exploratorio), me gustaría subrayar que el legado de Fanon ofrece un mapa de ruta sujeto a interpelación. Su análisis de la lengua, el cuerpo y la subjetivación en el contexto colonial no solo desveló las estructuras de dominación, sino que, al enfatizar la contextualidad del saber, forjó herramientas conceptuales y llaves genealógicas que mantienen su escritura plenamente vigente para comprender nuestros presentes.



“Me interesa discutir la teoría decolonial como una novedad”

ENTREVISTA A JUAN FRANCISCO MARTÍNEZ PERIA
POR MARIANA PERCOVICH (UBA/UNPAZ)
22 DE JULIO DE 2025

El racismo en las ciencias sociales, el colonialismo en el pensamiento latinoamericano, la supuesta novedad de la teoría decolonial son algunas de las cuestiones que a Juan Francisco Martínez Peria, Doctor en Historia, le interesa poner en discusión. Su libro *George Padmore: La Tradición Radical Negra y la Liberación del Sur Global* (Prometeo 2024) aborda la vida de un político e intelectual olvidado, que nació en 1903 en las Antillas Británicas del Mar Caribe y al morir en 1959 era reconocido como el padre de la independencia africana. Para Martínez Peria “las reflexiones de Padmore y otros autores de la tradición radical negra y del pensamiento crítico del Sur nos ayudan a pensar este mundo mucho mejor que los intelectuales del canon hegemónico occidental”.

En la primera mitad del siglo XX, Padmore afirmaba que no hay una diferencia sustancial entre el fascismo y el liberalismo y que el capitalismo está estructurado por una lógica racista que impide la unión de los trabajadores. En esta entrevista Martínez Peria propone repensar nuestros linajes y el panteón histórico que hemos construido.

Mariana Percovich: Para empezar, voy a hacerte una pregunta que ya le hemos hecho a otros historiadores. En estos tiempos de menosprecio de las ciencias sociales, en Bordes nos interesa recuperar una vieja pregunta: ¿para qué sirve la historia?

Juan Francisco Martínez Peria: Sirve para pensar críticamente nuestro tiempo, nuestra realidad y el mundo. Sirve, sobre todo, para desnaturalizar, para ver que el orden en el que vivimos es un orden construido históricamente, de manera conflictiva, con vencedores y perdedores. No es un orden natural, y por eso, puede ser distinto en el futuro.

La historia crítica sirve tanto para desnaturalizar las lógicas de poder y las lógicas sistémicas como para construir alternativas. Y permite reconocer alternativas más emancipatorias que ocurrieron en el pasado.

MP: ¿Qué sería la historia no crítica?

JFMP: Una historia no crítica sería la que celebra el pasado, que lee el presente a través de una legitimación del pasado, como una continuidad lógica, inevitable, lineal, donde los que fueron derrotados, necesariamente tenían que ser derrotados. Es una historia que viene a legitimar el orden dado, el actual.

MP: Tu último libro *George Padmore: La tradición radical negra y la liberación del Sur Global (Prometeo, 2024)* cuenta la vida y obra de un pensador bastante poco conocido. ¿Cómo llegaste a él?

JFMP: Hace muchos años que vengo interesado en el pensamiento crítico latinoamericano y en la historia latinoamericana, sobre todo con una fuerte centralidad en temas que tienen que ver con la esclavitud, el racismo y el colonialismo. Escribí un libro sobre la Revolución de Haití y este año publiqué un libro sobre el principal intelectual de ese proceso. El título del libro es *Jean Louis Vastey, el filósofo político de la Revolución Haitiana* (CICCUS, 2025).

Mi investigación, mi trabajo, tiene una triple intención. En primer lugar, poner en discusión las ciencias sociales y las humanidades hegemónicas de cuño nor-atlántico, mostrando su carácter eurocéntrico, racista y colonial. En segundo lugar, poner en tensión el canon del pensamiento crítico latinoamericano señalando que, a pesar de su importancia, sigue teniendo limitaciones criollocentricas, blancas y patriarcales. Y por último me interesa discutir la novedad de la teoría decolonial. A pesar de que considero que la teoría decolonial es muy valiosa, muchos la han leído como una novedad absoluta y en mi opinión eso no es así.

En ese sentido, me interesó rescatar autores y autoras que antes de la teoría decolonial (y en paralelo a otras discusiones), presentaron fuertes reflexiones en torno al racismo, el colonialismo, la esclavitud, el eurocentrismo. En esa búsqueda, llego a Padmore, una figura impresionante en términos políticos e intelectuales, muy olvidada. Padmore quedó silenciado en el mundo hispanoamericano, porque no fue traducido al castellano (aunque no es el principal motivo, porque nosotros leemos autores que hablan en inglés, francés y en otros idiomas) pero sorpresivamente también quedó muy olvidado y silenciado en el mundo angloparlante.

MP: Para alguien que no conoce su historia, ¿cómo la podrías resumir?, ¿hay algo en particular que te haya resonado para escribir el libro?

JFMP: George Padmore tiene una vida de película, de un compromiso y una militancia enormes; y a la vez de un gran desarrollo intelectual. Escribió más de ocho libros, numerosos panfletos y cientos de artículos para diarios de América, África, Asia y Europa. Nació en Trinidad y Tobago en 1903 y en los años 20 fue a estudiar a Estados Unidos. Él ya venía con

ideas panafricanistas, pero en Estados Unidos se hizo marxista y comunista. Y llegó a ser, a comienzo de la década del 30, el principal líder afrodescendiente de la Tercera Internacional encargado de promover el comunismo entre la población africana y afrodescendiente en África, Europa, Estados Unidos, América Latina y el Caribe. A su vez, desde ese momento en adelante empieza a construir una teoría marxista muy potente, heterodoxa, anticolonial, panafricanista antirracista. Ahora bien, a pesar de haberse destacado dentro de la Unión Soviética, en 1933-34 rompió con la Tercera Internacional por considerar que esta tenía una política en zig-zag, no verdaderamente comprometida con el mundo de las luchas del sur y particularmente con las luchas antiimperialistas y antirracistas. A partir de la década 30 se instaló en Inglaterra y empezó a construir, junto con otros compañeros y compañeras, como C.L. R James, Amy Ashwood Garvey, Jomo Kenyatta, Ras Makonnen, Kwame Nkrumah un movimiento panafricanista, marxista, heterodoxo, antiimperialista, autónomo de la izquierda europea. Asimismo, durante los años 30, 40 y 50 mantuvo intensos vínculos con otras figuras del mundo panafricano y anticolonial asiático como W.E. B Du Bois, Eric Williams, Jawaharlal Nehru, Nnamdi Azikiwe y Ho Chi Minh. Su importancia política e intelectual fue tan gran grande que en los años 40 y 50 terminó siendo el principal teórico de las independencias africanas, produciendo libros claves como *¿Panafricanismo o Comunismo?* (1956) donde reflexionó en profundidad sobre los caminos para alcanzar la emancipación y la unidad de África, así como la liberación del Sur Global en un mundo trazado por el colonialismo y la guerra fría.

Ahora bien, lo más relevante es que además de ser un pensador crítico se destacó como político jugando un rol absolutamente clave en la revolución de Ghana, la primera independencia de África subsahariana en 1957. No solo fue el mentor teórico del líder de esa revolución, Kwame Nkrumah, sino que además lo acompañó como asesor de Asuntos Africanos promoviendo la construcción del socialismo y la lucha en contra del racismo y el colonialismo en la región. Fue promotor de muchas iniciativas entre ellas las Conferencia de Todos los Pueblos de África de diciembre de 1958, de la que participaron enormes revolucionarios como Frantz Fanon, Patrice Lumumba y Julius Nyerere. Lamentablemente la muerte lo encontró en el fragor de la batalla el 23 de septiembre de 1959, pero fue enterrado en Accra, capital de Ghana con un enorme funeral de Estado, a la altura de su gigantesca importancia histórica.

MP: ¿En qué consiste la teoría marxista que elabora Padmore?

JFMP: Es un marxismo fuertemente heterodoxo. Conjuga una mirada sistemática del capitalismo –una mirada centrada en la idea de lucha de clases con un horizonte socialista– pero entendiendo que Marx tuvo límites por su contexto, límites eurocéntricos.

Padmore va a tener una influencia muy grande de Lenin y va a reivindicar la Revolución Rusa, pero va a entender que el gobierno de Stalin y la continuación de la Revolución Rusa va a tener muchas limitaciones en su política internacional. Entonces, critica elementos eurocéntricos de Marx; elementos eurocéntricos de la política internacional de la Unión Soviética; y, además, critica todavía con más fuerza, la práctica de la izquierda moderada europea. Entonces, ¿cuál es la diferencia más fundamental de su teoría? El lugar de la esclavitud, el racismo y del colonialismo, que los pone no solamente en el origen del capitalismo, sino en su corazón y en su desarrollo. La esclavitud, el trabajo forzado, semi forzado, el racismo y el colonialismo son para Padmore elementos estructurantes del capitalismo y la modernidad. Según él, el capitalismo se alimenta de la esclavitud, del tráfico esclavista y del colonialismo permanentemente. El capitalismo está estructurado por una lógica racista, y el racismo (que implica la deshumanización e hiperexplotación de los pueblos africanos descendientes y periféricos y del sur) divide a la clase obrera e imposibilita un internacionalismo obrero. La consigna “proletarios del mundo uníos” se pone en tensión a partir de este carácter estructurante del racismo.

Padmore hace muy tempranamente una impugnación de la clase obrera europea y de la izquierda europea como vanguardia de la revolución. Ya desde la década del 40, desde la post Segunda Guerra Mundial, se decepcionó mucho con la izquierda europea, al punto de estar convencido que la revolución no iba a venir desde ahí y tampoco se la podía tener casi ni de aliada.

Otro punto que me parece para destacar es que tiene una mayor apertura a una multiplicidad de sectores populares. No a la clase obrera industrial, que claramente no existía en África así como la había pensado Marx, sino una multitud de trabajadores, jornaleros, mujeres. Incluso para la época en la que escribe le da mucha importancia al rol de las mujeres africanas. Por ejemplo, en su libro de 1931, *“La vida y las luchas de los trabajadores negros”*, reivindica una huelga de mujeres en Nigeria como una lucha popular. Esto es muy

importante porque la izquierda no solamente no le daba importancia a estos sujetos del sur, sino que incluso muchas veces los pensaba como reaccionarios, conservadores, contrarrevolucionarios. Entonces, hay toda una relectura de la agencia de esos sujetos del sur, periféricos como sujetos revolucionarios. Y otra diferencia muy grande de su teoría dentro del marxismo es que cree que la revolución y el socialismo va a tomar elementos precoloniales como elementos claves en su construcción. Por ejemplo, reivindica las lógicas colectivas de la tierra en África, la preexistencia de lógicas democráticas en África. En este sentido sus teorías tienen cierta reminiscencia a las posturas de José Carlos Mariátegui para Indoamérica.

MP: ¿Qué conceptos de Padmore pueden contribuir al análisis de nuestro presente?

JFMP: En primer lugar considero que todo su análisis sobre la esclavitud, el racismo y el colonialismo como elementos estructurantes del capitalismo siguen teniendo enorme vigencia para pensar la historia y el presente del sistema capitalista. Aún con el paso del tiempo y el fin de los grandes imperios occidentales, las lógicas de la colonialidad continúan presentes y Padmore y otros autores de la tradición radical negra y del pensamiento crítico del Sur nos ayudan a pensar este mundo mucho mejor que los intelectuales del canon hegemónico occidental.

En segundo lugar, creo que vale la pena rescatar el pensamiento de Padmore para abordar la cuestión del liberalismo y el fascismo en la actualidad. Uno de los motivos por los cuales Padmore termina rompiendo con la Tercera Internacional es la cuestión del fascismo, de la lucha antifascista. En la década del 30 la Unión Soviética le dice a Padmore: “Mira, tenés que dejar de atacar a Francia, Inglaterra y Estados Unidos y concentrarte en Alemania y Japón porque ahí está el fascismo, el principal enemigo de la Unión Soviética y del movimiento obrero”. Y Padmore se opone a eso. Consideraba que la lucha antifascista era muy importante, pero que no había una diferencia sustancial entre el liberalismo y el fascismo.

A partir de un libro que escribe en 1936, “*Cómo Inglaterra gobierna África*”, plantea un análisis del fascismo y del liberalismo que creo tiene mucha actualidad. Dice que el nazismo y el fascismo que causa tanto horror, en realidad no era una novedad. Los nazis y fascistas estaban llevando adelante prácticas racistas, totalitarias, incluso genocidas, que

son las mismas prácticas que llevaron adelante antes en África. Entonces, plantea un hilo de continuidad entre el fascismo y el nazismo y la práctica colonial que había llevado adelante Alemania e Italia. Esta es la primera parte de su hipótesis.

La segunda parte de su hipótesis es todavía más disruptiva. Plantea, como luego lo harán otros intelectuales del pensamiento crítico anticolonial, como Du Bois, Césaire, Nehru que no hay una diferencia sustancial entre el fascismo y el liberalismo. Los nazis y los fascistas, empiezan su lógica totalitaria racista en el sur y después la llevan a Europa, pero lo más importante es que esta gente aprendió esas lógicas de los imperios liberales. Entonces, lo que él está planteando es que hay una línea de continuidad entre la lógica de los imperios liberales y las lógicas fascistas y nazis. Y que si solamente causa horror y sorpresa para la izquierda europea es porque la izquierda europea es también eurocéntrica y tiene una mirada sutilmente racista o un racismo epistémico que le impide ver esta lógica de continuidad.

Entonces, para él, los imperios liberales eran liberales para las metrópolis y para la población blanca, pero llevaban lógicas de fascismo colonial, en el mundo colonial. Esta es una idea que a mí me parece interesante para pensarla para la Argentina, América Latina y para el mundo hoy; y no sorprendernos tanto con lo que está pasando. Aunque no coincido que hay que definir a Milei como fascista, sí coincido en que el liberalismo de Milei no es excepcional. La historia del liberalismo en Argentina y América Latina muestra que ha sido justamente un liberalismo genocida, colonial, neocolonial, racista. No es nuevo. Tiene, obviamente su novedad, su lógica de las redes y un montón de cuestiones que son contemporáneas, pero en una continuidad histórica. El liberalismo siempre ha tenido esta lógica: totalitaria, racista, autoritaria e incluso genocida. Tiene una cosanguinidad con el fascismo.

MP: ¿Qué recepción esperas que tenga tu trabajo?

JFMP: En las ciencias sociales argentinas y latinoamericanas, el racismo es algo de lo que se habla más bien poco. Me interesa pensar eso que se ha conocido como la racialización de las relaciones de producción y seguir discutiendo el carácter eurocéntrico y el racismo epistémico en nuestros mundos académicos y culturales.

Me parece muy importante dejar de pensarnos desconectados del resto de América Latina, algo muy común en Argentina. Nos pensamos todo el tiempo en diálogo con el mundo cultural europeo y en menor medida Estados Unidos, y desconectados, también, de África y de Asia. Me parece valioso recuperar un canon de autores y autoras del sur que nos permitan pensar el pasado de otra forma, y así también el presente y el futuro.

Lo que intento hacer con este libro es poner un autor que fue muy relevante para su época en el centro del debate y abrir múltiples discusiones y reflexiones. Repensar nuestros linajes. En nuestro país se construyó un panteón histórico muy limitado. Y uno de los problemas es estar siempre en ese panteón discutiendo infinitas veces por ejemplo: “Rosas sí o Rosas no”.

MP: ¿Considerás que la recuperación de autores y autoras que pensaron desde el sur podría significar un aporte para algunos desafíos contemporáneos como sentarse a la mesa de negociaciones climáticas, donde los países del sur, que históricamente emitieron menos gases contaminantes a la atmósfera no pueden hacer valer su voz, y donde las transiciones que propone Europa siguen teniendo una lógica muy limitada, doméstica, eurocéntrica?

JFMP: No voy a contestar puntualmente de lo ambiental porque no soy especialista pero lo que entiendo es que el problema no es que haya un diálogo con el norte ni que haya un diálogo con la izquierda y los movimientos de izquierda del norte, el problema es que generalmente tenemos es una mirada profundamente eurocentrada, que presupone que las experiencias críticas y el pensamiento crítico viene del norte y que nosotros somos meros receptores, que solo recuperamos y retomamos. Se ve en la centralidad que le damos a la Revolución Francesa, el Mayo Francés, la Comuna de París. Es una manera de pensar el mundo en la cual participamos (en el mejor de los casos) de un diálogo de forma más bien subalterna. Y no podemos entender nuestra realidad del conurbano bonaerense o de los pueblos originarios desde París, Londres, Barcelona o Nueva York. Hay una cuestión básica, epistémica, política que impide eso.

Es muy importante el diálogo sur-sur para después, en todo caso, reconstruir ese diálogo con lo más interesante del norte, donde ese diálogo sea un diálogo realmente y no una imposición.

Es necesario pensar el mundo desde una geopolítica del sur. No es por una mera cuestión nativista, chauvinista, sino por una cuestión epistémica. Además, hay que tener en cuenta que la experiencia del norte es realmente una experiencia muy minoritaria. Lo que sucede en el norte global hace referencia a una pequeña minoría de la población. La mayoría de la población del mundo habita en el sur global, vive en el lado oculto de la modernidad colonial. Entonces, pensar desde el sur es pensar más universalmente.

MP: Algunos sucesos y personajes de la historia reciente argentina, empiezan a llegar en formato de series producidas por grandes plataformas del norte, pienso por ejemplo en la serie de Menem, que para muchos jóvenes puede resultar el primer contacto con su figura. ¿Cuánto pueden determinar estas producciones la aproximación a nuestra propia historia?

JFMP: Hasta comienzo del siglo XXI, seguíamos teniendo una producción nacional de novelas y de series y había una televisión pública. Se seguía viendo televisión argentina, mala o buena, no importa la calidad, no es lo sustancial. Pero a partir del desarrollo de las redes y de estas plataformas que cobran cada vez más fuerza, profundizamos algo que ya existía, el ver series y películas del norte. ¿Quién está viendo una serie de Uruguay, de Perú, de Brasil? ¿Quién puede nombrar actores o actrices de esos países? Nadie y esto es una lógica profundamente colonial.

Zamba y Paka Paka generó un cambio cultural muy importante. Por primera vez jóvenes, estudiantes de primaria querían festejar su cumpleaños disfrazándose de San Martín o de Juana Azurduy. Eso es algo que antes no había pasado. Me acuerdo un discurso de Cristina Fernández de Kirchner en el que decía: "Ahora que tenemos a Zamba no nos van a meter más al Pato Donald". Ese gesto descolonizador es algo que debemos recuperar. Porque a través de las redes, de las series, el imaginario que construyen las juventudes es siempre un imaginario del norte y cuando salen a la calle, lo que ven es barbarie, es algo a rechazar, negativo, es algo con lo que no se pueden sentir hermanados o en comunidad. Esta construcción de un imaginario argentino, latinoamericano y popular en los medios de comunicación me parece una batalla fundamental.